

PHILIP K. DICK  
*El caso Rautavaara*

PHILIP K. DICK  
*Hombre, androide, máquina*

GILDA MUSA  
*Memoria total*

LEONARDO MOLEDO  
*La estación terminal*

URSULA K. LE GUIN  
*Primer informe del extranjero náufrago  
al Kadanh de Derb*

PABLO CAPANNA  
*Peludío para una utopía fallida*

CORDWAINER SMITH  
*Reina del atardecer*

CARLOS GARDINI  
*Los muertos*

*Noticias, libros, cine*

MINOTAURO 3

# MINOTAURO 3

**Philip K. Dick**

**Carlos Gardini**

**Ursula K. Le Guin**

**Pablo Capanna**

**Cordwainer Smith**



ANGELICA GORODISCHER  
**KALPA IMPERIAL**

LIBRO I: LA CASA DEL PODER

Episodios de la historia del imperio más vasto y poderoso que ha conocido el hombre: un imperio atemporal y ubicuo, y por lo tanto inmediato y actual.

El tercer libro de una colección que abarcará los mejores textos de ficción especulativa escritos en castellano.

NOVEDAD DE OCTUBRE



ÍNDICE

45

2	Editorial
5	Etcétera
25	PHILIP K. DICK <i>El caso Rautavaara</i>
35	PHILIP K. DICK <i>Hombre, androide, máquina</i>
57	GILDA MUSA <i>Memoria total</i>
71	LEONARDO MOLEDO <i>La estación terminal</i>
79	URSULA K. LE GUIN <i>Primer informe del extranjero naufrago al Kadanh de Derb</i>
85	PABLO CAPANNA <i>Preludio para una utopía fallida</i>
89	CORDWAINER SMITH <i>Reina del atardecer</i>
111	CARLOS GARDINI <i>Los muertos</i>
116	PABLO CAPANNA <i>Libros: El Yo y sus circunstancias</i>
120	ELVIO E. GANDOLFO <i>Libros: El mundo verdadero de la ficción</i>
123	ÁNGEL FARETTA <i>Cine: El crepúsculo de los semidioses</i>

Dirección: MARCIAL SOUTO

Colaboran en este número: PABLO CAPANNA, ÁNGEL FARETTA,  
ELVIO E. GANDOLFO, CARLOS GARDINI

Diseño gráfico: SERGIO PÉREZ FERNÁNDEZ

Corrección: ELVIRA IBARGÜEN

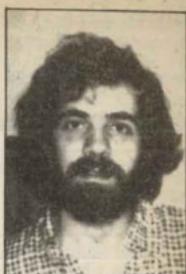
Ilustración de la tapa: RAÚL FORTÍN



Gardini

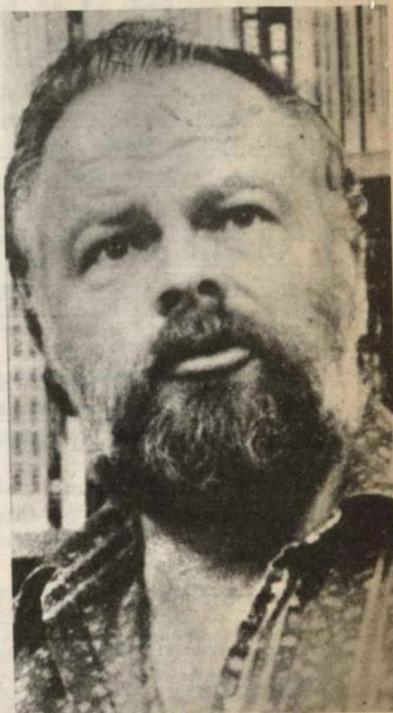


Fortin



Moledo

**P**hilip K. Dick, "el escritor de ciencia ficción más consecuentemente brillante del mundo" según John Brunner, nació en Chicago el 16 de diciembre de 1928 y murió en Santa Ana, California, el 2 de marzo de 1982. En treinta años de carrera publicó treinta y cuatro novelas y más de un centenar de cuentos. "El mundo de Dick —escribió John Brunner en la Introducción a *The Best of Philip K. Dick*, 1977— casi nunca es atractivo. La mayoría de las veces está deshabitado: llamamos y sólo nos contesta el eco de nuestra voz. Desde luego hay en él cosas agradables, pero nadie les presta atención; en el mejor de los casos están cubiertas de polvo, y a menudo se deshacen a causa del abandono. En ese mundo la comida carece de gusto, y no alimenta. Los letrados hablan de sitios que



Dick

uno no desea visitar. La ropa es ordinaria, y se deshilacha en momentos inoportunos. Los remedios que nos receta el médico tienen efectos laterales tan fuertes que resultan más dañinos que la enfermedad. No, no es un mundo agradable ni atractivo. Los lectores, entonces, se desconciertan notablemente cuando descubren de golpe que ese mundo es el mundo que ellos mismos habitan." Aunque en 1963 recibió el premio Hugo por la admirable novela *El hombre en el castillo*, Dick sólo conoció la fama en su país a mediados de la década del 70, después de la publicación de *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía* (*Flow My Tears, The Policeman Said*) y *Una mirada a la oscuridad* (*A Scanner Darkly*). Mucho antes había sido descubierto en Europa, especialmente en Francia, donde desde hace tiempo se lo considera el mejor escritor del género. "El caso Rautavaara" es

uno de sus últimos cuentos, y describe un asombroso experimento científico en el que se investiga el cerebro, el cuerpo, el tiempo, la vida y la muerte. "Hombre, androide, máquina es el texto que escribí para una conferencia que iba a dictar en marzo de 1975 en el Instituto de Artes Contemporáneas de Londres, a donde no pudo viajar por razones de salud. Peter Nicholls, organizador del ciclo, escribió: "Preveo la posibilidad de que algunos lectores rechacen las cosas menos ortodoxas del artículo de Dick como meras chifladuras, pero yo veo en él algo mucho más profundo que simple excentricidad. A esos lectores les pediría que considerasen la frialdad y la cordura de la ficción de Dick que, aunque construye continuamente mundos acosados por las esquizofrenias, catatonias y paranoias más desentrenadas conserva siempre una serenidad y humanidad

en la voz narrativa que se niega a rendirse ante las fragmentadoras e imperativas fuerzas de disolución que evoca la trama. Trabaja en zonas peligrosas, y ha demostrado ampliamente, en numerosas ocasiones, un coraje y un talento que le han ganado el derecho a ser escuchado y tomado en serio. Que los escépticos suspendan su incredulidad." Completan este panorama del mundo de Dick un análisis de Elvo Gandolfo de sus tres últimas novelas y un artículo de Ángel Faretta sobre el film *Blade Runner*, basado en la novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*

Gilda Musa nació en Rumania y vive en Milán. Estudió letras y se perfeccionó en literatura alemana en Heidelberg. Publicó siete libros de poesía, entre ellos *Amici e nemici*, 1961, premio Cittadella, y *Gilioni della cronaca*, 1964, premio Firenze, y seis volúmenes

de narrativa, entre los que se destacan *Giungla domestica*, 1975, premio Città di Ferrara y *Marinella super*, 1978, premio Lunigiana. En 1980 se le otorgó el premio Romagna por el conjunto de su obra. Como germanista es autora del estudio *Poesía tedesca del dopoguerra* (1957) y traducciones de Brecht, Musil, Krolow, Wiechert y Broch. "Memoria total" es un experimento entre la poesía y la prosa que ilustra algunas teorías de Jung.

**Leonardo Moledo** nació en Buenos Aires en 1947. Es licenciado en Matemáticas. Ha publicado artículos y cuentos en diarios y revistas, y una novela, *La mala gaita*, traducida al portugués. En los años 1980/81 coordinó la sección literaria del suplemento Cultura y Nación del diario Clarín. En 1982 fue finalista del Primer

Concurso de Cuento Argentino del Círculo de Lectores. "La estación terminal" es la historia de una peligrosa e inevitable rutina.

**Ursula K. Le Guin** (v. Minotauro 1), minuciosa y magistral inventora de mundos, se impone en "Primer informe del extranjero naufrago al Kadhah de Derb" la inmensa tarea de describir al suyo.

**Cordwainer Smith** es el seudónimo que usó Paul M. A. Linebarger (1913-1966) para especular, a veces con la colaboración de su mujer, Geneviève, sobre los próximos catorce mil años del mundo y de la raza humana. Casi toda esa historia futura gira alrededor de la Instrumentalidad, una criptocracia ilustrada que gobierna la Tierra y los mundos colonizados por la humanidad, y el Redescubrimiento del Hombre, un experimento cal-

culado para devolver a la raza el riesgo, la enfermedad, el azar y la muerte, tras siglos de inmortalidad y de felicidad obligatoria. "Reina del atardecer" es uno de los cuentos que Paul Linebarger dejó inconclusos, y fue terminado por su mujer. En él se explica, entre otras cosas (que Pablo Capanna detalla en una nota introductoria), el origen de la Instrumentalidad.

**Carlos Gardini** (Buenos Aires, 1948) es un colaborador habitual de estas páginas, autor de *Mi cerebro animal* (Minotauro) y de *Primera línea*, que Editorial Sudamericana publicará en breve. En 1982 su cuento "Primera línea" obtuvo el primer premio del Primer Concurso de Cuento Argentino del Círculo de Lectores. "Los muertos" es una inquietante reflexión sobre la convivencia.



ETCÉTERA

## EL ÚLTIMO DE LOS UTOPISTAS

**C**ada ser humano es un fenómeno eterno. La muerte sólo consiste en salir de sintonía; creo que es posible sintonizar a los que han muerto." Esto decía R. Buckminster Fuller en una entrevista de 1981, aclarando que sólo moriría cuando hubiese terminado su obra, especialmente los dos libros que tenía entre manos.

El primero de julio de este año, tras haber cumplido esas promesas, murió "Bucky" Fuller, a quien en su tierra llamaban "el genio amigo del planeta". O quizás "dejamos de sintonizarlo". Para quienes no lo habíamos hecho antes y hoy nos asomamos a sus obras, es casi como si aún viviera; por lo menos en cuanto atañe a la precaria inmortalidad que da el papel impreso, puede que tuviera razón.

Fuller siempre se propuso ser un "generalista", pues



Richard Buckminster Fuller (1895-1983)

pensaba que la especialización era lo que había acabado con los dinosaurios. Ingeniero, arquitecto, filósofo y poeta **amateur**, geómetra de estirpe pitagórica, hombre acostumbrado a pensar en términos globales y planetarios, fue llamado "el primer poeta de la tecnología"; según una frase acuñada por otro gurú cultural, Marshall McLuhan, fue "el Leonardo da Vinci de nuestro tiempo". Para un encuadre histórico de su personalidad, quizá habría que acotar que fue el más perdurable, y a la vez el más talentoso de aquellos tecnócratas revolucionarios de los años Treinta, cuyo ideólogo fue Howard Scott, que influyeron sobre el **New Deal** de Roosevelt. Hombre múltiple, pragmático y delirante a la vez, megalómano y excéntrico, mesiánico, inconfornista y con algo de genio, es una figura arquetípicamente norteamericana.

Su obra, donde las ideas más atrevidas se concretan siempre en realizaciones prácticas, tiene un sello típicamente yanqui, incluyendo cierto ingenuo dogmatismo y un optimismo igualmente ingenuo. Su propia vida se ajusta tan plenamente al paradigma del héroe norteamericano que parece un guión de Hollywood: es el arquetipo del innovador solitario, el fracasado que nadie comprende hasta que llega el triunfo y se convierte en genio oficial.

Antes de ser el más famoso de los arquitectos norteameri-

canos, cuya popularidad llegó a eclipsar la de Frank Lloyd Wright, Fuller fue por muchos años un fracasado, un hombre incapaz de hacer dinero; pero llegó el momento del éxito y sus ideas locas llegaron a proporcionarle tanto dinero que pudo darse el lujo de sentirse un oráculo para la humanidad entera.

Nació en una acaudalada familia de origen inglés, donde todos los varones eran contadores o abogados; pero también descendía de Margaret Fuller, la musa del "trascendentalismo" de Nueva Inglaterra, amiga de Emerson y descubridora de Thoreau, y de ella heredó el gusto por la especulación.

Su formación intelectual fue bastante irregular: dos veces lo echaron de Harvard por no respetar los reglamentos y fugarse a los teatros de ópera neoyorquinos en época de exámenes. A los veintidós años se casó con Anne Hewlett, quien había de morir dos días después que él. Se enroló por un tiempo en la Marina y estudió en la Academia Naval. Más tarde, gracias a su suegro arquitecto, pasó a dirigir una empresa de construcciones.

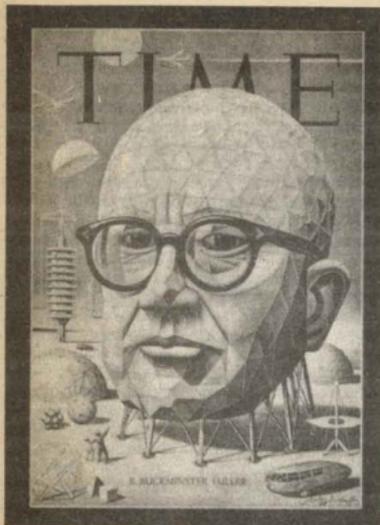
Pésimo administrador, no tardó en ser despedido, y en 1927 se encontró prácticamente en la miseria; acababa de perder a una hija y no sabía cómo mantener a su familia. Los Fuller vivían en un sórdido suburbio de Chicago, Bucky tenía treinta y un años

y sufría anticipadamente la Gran Depresión.

Ese fue el año decisivo de su vida; entonces decidió cuál sería su destino. Un día estaba a orillas del lago Michigan, a punto de suicidarse, cuando se puso a reflexionar y se preguntó si tenía derecho a hacerlo. Recurrió a Dios ("esa sabiduría intelectual anticipatoria que podemos llamar Dios") y tuvo la intuición de que el Universo, en cuanto manifestación de Dios, no era materia sino un "diseño", una estructura racional. El gran problema consistía en saber para qué el intelecto del Gran Arquitecto cósmico había incluido a los hombres en esa trama.

Para meditar este problema, permaneció en silencio un año entero, durante el cual no habló con nadie y sólo se dedicó a pensar, convencido de que la vida era demasiado importante para dedicarla a ganar dinero; era necesario poner toda la inteligencia al servicio de la armonía universal. En ese tiempo concibió las ideas fundamentales de lo que llamaría **sinérgica**, una geometría especulativa que habría de darle las claves del mundo visible, una idea bastante afín al esoterismo tradicional. Pero lo más importante ya había ocurrido: Clark Kent había descubierto que, en realidad, era Superman.

Por supuesto, el mundo tardó en reconocerlo. Los inventos que comenzó a producir fueron rechazados como esca-



Fuller en la tapa de Time, enero 10, 1964

samente rentables, y algunos decenas de años antes de que fueran llevados a la práctica. Durante años fueron considerados pintorescos "diseños futuristas", y el autor de la historieta **Buck Rogers** confesó haberse inspirado en ellos. Precisamente hoy el Museo Smithsonian prepara, para 1984, una exposición titulada "Visiones pasadas del futuro de América", que les está dedicada casi totalmente.

La mayoría de los diseños

de entonces estuvieron destinados a la industria de la construcción y fueron patentados con la marca "Dymaxion" ("máximo dinamismo"), que luego distinguiría todos los productos de la imaginación de Fuller. Pensaba que la tecnología del bienestar (vivienda, sanitarios, esparcimientos) era la que menos había evolucionado en los últimos milenios. Se propuso trasladar a la industria de la construcción los materiales de la fabricación seriada de

Henry Ford. Tomando al pie de la letra una expresión de Le Corbusier, pero llevándola más lejos de lo que se había atrevido la vanguardia europea, pensaba que la vivienda debía ser una "máquina de habitar".

Su primera creación, la "40-Dymaxion House", fue una casa prefabricada, concebida como una especie de calesta suspendida de un mástil central, que contenía los servicios esenciales. Un dirigible la transportaría por aire, arrojando una bomba que abriría el pozo donde iba a ser plantado el mástil. Una vez afirmado éste con cemento, la casa estaría lista para habitar, con la ventaja de que el suelo quedaba libre como jardín. En caso de mudanza, otro dirigible la arrancaría y la instalaría donde quisieran sus dueños.

Entre los accesorios, también "Dymaxion", todos concebidos en las décadas del Treinta y del Cuarenta, había un módulo sanitario que funcionaba totalmente con aire comprimido y compactaba los desechos para su industrialización, y una ducha "de niebla" que garantizaba higiene óptima con el mínimo consumo de agua; estos proyectos sólo volverían a ser considerados en los años Setenta, cuando la contaminación y la falta de agua potable los hicieron interesantes.

En 1942 Fuller también se atrevió a proyectar automóviles: el resultado fue el "Dymaxion Car", un auto de tres

ruedas con tracción delantera, cuya rueda de atrás podía pivotar sobre sí misma, logrando el mínimo radio de giro. Tenía forma de lágrima, era perfectamente aerodinámica y podía transportar once pasajeros a buena velocidad. La industria automotriz norteamericana no se interesó en él, y cuando Fuller ofreció una demostración a empresarios británicos el auto fue chocado por otro vehículo, muriendo el conductor; este infortunado accidente cortó definitivamente la carrera del auto Dymaxion, del cual nunca más se volvió a hablar. Otro proyecto, el "Omnitransport", que era capaz de rodar, navegar y volar, también quedó en el papel.

El primer acierto "práctico" de Fuller fue su diseño para depósitos de provisiones; miles de ellos fueron construidos por las fuerzas armadas para uso de las tropas estacionadas en el Pacífico y el Golfo Pérsico; era la primera vez que la escasez de materiales y la necesidad de reducir costos de instalación le daban la razón a Fuller.

Este éxito le abrió el camino para su mayor realización, la "cúpula geodésica". Fruto de especulaciones casi metafísicas sobre la "geometría de la energía", esta cúpula ha demostrado ser la estructura más liviana concebida hasta ahora, y a la vez la más resistente. Utilizando esferas como modelos de campos de energía, Fuller comenzó a imaginar

racimos de esferas agrupadas en torno de un centro; encontró que en lugar de una esfera más grande, el resultado era un poliedro de catorce caras, seis de las cuales eran cuadradas y ocho triangulares. Descubrió entonces que toda la estructura podía reducirse a un conjunto de tetraedros entrelazados; el tetraedro (pirámide de base triangular) era pues el componente básico.

Esta es la primera aparición del tetraedro, que habría de convertirse para Fuller en el módulo esencial del universo, la estructura elemental que habría de encontrar en todas partes, desde los fotones hasta a espiral genética. Curiosamente, partiendo de un problema técnico como en el diseño de una cúpula, Fuller llegó a una especulación matemática de cuño pitagórico-platónico; por momentos, esta geometría especulativa, que parecía muerta desde los tiempos de Kepler, renace, y los dibujos que ilustran los libros de Fuller se parecen extrañamente a las figuras imaginadas por Wenzel Jamnitzer en el siglo XVI.

Una aplicación indirecta de este principio la constituye el "Mapa Dymaxion", también patentado por Fuller, que evita todas las deformaciones de los sistemas cartográficos conocidos y ofrece una representación más adecuada de la superficie terrestre; divide ésta en veinte triángulos esféricos equiláteros, y los proyecta

sobre un plano, logrando una fidelidad mayor que los sistemas usuales.

El éxito de la cúpula geodésica tampoco fue inmediato; sólo en 1952 la Marina de los EE.UU. descubrió sus ventajas y comenzó a construirlas en todo el mundo. Desde entonces han sido hechas de aluminio, plástico y hasta de bambú y cartón impermeable, en lugares tan dispímiles como Varsovia y Lima, Nueva Delhi y Casablanca, y una de ellas se encuentra sobre el Polo Sur. Fuller llegó a concebir un enorme domo geodésico que cubriría la isla de Manhattan, para economizar energía y controlar el clima, comprometiéndose a construirlo con menos acero del que insumiría un transatlántico.

La notoriedad adquirida con la cúpula geodésica levantó el prestigio académico de Fuller, quien ahora fue honrado por Harvard y pasó a desempeñarse como profesor de la Universidad del Sur de Illinois, en Carbondale. Allí inició una nueva etapa, como pensador y profeta.

Sus primeros libros (*Nine Chairs to the Moon*, 1963, y *No More Secondhand God*, 1967), publicados por Carbondale, comenzaron a llamar la atención sobre su peculiar universo espiritual, donde la geometría especulativa se mezcla con la metafísica, la ingeniería, cierta "historia hipotética" y la prospectiva socioeconómica, con un peculiar estilo caótico y reiterativo que

volvería a encontrarse en obras posteriores.

En 1966 un equipo dirigido por Fuller en Carbondale elaboró un informe destinado al presidente Johnson, que en su momento produjo cierto revuelo; la revista *Planète* lo presentó como la alternativa de una "revolución geosocial" opuesta al plan guerrillero de la Tricontinental.

Básicamente, consistía en una idea que desgraciadamente sigue siendo utópica, y sobre a cual Fuller volvería a insistir hasta su muerte; el escándalo de la escasez en un mundo que dispone tremendos recursos para la destrucción, y la propuesta de convertir todas las industrias bélicas en un plan de desarrollo global para el Tercer Mundo.

El paso siguiente fue la creación del *World Game Center*, en Filadelfia, a partir de 1969. Es un centro de estudios paralelo al Instituto Hudson o a los equipos del Club de Roma, que procesa desde entonces toda la información estadística disponible en cuanto a recursos energéticos, tecnología y posibilidades de desarrollo para un mundo unificado, tratando de establecer tendencias y objetivos. Según declara Fuller en su último libro, el *World Game* ha llegado a la conclusión de que la tecnología disponible hoy permite ya alcanzar la prosperidad general, y que los próximos ocho años serán decisivos para la supervivencia de la especie. Entre sus propuestas están la

aplicación de todos los recursos de la inteligencia para resolver el problema de la vivienda en todo el mundo, y la interconexión de todas las redes eléctricas, para garantizar el suministro de energía uniforme en todo el planeta.

Análogos inquietudes aparecen ya en el *Manual de instrucciones para el manejo de la Nave Espacial Tierra* (Dutton, 1969), un libro que lanzó un concepto afortunado, luego popularizado por Adlai Stevenson: la idea de que la Tierra es como una nave espacial, un sistema cerrado con recursos limitados y reciclables, un concepto que aparece hoy tanto en la retórica de las multinacionales como en los manifiestos ecologistas.

La obra magna de Fuller es sin duda su *Synergetics* (MacMillan, 1975), escrita en colaboración con J. Applewhite, a la que siguió una segunda edición revisada, *Synergetics II* (1979). La palabra "sinergia" también ha pasado al dominio universal, y se la encuentra en los contextos más inesperados.

La obra tiene por subtítulo "Exploraciones en la geometría del pensamiento", y contiene lo que su autor reivindica como un "descubrimiento": la *sinergia*, que no vacila en incluir en la lista de sus invenciones.

El libro es totalmente inclassificable: se abre con el famoso tetraedro, que en la página 4 se explica con la ecuación

"1 + 1 = 4". Se compone de afirmosms y párrafos breves, cuidadosamente enumerados con un sistema decimal, y arranca con esta definición: "Sinergia significa el comportamiento de sistemas globales que no se puede predecir por el comportamiento de las partes, tomadas por separado" (101.01). El famoso descubrimiento sería pues que "el todo es más que la suma de las partes", un principio de venerable antigüedad, reivindicado, para el caso de la percepción, por los psicólogos de la Gestalt.

A partir de la sinergia y el tetraedro primordial, todo se deduce: la topología, los principios de la física relativista, la estructura de los genes, y las configuraciones biológicas: un viejo grabado sirve para explicar cómo en los radiolarios la Naturaleza ha aplicado el principio de la cúpula geodésica.

A través de casi noventa páginas, cuyas ilustraciones merecerían un capítulo aparte, se salta de la matemática a la filosofía y la epistemología, intercalando a cada paso fragmentos autobiográficos. Por ejemplo, el coronel Fuller en la escuela primaria. Quizá sean precisamente los croquis hechos a lápiz y llenos de anotaciones borroneras —más que el contenido en sí, bastante ininteligible como para emitir una opinión sensata— lo que haya creado la leyenda del "Leonardo del siglo XX". Por momentos nos parece estar leyendo una nueva

versión de la "física" del Tímeo, de Platón.

Un intento más jocoso de explicar los complejos, confusos y reiterativos planteos de esta obra insólita lo constituye el penúltimo libro publicado por Fuller: **Tetrascroll, Goldlocks and the Three Bears. A Cosmic Fairy-Tale** (St. Martin's Press, 1982). Se trata de un artefacto de los llamados "libro-objeto": sus páginas son coloridos triángulos equiláteros que pueden doblarse de muchas maneras, construyendo tetraedros, domos geodésicos, y otras figuras. En cuanto al texto, en él se puede encontrar la versión "fulleriana" del cuento infantil de los Tres Osos. Fuller comenzó contándose a su hija Allegra cuando era pequeña, y fue enriqueciendo paulatinamente el texto a través de los años, un poco a la manera de los "metaálogos" de Gregory Bateson. Los Tres Osos (la Osa Mayor, la Osa Menor y Cassiopia), sumados a Ricitos de Oro, forman un sistema, pues para hacerlo basta con cuatro elementos. El cuento describe sus experimentos con tetraedros, con los cuales construye el mundo; aparece entonces Naga, la "tetrahélice", que no es más que la molécula de ADN, la matriz de la vida, etc., etc.

Dudamos que este libro sirva de mucho para aclarar las ideas de Fuller, y quizá sea el anterior el que mejor compendia sus preocupaciones sobre la Nave Espacial Tierra. Habla-

mos de **Critical Path** (St. Martin's, 1981). La expresión del título está tomada de la investigación operativa, y en ingeniería designa la optimización de los pasos a seguir para realizar un proyecto. Este consiste nada menos que en salvar a la humanidad de un holocausto nuclear, objetivo a lograrse en un plazo perentorio de ocho años. Según sostiene Fuller, los estudios del World Game demuestran que la escasez es una ilusión mantenida artificialmente para dividir al género humano; Malthus y Maquiavelo están obsoletos. Hay suficiente energía en los océanos, en la luz solar, y los recursos tecnológicos existentes alcanzan para explotarla y hacerlos a todos multimillonarios. ¿La contaminación? No es más que energía bajo otras formas, igualmente aprovechable y por consiguiente no peligrosa. ¿Los recursos minerales? Solamente con el reciclaje en los metales actualmente en circulación en todo el planeta se podría prescindir de la minería, siempre que se recurriera a nuevas técnicas (tipo Dymaxion) que se propusieran lograr el máximo rendimiento con los menores recursos. Ejemplo: las cúpulas geodésicas y las casas prefabricadas de plástico.

Veremos cómo se combinan en Fuller temas de distinta procedencia amalgamados en una síntesis personal. Por un lado, la vertiente tecnocrática: uno no puede menos que re-

cordar a Howard Scott y su "política energética". También están los dogmas conductistas: "Tratemos de cambiar el entorno, no cambiar al hombre". Por último, hay una preocupación ecológica totalmente inesperada en quien fuera el apogista de Henry Ford; el énfasis puesto en las energías alternativas (la nuclear apenas se menciona), el reciclaje de materias primas y aun de los desechos: uno de los artefactos sanitarios neumáticos de Fuller, que produce gas combustible, ha sido muy bien recibido en la India.

También hay cierta grandiosidad en los proyectos: Triton City, una ciudad flotante de módulos tetraédricos, u Old Man River's City, una ciudad modular formada por terrazas circulares cubiertas por un domo geodésico. No faltan los delirios: esferas habitables tan livianas que flotan en el aire, radiotransmisión de personas "desmaterializadas", etc.

El libro retoma ciertas especulaciones poco consistentes, ya vistas en obras anteriores, sobre la "prehistoria especulativa", que recuerdan a otro tecnócrata, Thorstein Veblen: el origen de la civilización en el Sudeste asiático, y el imaginario viaje de los fenicios alrededor del mundo, incluyendo las empresas multinacionales, de las cuales se dice que han evolucionado hacia un sistema de ficciones legales, basado en el comercio de tecnología, y administran los recursos

del planeta con fines puramente egoístas.

Este tema, que **Publisher's Weekly** calificó de "populista", ocupa el centro de su último libro, **GRUNCH of Giants** (St. Martin's, 1983). **GRUNCH** es una sigla que significa "Producto Bruto Universal". Fuller sostiene, ampliando las tesis de **Critical Path** (**Camino crítico**), que las multinacionales tendrían ya en su poder los recursos tecnológicos para llevar el mundo a la prosperidad general, y prefieren mantenerlo en la miseria porque sólo piensan en los mezquinos intereses de sus accionistas. Es un alegato netamente fulleriano, en favor de una revolución socioeconómica incruenta, basada en la ciencia del diseño. Las multinacionales son un poder bifronte, por una parte son "el epitome del egoísmo capitalista, y por la otra son los vehículos inadvertidos para la disolución de las fronteras políticas". Fuller aboga, en tono cada vez más utópico, por la disolución de

los Estados nacionales, y la creación de una administración mundial; entiende que la Nave Espacial Tierra no puede ser conducida por ciento sesenta almirantes, los Estados soberanos, que malgastan la energía del planeta y rechazan la prosperidad potencial, acumulando armamentos cada vez más letales. Opina que la posibilidad de un enfrentamiento global USA-URSS es muy alta para los próximos años, y que EEUU está en desventaja. Lo mismo dice Reagan, pero Fuller, en lugar de abogar por el armamentismo, piensa que ésta es la oportunidad para el desarme. Quizá lo más utópico de este pensamiento, tan halagüeño en otros aspectos, sea que la tecnología también es poder, y el poder es asunto de la política; lo utópico es querer hacer ciencia sin política.

Paradójicamente, en febrero de este año Fuller fue condecorado por el presidente Ronald Reagan con la Medalla de la Libertad; Reagan lo ca-

lificó como "un verdadero hombre del Renacimiento, y una de las grandes mentes de nuestro tiempo". Esto ocurrió el 25 de febrero, al día siguiente, se publicó **GRUNCH**, donde Fuller dice que Reagan es un títere al servicio de las multinacionales, un mal actor que sólo sabe leer su letra, que ha vuelto a imponer el servicio militar mientras abandona a los veteranos, poniendo una vez más de manifiesto que el viejo Partido Republicano de Lincoln se ha convertido en el partido de las ilimitadas ambiciones del gran capital.

Si esto lo firmara Fidel Castro nadie se sorprendería, pero en labios de un héroe norteamericano resulta más extraño que todos los tetraedros juntos. Bien puede ser la última rebeldía de un viejo inconformista, un pionero que se sintió un tanto omnipotente en sus fantasías, pero a quien no le faltó una pizca de genio.

[PC]

## ETCÉTERA

ANDANZAS DE UN  
VIEJO PRIMATE

Aunque el propósito manifiesto de un seudónimo literario es ocultar la "verdadera" personalidad de quien lo adopta, su empleo puede resultar contraproducente y despertar en el público una desmedida curiosidad por saber de quien se trata, por la simple razón de que alguien que se empeña en ocultarse debe tener algo que ocultar. Así sucedió con el escritor norteamericano James Tiptree, Jr., que entró en escena con un cuento titulado "El nacimiento de un viajante" (Analog, 1968) e inició una carrera brillante, aunque perturbadora para los que deseaban averiguar quién era ese individuo obstinado en no darse a conocer. "Nadie sabe dónde vive, qué aspecto tiene, cómo se gana la vida" —escribió Gardner Dozois en la introducción a un libro de Tiptree, 10,000 Light Years From Home, en 1976. Aunque ha en-



Alice Sheldon / "James Tiptree, Jr."

ILUSTRACIÓN DE CARLOS RIVERA

tablado una copiosa correspondencia con varios integrantes de la comunidad de la ciencia ficción, no ofrece ninguna información sobre su vida personal, y rehúsa cortésmente responder a preguntas sobre el tema. Su único domicilio conocido es una casita de correo de MacLean, Virginia. Insinuar que la reticencia de Tiptree ha despertado curiosidad sobre él sería incurrir en un eufemismo colosal. Por decirlo llanamente, la mayoría de los amantes de la ciencia ficción, tanto aficionados como profesionales, se mueren por saber quién es "realmente" Tiptree."

Desde luego el misterio desató una oleada de especulaciones extravagantes: Tiptree era un invento publicitario destinado a llamar la atención; Tiptree era agente secreto; Tiptree era negro; Tiptree era mujer. El tiempo probaría que algunas de esas extravagancias no eran tales. En enero de 1977 la revista especializada *Locus* presentó al público la verdad revelada: James Tiptree, Jr. era Alice Sheldon, psicóloga experimental, casada, 61 años. "En una charla reciente —terminaba la nota de *Locus*— Ted Sturgeon comentaba que casi todos los autores nuevos de primerísima línea eran mujeres, con la excepción de James Tiptree, Jr. La excepción ya no existe."

Curiosamente, la misma Alice Sheldon alias James Tiptree, Jr., alias Raccoona Sheldon, alias Alice Bradley) favoreció en parte la revela-



había triunfado. Ahora no sólo es sabido que Tiptree es Sheldon, sino que los editores se encargan de aclararlo cuando promueven sus libros; más aún, Sheldon ha concedido su primera entrevista personal, en la que no faltan precisiones sobre dónde vive, qué aspecto tiene y cómo se gana la vida "James Tiptree, Jr." La entrevista, realizada hábilmente por Charles Platt, fue publicada en la *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* en abril de este año.

En castellano, James Tiptree, Jr. es conocida por dos libros publicados en la colección *Nebulae* (la novela *En la cima del mundo* y la compilación de cuentos *Cantos estelares de un viejo primate*, prologada festivamente por Ursula K. Le Guin) y por varios cuentos publicados en antologías y revistas. La especulación filosófico-biológica, por designarla de algún modo, es una característica predominante en sus ficciones: factores biológicos desatendidos determinan en buena medida el destino de individuos y sociedades, y aunque los seres humanos prefieren ignorar que sus ilusiones metafísicas no son más que el canto de sirena de Alice Sheldon, Jeffrey D. Smith, un fanático de Tiptree, vio una necrológica en un diario de Chicago y notó que los detalles coincidían demasiado con lo que él sabía sobre la madre de Tiptree para que se tratara de una mera casualidad: su olfato detectivístico

se reproductiva de otra raza que utiliza a los humanos como agentes de fecundación; los mitos y aspiraciones que impulsan a la humanidad a extenderse y conquistar las estrellas disfrazan el acicate biológico necesario para la procreación de esa especie que aguarda pacientemente en el espacio; numerosas luchas, traspies y creaciones, nuestras diferenciaciones individuales, sociales y culturales, sólo importan en virtud de esa ciega estrategia reproductiva que no tiene en cuenta los sufrimientos personales: a nadie le interesa si los espermatozoides tienen personalidad. En otro cuento, los conflictos sexuales desembocan en una fanática matanza de mujeres que los hombres justifican con pretextos ideológicos de uno u otro signo, ignorando que en verdad son víctimas de un pesticida análogo al que usan los humanos para combatir ciertas plagas y que afecta directamente el aspecto reproductivo de la raza que se desea exterminar: seres extraños están aplicando un agente químico para limpiar el planeta de seres humanos, y han dado con el recurso apropiado para terminar la limpieza en poco años.

Sin embargo, Alice Sheldon no es una mera reduccionista empeñada en explicar hechos complejos a través de una sola causa, sino simplemente alguien que procura destacar aspectos de las culturas humanas que esas culturas a ve-

ces quisieran enmascarar. "Siendo atea desde siempre —le declara a Charles Platt—, he tenido que elaborar por mí misma una estructura de valores básicos. Mi premisa es que nos gusta un valor que nosotros representamos esencialmente, para una jirafa, por ejemplo, un cuello largo es bueno; la vida ama la vida. La vida es una negación de la entropía; es una asombrosa manifestación de entropía negativa. De modo que creo que puede demostrarse que las cosas con un alto grado de organización, es decir con un bajo grado de entropía, nos parecen buenas. Por ejemplo, el nazismo es una forma altamente entrópica, y la democracia es mucho más compleja. Un acto altruista es más complejo que un acto egoísta; se puede llevar estos conceptos muy lejos, para mostrar que la mayoría de las cosas que consideramos 'buenas' en el sentido del Nuevo Testamento, y sensatas, implican una estructura de acción más organizada. Para mí, Lucifer es entropía positiva, un derrumbe incontestable del sistema, la guerra de todos contra todos. Lo cual —añade melancólicamente— creo que lamentablemente volverá a producirse." Controversias aparte, insinuar la posibilidad de una búsqueda de valores fundamentales sin la aceptación pasiva de los valores sancionados por la tradición requiere una sana y admirable dosis de escepticismo

crítico. Ese escepticismo teñido de melancolía es por cierto el aire que se respira en las narraciones de Tiptree, cuya ficción —escribía Dozois— "se interesa muchísimo en los solitarios, los místicos, los exiliados, los parias, los imaduros". Alice Sheldon, por su parte, está tan lejos de la mujercita frágil como de la feminista histórica. Es, por el contrario, un individuo que ha sabido afrontar con entereza e inteligencia una serie de actividades tradicionalmente poco "femeninas" en áreas donde el chauvinismo masculino no suele otorgar su hostilidad.

Hija de Herbert Edwin Bradley, abogado y explorador, y Mary Wilhelmina Hastings Bradley, escritora, autodidacta y practicante de la caza mayor, pasó su infancia en un marco bastante insólito para una niña norteamericana, en diversas zonas de Asia y África, enfrentada constantemente a prácticas que su sociedad de origen calificaría de aberrantes y para ella eran familiares antes de los diez años: "leprosos, reyes negros con piel de león, reyes blancos en ropas de tweed, esclavos árabes, santones y locos en el poder, poetas, asesinos, eunucos encadenados, actores de fama internacional con resfrios de cabeza, negros que comían a sus enemigos y un blanco que había comido a sus amigos; y sobre todo, mujeres; mujeres-objeto, deliberadamente hambreadas, deformadas, cegadas y esclaviza-

das; mujeres con hábitos de monja salvando el mundo; una inglesa en bloomers saliendo a caballo de su castillo a la cabeza de su ejército personal musulmán; mujeres, desde las esposas esclavas de los "avanzados" kikuyu, rutinariamente torturadas, obscenamente mutiladas, hasta las libres y ricas matriarcas de Sumatra que dirigían la economía y trajeron 600 años de pacífica prosperidad a los menangkabau". Alice Sheldon estudió luego en una escuela suiza y se casó por primera vez cuando aún no había completado sus estudios terciarios, deslumbrada por un poeta y caballero que resultó ser excesivamente adicto al alcohol y los burdeles, y se divorció en 1938. En 1942 se alistó en el ejército norteamericano y se convirtió en "la primera mujer egresada de la Escuela de Inteligencia Aérea de Harrisburg, con treinta y cinco hombres que no tenían mejor ocupación que observarme a mí". Durante la guerra se casó con Huntington D. Sheldon, y este segundo matrimonio ha durado felizmente hasta hoy.

Mi esposo —declara Alice Sheldon— fue una increíble ayuda práctica y emocional en todo esto, me ayudó tanto que no podría haber hecho nada sin él. Creo que ni siquiera estaría viva sin él." Después de la guerra, Alice siguió involucrada en trabajos de inteligencia sobre los que no se exploya demasiado, por obvias razones profesionales, ex-

cepto para decir que tenían muy poco que ver con James Bond y para criticar los excesos que llevan a operaciones paramilitares, asesinatos y desastres como Bahía de los Cochinos. Por último descubrió que lo que quería era averiguar "secretos que no estaban en la cabeza de nadie", es decir dedicarse a la ciencia. "Me propuse la modesta meta de saber más sobre la percepción visual que cualquier persona en el mundo." Entonces renunció a su puesto en el mundo clandestino y decidió emprender otra vida. "Utilicé las técnicas que me había enseñado la CIA, y en medio día tenía un nombre falso, una cuenta bancaria falsa, una tarjeta de seguridad social falsa, y había alquilado un departamento y me había mudado allí. Era otra persona." Su esposo pronto se reunió con esa otra persona, que necesitaba doctorarse para emprender las investigaciones que deseaba realizar. Por lo tanto, volvió a la universidad y se graduó **summa cum laude** en psicología experimental.

Alice Sheldon empezó a escribir ciencia ficción durante sus exámenes para el doctorado. La escuela agotadora de exámenes, dice, constituían un rito de tortura que provocaba las reacciones más diversas en quienes lo padecían. "Un muchacho perdió las muelas del juicio, otro se vomitó sangre en la camisa, otras personas tuvieron problemas menos espectac-

lares. Yo escribí mi primer cuento de ciencia ficción." La idea de ser escritora, confiesa Sheldon, siempre la había fascinado con una especie de atracción mística. El hecho de que sus cuentos fueran publicados y leídos le resultaba simplemente increíble, la culminación de un sueño. "Como dijo el amante del rico: 'Aunque sólo sea carbón cristalizado bajo una presión y un calor inmensos... ¡lo quiero!'" Sin embargo, escribió durante una década oculta bajo un seudónimo, y un seudónimo masculino. "Un nombre masculino parecía un buen camuflaje —le confiesa a Charles Platt—. Tenía la sensación de que un hombre pasaría más inadvertido. En mi vida he tenido demasiadas veces la experiencia de ser la primera mujer en algo; y cuando no era la primera mujer, formaba parte de un grupo de primeras mujeres." El seudónimo nació de un nombre que vio en un frasco de mermelada, y su esposo sugirió el "Junior". Aunque de algún modo flotara la idea de que un nombre de varón haría que sus cuentos fueran tomados más en serio, no hubo una reflexión consciente en la elección. Pero por cierto Sheldon/Tiptree no es ingenua en cuanto a las relaciones de agresividad y competencia que suelen establecer hombres y mujeres. La percepción con que abordó ciertos malentendidos masculinos acerca de las mujeres —como en "Las mujeres que los

hombres no ven", nominado para el premio Nebula en 1974— o ciertas fantasías eróticas masculinas— como en el célebre "Houston, Houston, ¿me recibe?", premio Nebula 1976— reforzaron en su momento la noción de que James Tiptree, Jr. era indudablemente un hombre. "Sin embargo—objeta ella—, los hombres han dominado tanto el área de la experiencia humana que cuando una escribe sobre motivos universales se da por sentado que escribe como un hombre. Y así, cuando se reveló mi personalidad, algunos dijeron que eso demostraba que una mujer podía escribir como un hombre. Ahora bien, esto supone ante todo que yo intentaba escribir como un hombre, cosa que no me interesaba en absoluto. Yo intentaba escribir como yo misma, con la excepción de detalles masculinos deliberados aquí y allá. Otros críticos hablaron de mi "fuerza narrativa" como típica del estilo de un narrador masculino, pero la fuerza narrativa es simplemente intensidad, y deseo de no aburrir. Nunca estubo restringida a los hombres. Tomemos a una de las primeras narradoras de que tenemos noticia: Casandra. A ella nunca se la acusó de carecer de fuerza narrativa. Sólo se adelantaba un poco al momento, y ése es a menudo el único delito de las mujeres."

En otro orden, ¿qué piensa una ex agente de la inteligencia norteamericana de la poli-

tica de Estados Unidos? "Llegué a la conclusión de que había un diez por ciento de elementos fuertemente paranoicos en este país: aquéllos para quienes la idea natural de gobierno, fueran apasionados o letárgicos, era el fascismo. Aun lo creo; humean allí como una brasa. Reagan arrancó desde un punto más cercano al centro, pero atrajo en su trayectoria, desde luego, a muchos integrantes de lo que cortésmente se llama la extrema derecha. Dijo a todo eso un ímpetu y un ámbito favorable, y creo que la extrema derecha debe de haber reclutado bastantes adeptos." Esta preocupación por la intolerancia es recurrente en los relatos de Tiptree, y la psicóloga experimental no se manifiesta muy alentadora en ese sentido: "El hombre no cambia su conducta; se adapta a los resultados de ella. Esta es, para mí, la más sombría verdad que aprendí en psicología. A menudo es el único factor de predicción que se requiere en cualquier situación dada, especialmente en grupos, y con frecuencia en individuos. El hombre cree que la situación, fuera cual fuese, persistirá." Las evocaciones de la niña Sheldon parecen reforzar el escepticismo de la mujer adulta: "Me crié sabiendo que la Inquisición había quemado vivos a dos de mis antepasados por el delito de poseer una Biblia. Ellos sólo querían leer el texto por su propia cuenta, sin la me-

diación de un sacerdote. No creo en la humanidad del hombre para con el hombre; las mujeres sólo tienen el grado de libertad que tenemos ahora a causa de circunstancias sociales muy artificiosas; la bondad hacia los débiles no se sostiene cuando empieza la guerra de todos contra todos. Nuestras libertades y privilegios serán los primeros en caer."

Las apreciaciones de James Tiptree, Jr. sobre la ciencia ficción son mucho más entusiastas que las conclusiones de Alice Sheldon sobre la humanidad en general. "Amo el mundo de la ciencia ficción—escriba en una nota publicada en 1971 en *Phantasmicon* 6. De la ciencia ficción no me perdería a nadie, desde ese torpe soñador de dos neuronas hasta esa voz que viene del corazón del sol." La ciencia ficción era para Tiptree una catedral "construida como las antiguas, por voluntarios que colaboraban espontáneamente; algunos trayendo una laboriosa gárgola, otros con un cargamento de piedras, otros diseñando un chapitel. Durante los años, con el tiempo, la cosa ha crecido... ¿para qué dios? Quién sabe. Uno diferente de los dioses de las otras artes. Un dios que quizá aún no existe. Un impulso que dice Arriba, que dice Poséelo todo, que dice Intentalo".

Este impulso ascendente parece contradecir la visión de una humanidad entregada

ciegamente a una inercia destructiva. En el prólogo a *10.000 Light Years From Home* Gardner Dozois se preguntaba qué clase de hombre era el entonces no identificado James Tiptree, un optimista incurable o el más negro de los pesimistas. La respuesta: ambas cosas y ninguna de ellas al mismo tiempo, porque Tiptree rehúsa las clasificaciones, rompía los parámetros negándose a encajar

en ellos. Aun los parámetros, agregaríamos ahora, que utilizan los miopes para decidir qué estilo corresponde a qué sexo: la imaginación no es lineal, no es clasificable, ni tiene un solo sexo.

"Trato de establecer contacto—escriba Tiptree en esa nota de 1971— con el prisionero que está adentro, la voz fatigosamente alzada contra la puerta que nunca se

abre, la que se oye en medio de la noche. Eso que está vivo." Ahora que el trivial misterio de la "identidad" de James Tiptree, Jr. está más que develado, el más elemental y más profundo misterio de eso que está vivo conserva sin embargo su fascinación, y es posible que la voz del viejo primata pueda oírse con mayor claridad en medio de la noche.

[CG]



## ETCÉTERA

### EL TESTAMENTO DE DICK

Cuando muere el creador de un mundo vasto y original, tendemos a considerar su última obra como testamento, como *summa* de sus tendencias, convicciones y estilo. A veces los deseos no coinciden con las realidades. Es evidente que en el caso de Luchino Visconti, por ejemplo, su verdadero testamento es su penúltimo film, *Retrato de familia*, y no *El inocente*, un melodramón con el que se despidió del cine.

En el caso de Philip K. Dick, muerto el 2 de marzo de 1982, después de haber escrito más de treinta novelas y decenas de cuentos, las cosas son más complejas. Si buscáramos entre sus últimos libros aquél que a nuestro juicio lo representa con mayor fidelidad y contundencia expresiva, elegiríamos *Una mirada a la oscuridad* (*A Scanner Darkly*). Ocurre, sin embargo, que sus


ILUSTRACION DE ANDRÉS CARDELLI

Philip K. Dick

últimos tres títulos, integrando como integran una imprecisa trilogía y presentando como presentan a Dick de un modo absolutamente personal y notablemente consciente de sí mismo, pueden aspirar a constituir, aún con sus grietas estructurales o estilísticas, un testamento de cualidades especiales.

#### La religión textual y la locura real

Esos tres libros son *Sivainvi* (Valis en el original inglés),<sup>1</sup> *The Divine Invasion*<sup>2</sup> y *The Transmigration of Timothy Archer*<sup>3</sup>. Lo que los une a primera vista es un interés explícito y abundante por la religión, por las innumerables formas de relacionarse con lo divino que ha tenido el hombre a través de los milenios. Eso se pone de manifiesto mediante una abrumadora cantidad de citas textuales no sólo de teólogos y textos sagrados, sino también de poetas y escritores) y discusiones de los personajes.

El tono de las novelas es vanado. *Sivainvi* parte de experiencias personales de Dick y lo tiene como protagonista di-

simulado y/o directo; *The Divine Invasion* articula su material dentro de la estructura de una novela de ciencia ficción; y *The Transmigration of Timothy Archer* transcurre en la época actual, presentando una serie de personajes no relacionados directamente con el autor.

A pesar de la insistencia explícita en lo religioso, el verdadero tema de Dick sigue siendo, como en el resto de su obra, la locura, la difícil integración entre el mundo interno y el externo. Curiosamente es como si el choque con el plano más alejado de la realidad humana en su experiencia (narrado en *Sivainvi* le hubiera permitido al fin un descanso, una reconciliación con lo que lo rodea, relajando de un modo más psicológico que místico la angustia y la tensión de sus libros anteriores. En *The Divine Invasion* se elige la realidad, por áspera que sea, antes que las delicias de un mundo onírico; y en *The Transmigration of Timothy Archer* se rechaza el velo de las palabras huecas, alejadas de la vida, paradójicamente en una novela fundada en el amontonamiento indiscriminado de conceptos.

#### Antes de Sivainvi

Las resonancias religiosas no son nuevas en la obra de Dick. Lo que ha cambiado es el énfasis. En las obras anteriores se evitaba la problemá-

tica de la religión instituida, en su compleja escala de jerarquías y creencias, anteponiéndole la experiencia personal. El tema religioso se expresaba mediante dos imágenes básicas: el hombre-dios o intermediario, en quien se contraponen lo ridículo y falible de su humanidad con la posibilidad de consuelo que lo religioso *debiera* tener, pero en ese entonces siempre teñida de matices infernales (como ocurría en *Los tres estigmas de Palmer Eldritch* y *Deus Irae*), y los seres como dioses, que solían corporizarse, por así decirlo, en una masa gelatinosa, de posible origen extraterrestre (en *Gestascala*, *El tiempo doblado*, *Our Friends from Frolix B* y otras). Esa imagen reaparece en el comienzo de *The Divine Invasion*, pero ya decididamente como un *gadget* que pronto se pierde en el fondo de lo que ocurre.

Ese carácter gelatinoso de los protodioses de Dick parece reflejar su propia falta de forma ante el tema. En 1976, por ejemplo, declaró que había encarado la escritura de *Deus Irae* con Roger Zelazny porque "le había empezado y no podía terminarla debido a mi falta de conocimientos teológicos". La novela les insumió un trabajo de años, y una vez terminada resultó, de toda su obra anterior, el título más semejante a la trilogía final.

En los cuatro libros todo lo que tiene que ver con el material documental religioso

sueno curiosamente no vivido, fruto más de un fichero que de una asimilación existencial. Y lo que sostiene a todas las novelas (en mayor o menor medida) y las salva del desastre literario es la existencia de personajes imprevisibles, y los relámpagos de humor y ternura.

El paso del empleo de lo religioso como matiz de una estructura mayor a su predominio cuantitativo, y a cierta solemnidad en su tratamiento (cuando en **A Maze of Death** el equivalente de la Biblia se titulaba **Cómo me alcé de entre los muertos en mi tiempo libre y usted también puede hacerlo**) parece situarse cronológicamente en una experiencia que Dick tuvo en 1974, y que constituye la base de **Sivainvi**.

### La Mente racional

El acontecimiento le fue narrado a Charles Platt en una visita que realizara a Dick en 1980.<sup>4</sup> "Nosotros los seres humanos somos seres creados y sin embargo somos más racionales que el propio creador que nos engendró. Esta perspectiva no está basada en la fe, sino en un encuentro auténtico que tuve en 1974, cuando experimenté una invasión de mi mente por una mente trascendentalmente racional, como si hubiese esta-

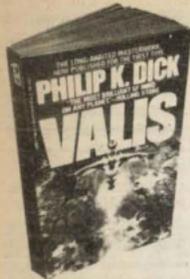
do loco toda mi vida y de pronto me hubiese vuelto cuerdo. Esta mehte racional no era humana. Se parecía más bien a una inteligencia artificial. Los jueves y sábados creía que era Dios; los martes y miércoles creía que era de origen extraterrestre; a veces pensaba que era la Academia de Ciencia de la Unión Soviética que probaba en mí su transmisor telepático de microondas psicotrónicas". experiencia parece haber sufrido una violenta transformación desde su primer borrador. En declaraciones realizadas en 1976 a Daniel DePrez, Dick la contaba así: "Digamos que es la historia de un universo paralelo, y de un tirano llamado Ferris F. Fremont, que es presidente de los Estados Unidos, empeñado en destruir el sistema bipartidario de la nación. Y es la historia de un grupo de gente que logra derrocarlo." El libro que conocemos ha relegado ese argumento a un film que el grupo de personajes principales ve en un cine de barrio, y cuya descripción es sumariamente despatchada en menos de diez páginas.

La novela se centra en cambio en la experiencia de un tal Amacaballo Fat, cuyos datos biográficos son exactamente los de Dick (intentos de suicidio, viajes, relaciones afectivas y demás elementos que concuerdan con lo que se conoce de su biografía), y que ha tenido el mismo encuentro con una Mente racional.

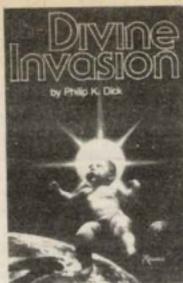
Fat escribe un texto de intenciones sagradas, o de revelación sobre la estructura de la realidad, que se incluye como apéndice en las últimas páginas. Según el mismo la realidad en que vivimos es falsa, constituyendo sólo la proyección de un satélite artificial, del tamaño de una lata de cerveza, que se ha manifestado a él mediante un rayo de luz rosada.

Todo lo que tiene que ver con esa línea conceptual (cuantitativamente la más importante) suena hueco, forzado, intelectualizado y esquemático. En cambio el libro logra respirar como narración cuando hura esa convicción de Amacaballo Fat. Uno de sus mejores efectos es el que nos hace descubrir de pronto que Fat es simplemente Dick hablando consigo mismo, en plena división esquizofrénica, conciencia que vuelve a desaparecer (con gran simplicidad y maestría estilística cuando Dick-Fat recibe un fuerte choque afectivo.

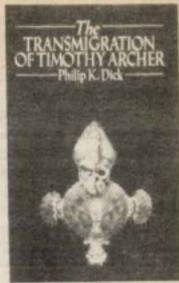
También importan la impecable descripción del hospital mental donde es encerrado Fat, con un mecanismo kafkiano similar al que describe Joseph Heller en **Trampa 22**; la aparición fugaz de dos psicólogos (Stone y Mauriciol que intentan curar a Fat infructuosamente; el intercambio excitante de réplicas humorísticas con dos amigos (uno de ellos el inolvidable Kevin, que basa su argumentación en un gato muerto), las



Valis  
(1979)



The Divine Invasion  
(1981)



The Transmigration of Timothy Archer  
(1982)

sólidas frases sobre la vida y la locura ("La maquinaria del divorcio había convertido a Fat en un hombre solo dejándolo en libertad de proceder a su antojo y aniquilarse. No veía la hora de hacerlo."); o frases que parecen definir su propia obra anterior, esa mezcla genial de desechos consumistas y epifanías: "los símbolos de lo divino se muestran inicialmente en nuestro mundo en los estratos de la basura"

Sin duda **Sivainvi** fue una novela catártica para el autor. Pero no transmite creativa y cabalmente esa catarsis al lector. El circuito demencial se cierra desganadamente en las últimas páginas, sin abrirse, aunque lo haya hecho fuertemente en varias ocasiones durante la novela, para mirarse a sí mismo con plena conciencia.

### La victoria de Emmanuel

**The Divine Invasion** es el segundo paso en la trilogía de Dick. Es necesario aclarar que las partes de esa trilogía tienen muy escasos puntos de enlace, fuera del predominio explícito del tema religioso. La acción de la segunda novela transcurre en un futuro en el que hay cúpulas con seres humanos en otros planetas, seres extraterrestres y una Tierra dividida en dos superpoderes: el Legado Científico Independiente del Partido Comunista y la Iglesia Cristiano-Islámica. El único vínculo con **Sivainvi** es justamente el film del mismo título, mencionado al pasar.

En **The Divine Invasion** hay también extensos tramos discursivos sobre la religión, pero están sostenidos por una estructura argumental salpica-

da de chispazos humorísticos y elementos atractivos en sí mismos, como en las novelas que Dick escribía apresuradamente para cubrir deudas en los comienzos de su carrera.

El tema es el regreso de Dios a una Tierra en tinieblas (idea al parecer extraída de los libros de ciencia ficción de C. S. Lewis). Dios es un bebé llamado Emmanuel, procreado por un dios lo serl extraterrestre, incubado en el cuerpo de una pobre mujer afectada de esclerosis múltiple, y cuyo padre legal es Herb Asher, uno de los típicos personajes masculinos fracasados de Dick, que vive en su cúpula fantaseando encuentros con Linda Fox, una estrella de la canción galáctica.

Aunque no posea toda la energía de **Ubik** o de **¿Sueñan los androides con ove-**

<sup>4</sup> "Reality in Drags", en **Science Fiction Review** N° 36, Portland, agosto 1980.

jas eléctricas? la novela se mueve con brío, pasando bruscamente de un tema a otro, creando personajes creíbles y que suelen sorprender con sus reacciones. Así Herb Asher, al principio desdibujado, se convierte hacia el fin en el protagonista, desplazando a Emmanuel, el niño-Dios.

Entre los brochazos clásicos de Dick se encuentran la pesadilla casi insuperable que resulta estar congelado en animación suspendida y condenado a oír por años (o la eternidad) la música ligera ininterrumpida que transmite una poderosa estación de FM cercana. (con temas como "El violinista en el tejado" y "South Pacific"); o la rápida descripción de una Biblia holográfica tridimensional, cuyo sentido cambia "si se desplaza el eje temporal".

Lo que sorprende es la paz que va invadiendo la novela hacia el final, a tal punto que lo más fallido es la descripción del Mal, o del Malo (algo que también ocurría en la visión del mundo de C. S. Lewis), encarnado aquí en un cabrito lujurioso que nos resulta inofensivo a pesar de las afirmaciones en contrario del autor. También es notable el modo en que los personajes femeninos principales logran adquirir un signo positivo y convincente, gracias a que es logrado mediante un proceso interno, sin ser adjudicado simplemente desde afuera por Dick.

Hay dos momentos que expresan a la perfección esa serenidad duramente conquistada. Uno de ellos es la conversación a la vez demencial y poética de Herb Asher con un policía que puede disertar en extenso sobre la Segunda Sinfonía de Mahler, y que culmina en un entendimiento o comunión con esa figura autoritaria por excelencia. El otro es el enfrentamiento amable entre Emmanuel-Dios y Zina, su compañera de colegio, un ser también poderoso y cambiante. En su bondad, Zina ha creado un mundo mucho más soportable que el real, pero Emmanuel asegura, con una voz que no cuesta atribuir a Dick luego de su paso por tantos mundos falsificados o alucinantes: "Tu reino es un reino ebrio, ebrio de danzas y alegría. Afirmando que la cualidad de realidad es más importante que cualquier otra cualidad, porque una vez que la realidad se va, no queda nada. Un sueño es nada."

Para demostrarlo, y para obtener la victoria en su enfrentamiento con Zina, Emmanuel hace que la Linda Fox ideal que Asher conoce en ese mundo pase del plano de la entelequia sin contradicciones al de una mujer que tiene períodos y eructa, y que la acepte, con todas sus cualidades corporales, humanas.

#### Palabras, palabras, palabras

The Transmigration of Timothy Archer es la última y la

menos disfrutable de las tres novelas. Comienza el día de la muerte de John Lennon, y transcurre en los años anteriores a esa fecha. Si la memoria no me falla es además la única novela de Dick contada íntegramente por una mujer, en primera persona.

La primera grieta es justamente la falta de verosimilitud de esa voz narrativa. No hay ningún dato que permita adjudicarla a una mujer, incluso en los niveles superficiales. Sólo el hecho de que esté casada con Jeff Archer, el hijo del obispo, indica en las primeras páginas su sexo. Por lo demás, podríamos cambiarle tranquilamente el nombre llamándole Amacaballo Fat en vez de Angel Archer, por ejemplo, sin que hubiera que modificar mayormente su modo de ver las cosas, y sus actos.

El segundo elemento negativo es la sobrecarga de citas y diálogos discursivos que impere en la mayoría de sus páginas. Ese material literariamente neutro no alcanza por otra parte a nuclearse alrededor de nudos argumentales fuertes, aun cuando su mención parezca sugerir que sí lo son: un obispo que tiene una amante del movimiento feminista, tres suicidios aparentes, el hallazgo de unos manuscritos "za-dokitas" de importancia equiparable a la de los Rollos del Mar Muerto, contactos con los muertos, etc.

Dick logra sin embargo salvar el libro del desastre gracias a sus últimos capítulos,

en especial el décimocuarto. Con una dosis abundante de buena voluntad podría disculparse el apelmazamiento de las docientas páginas anteriores como intencional, buscado, y no como un intento fallido de escribir una novela "literaria", que se queda en el tono creativamente sofocado de un best seller mediocre.

Porque en ese capítulo Angel Archer dialoga con Barefoot, el salvador de almas a cuya tienda entra al comienzo del libro, y lo que éste le presenta como la raíz de su fracaso vital y del fracaso de Timothy Archer es justamente

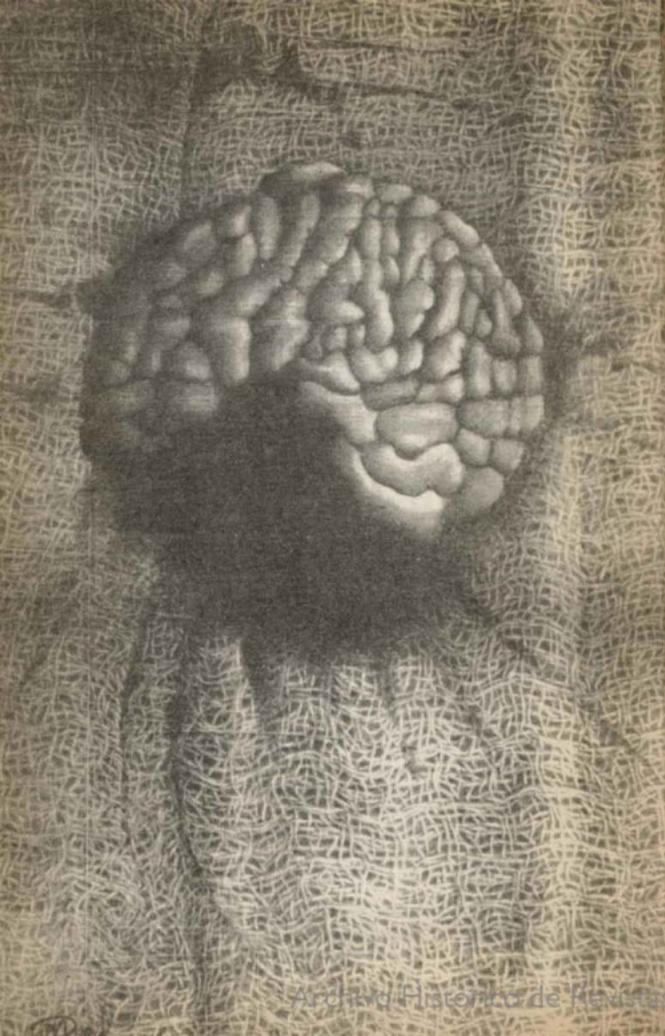
el exceso conceptual, el ahogo en un mar de palabras huecas. Ante ese mundo vacío Barefoot ofrece un alimento sustancial: un sandwich, y opina que "estar perdido en palabras sin sentido, ser un mercader de palabras sin contacto con la vida, flatus vocis, un ruido hueco" es un destino peor que la muerte.

El extenso y cortante diálogo entre Angel y Barefoot, y el pasaje fugaz del lirritrojo y hebréfrico Bil Lundford por algunos párrafos anteriores hacen que la lectura del libro valga el esfuerzo.

En conjunto, la trilogía final

de Dick presenta a un autor más consciente de sí mismo, menos suelto en el empleo de las palabras para dejar escapar las ráfagas del subconsciente, y al mismo tiempo más en paz con el mundo y consigo mismo que en los libros anteriores. Para quienes son seguidores de su particular aventura creativa, constituyen una lectura inevitable. Quienes quieran limitarse a gozar de sus habilidades (y trucos) más disfrutables, harán bien en escoger el camino que ofrece *The Divine Invasion*.

[EEG]



PHILIP K. DICK

---

## EL CASO RAUTAVAARA

---

*Una teología humana  
injerada en una teología extraterrestre.  
Un experimento asombroso.*

---

Ilustración de Kike Sanzol

Los tres técnicos de la esfera flotante monitorizaban fluctuaciones en los campos magnéticos interestelares, e hicieron un buen trabajo hasta el momento en que murieron.

Fragmentos de basalto, viajando a velocidad enorme en relación con la esfera, rompieron la barrera y anularon la provisión de aire. Los dos ejemplares masculinos tardaron en reaccionar y no hicieron nada. La joven técnica finlandesa, Agneta Rautavaara, logró ponerse el casco de emergencia, pero los tubos se enredaron; aspiró y murió: una muerte melancólica, estrangulada en su propio vómito. Así terminó la tarea de exploración de la esfera flotante EX208.

Faltaba un mes para que los técnicos fueran relevados y volvieran a la Tierra.

Nosotros no podíamos llegar a tiempo para salvar a las tres personas de la Tierra, pero enviamos un robot para ver si alguna de ellas podía ser regenerada. A las personas de la Tierra no les gustamos, pero en este caso la esfera de exploración estaba operando en nuestra vecindad. En esas emergencias hay normas que rigen para todas las razas de la galaxia. A nosotros no nos interesaba ayudar a las personas de la Tierra, pero siempre nos atenemos a las normas.

Las normas nos imponían el intento de restaurar la vida de los tres técnicos muertos, pero permi-

timos que un robot asumiera la responsabilidad, y tal vez en esos nos equivocamos. Además, las normas nos exigían notificar a la nave terrestre más cercana sobre la calamidad, y optamos por no hacerlo. No defenderé esta omisión ni analizaré nuestros razonamientos de entonces.

El robot nos comunicó que no había encontrado funciones cerebrales en los dos ejemplares masculinos y que su tejido neural había degenerado. En cuanto a Agneta Rautavaara, podían detectar-se ligeras ondas cerebrales. De modo que en el caso de Rautavaara el robot iniciaría un intento de restauración. Sin embargo, como no podía tomar una decisión por su cuenta, se comunicó con nosotros. Le dijimos que hiciera el intento. Por lo tanto, la responsabilidad —la culpa, si se quiere— es nuestra. Si hubiéramos estado en el lugar, habríamos actuado de otra manera. Aceptamos el cargo.

Una hora más tarde el robot comunicó que había restaurado funciones cerebrales significativas en Rautavaara suministrando al cerebro la sangre rica en oxígeno del cuerpo muerto. El oxígeno, aunque no las sustancias nutritivas, venía del robot. Le indicamos que empezara la síntesis de sustancias nutritivas procesando el cuerpo de Rautavaara, usándolo como materia prima. Esta fue la decisión más profundamente objetada después por las autoridades de la Tierra. Pero no teníamos ninguna otra fuente de sustancias nutritivas. Como nosotros somos plasma, no podíamos ofrecer nuestros cuerpos.

Las autoridades objetaron que podríamos haber utilizado los

cuerpos de los compañeros de Rautavaara muertos. Pero entendíamos que los otros cuerpos, de acuerdo con los informes del robot, estaban demasiado contaminados por la radiactividad y por lo tanto resultarían tóxicos para Rautavaara; las sustancias nutritivas derivadas de esas fuentes pronto le envenenarían el cerebro. Si ustedes no aceptan nuestra lógica, nos tiene sin cuidado; así era la situación tal cual la reconstruimos desde nuestro punto remoto. Por eso digo que nuestro verdadero error consistió en mandar un robot en vez de ir nosotros mismos. Si desean acusarnos, que nos acusen de eso.

Pedimos al robot que se pusiera en contacto con el cerebro de Rautavaara y nos transmitiera sus pensamientos para que pudiéramos evaluar el estado físico de sus células neurales.

La impresión que recibimos fue alentadora. Fue entonces cuando notificamos a las autoridades de la Tierra. Les informamos sobre el accidente que había destruido la EX208; les informamos que dos de los técnicos, los ejemplares masculinos, estaban irrecuperablemente muertos; les informamos que gracias a nuestros rápidos esfuerzos el único ejemplar femenino estaba revelando actividad céflica estable, es decir, que el cerebro estaba vivo.

—¿El qué? —dijo la persona de la Tierra que operaba la radio, en respuesta a nuestro llamado.

—Estamos suministrándole sustancias nutritivas derivadas de su cuerpo...

—Santo cielo —dijo la persona de la Tierra que operaba la ra-

dio—. No pueden alimentarle el cerebro de ese modo. ¿Para qué sirve un cerebro solo?

—Para pensar —dijimos.

—De acuerdo. Ahora nos encargaremos nosotros —dijo la persona de la Tierra que operaba la radio—. Pero habrá una investigación.

—¿No fue correcto salvarle el cerebro? —preguntamos—. A fin de cuentas, la psique está localizada en el cerebro. El cuerpo físico es un instrumento mediante el cual el cerebro se relaciona con...

—Denme la ubicación de la EX208 —dijo la persona de la Tierra que operaba la radio—. Enviaremos una nave de inmediato. Debieron notificarnos al instante en vez de tratar de rescatarla por cuenta de ustedes. Las aproximaciones no entienden las formas de vida somáticas.

Para nosotros es ofensivo oír el término *aproximaciones*. Es un mote de la Tierra que alude a nuestro origen en el sistema de Próxima Centauri. Implica que no somos auténticos, que somos mera simulación de vida.

Ésa fue nuestra recompensa en el caso Rautavaara. Ser ridiculizados. Y por cierto hubo una investigación.

En las profundidades de su cerebro lesionado, Agneta Rautavaara probó el vómito ácido y sintió miedo y aversión. Alrededor de ella la EX208 estaba hecha trizas. Vio a Travis y Elms; estaban deshechos en trozos sanguinolentos, y la sangre se había congelado. El hielo cubría el interior de la esfera. *No hay aire, no hay temperatura... ¿Qué me mantiene con vi-*

*da?*, se preguntó. Levantó las manos y se tocó la cara... o trató de tocarse la cara. *El casco, pensó. Me lo puse a tiempo.*

El hielo, que lo cubría todo, empezó a derretirse. Los brazos y piernas cercenados de sus dos compañeros se unieron a los cuerpos. Los fragmentos de basalto incrustados en el casco de la esfera se desprendieron y echaron a volar.

*El tiempo, advirtió Agneta, está retrocediendo. ¡Qué extraño!*

El aire volvió; Agneta oyó el zumbido opaco del indicador. Travis y Elms se levantaron penosamente. Miraron en derredor, desconcertados. Ella tuvo ganas de reír, pero la situación era demasiado seria. Aparentemente la fuerza del impacto había causado una perturbación local del tiempo.

—¡Síntense —les dijo.

—Yo... bueno, tienes razón —dijo roncamente Travis. Se sentó ante la consola y apretó el botón que lo sujetaba con firmeza al asiento. Elms, sin embargo, se quedó de pie.

—Chocamos con partículas de gran tamaño —dijo Agneta.

—Sí —dijo Elms.

—De gran tamaño y con impacto suficiente como para perturbar el tiempo —dijo Agneta—. De modo que hemos vuelto al instante antes del hecho.

—Bien, en parte es por causa de los campos magnéticos —dijo Travis. Se restregó los ojos; le temblaban las manos—. Quitate el casco, Agneta. No lo necesitas.

—Pero el impacto está por producirse —dijo ella.

Los dos hombres la miraron.

—El accidente se repetirá —dijo ella.

—Pamplinas —dijo Travis—. Sacaré la EX de aquí. —Tecléo varias llaves de la consola.— No habrá impacto.

Agneta se quitó el casco. Se descalzó, recogió las botas... y entonces vio la figura.

La figura estaba detrás de ellos tres. Era Cristo.

—Miren —les dijo Agneta a Travis y Elms.

La figura usaba una túnica blanca tradicional y sandalias; tenía el pelo largo y pálido como bañado por un claro de luna. La cara barbada era mansa y sabia. Como en los *holoavisos de las iglesias en la Tierra*, pensó Agneta. Con túnica y barba, sabio y manso, y los brazos ligeramente levantados. Hasta tiene aureola. ¡Qué raro que nuestros preconceptos sobre Dios fueran tan acertados!

—Dios mío —dijo Travis. Ambos hombres miraban, y ella miraba también—. Ha venido por nosotros.

—Bien, yo no me opongo —dijo Elms.

—Claro, tú no te opones —dijo rencorosamente Travis—. No tienes mujer ni hijos. ¿Y qué dices de Agneta? Ella tiene sólo trescientos años; es una niña.

—Yo soy la viña, vosotros sois las ramas —dijo Cristo—. Quien permaneciere en mí, conmigo en Él, dará fruto en abundancia, pues arrancados de mí no podéis hacer nada.

—Sacaré la EX de este vector —dijo Travis.

—Hijos míos —dijo Cristo—, no estaré mucho más con vosotros.

—Bien —dijo Travis. La EX se movía ahora a velocidad máxima hacia el eje de Sirio; el mapa es-

telar mostraba un flujo masivo.

—Demonios, Travis —dijo furiosamente Elms—. Esta es una gran oportunidad. Es decir, ¿cuántas personas han visto a Cristo? Es decir, ¿es Cristo. ¿No es verdad? —preguntó a la figura.

—Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida —dijo Cristo—. Nadie puede llegar al Padre sino a través de mí. Quien me conoce a mí, también conoce a mi Padre. Desde este momento lo conocéis y lo habéis visto.

—Bien dicho —dijo Elms, la cara radiante—. ¿Ves? Quiero manifestar que estoy muy contento de conocerlo, señor... —Se interrumpió.— Iba a decir "señor Cristo". Qué tontería. Cristo, señor Cristo, siéntese. Siéntate. Puedes ocupar mi lugar o el de la señorita Rautavaara, ¿verdad, Agneta? Este es Walter Travis; él no es cristiano, pero yo sí; he sido cristiano toda mi vida. Bien, casi toda mi vida. No sé qué dirá la señorita Rautavaara. ¿Qué dices, Agneta?

—Basta de tonterías, Elms —dijo Travis.

—El va a juzgarnos —dijo Elms.

—Si alguien oye mis palabras y no las guarda fielmente —dijo Cristo—, no soy yo quien lo condenará, pues no he venido para condenar el mundo sino para salvar el mundo; quien me rechace y niegue mis palabras ya tiene su juez.

—Bien dicho —dijo Elms, cabeceando gravemente.

—Sé tolerante con nosotros —le dijo Agneta a la figura, atemorizada—. Los tres hemos sufrido un trauma importante. —De pronto se preguntó si Travis y Elms recordarían que habían muerto, que sus cuerpos habían sido destruidos.

La figura sonrió, tranquilizadora.

—Travis —dijo Agneta, inclinándose sobre él—. Quiero que me escuches. Ni tú ni Elms sobrevivieron al accidente, no sobrevivieron a las partículas de basalto. Por eso él está aquí. Yo soy la única que no... —Titubeó.

—Murió —concluyó Travis—. Nosotros estamos muertos, y él ha venido a buscarnos. Estoy preparado, señor —le dijo a la figura—. Llévame.

—Llévalos a ambos —dijo Travis—. Yo mandaré un pedido de auxilio. Y diré lo que ocurre aquí. Lo informaré antes de que me lleve o trate de llevarme.

—Tú estás muerto —le dijo Elms.

—Aún puedo enviar un informe radial —dijo Travis, pero tenía la resignación pintada en la cara.

—Dale un poco de tiempo a Travis —le dijo Agneta a la figura—. Él no entiende bien. Pero supongo que ya lo sabes; tú lo sabes todo.

La figura asintió.

Nosotros y el Comité de Investigación de la Tierra escuchamos y observamos esta actividad en el cerebro de Rautavaara, y comprendimos juntos lo que había ocurrido. Pero no nos pusimos de acuerdo en nuestra evaluación. Mientras las seis personas de la Tierra lo consideraban pernicioso, nosotros lo considerábamos magnífico, tanto para Agneta Rautavaara como para nosotros. Mediante su cerebro lesionado, restaurado por un robot mal instruido, estábamos en contacto con el otro mundo y los poderes que lo gobiernan.

La actitud de las personas de la Tierra nos consternaba.

—Está alucinando —dijo el vocero de las personas de la Tierra—. Porque no recibe datos sensorios. Porque su cuerpo está muerto. Miren lo que han hecho.

Señalamos que Agneta Rautavaara era feliz.

—Lo que debemos hacer —dijo el vocero humano— es desconectar ese cerebro.

—¿Y perder el contacto con el otro mundo? —objetamos—. Esta es una espléndida oportunidad para visualizar la vida después de la muerte. El cerebro de Agneta Rautavaara es nuestra lente. La causa científica pesa más que la humanitaria.

Esta fue la posición que tomamos en la investigación. Era una posición sincera, no oportunista.

Las personas de la Tierra decidieron mantener el cerebro de Rautavaara en pleno funcionamiento con transducción de audio y video; que desde luego era grabada; entretanto, las medidas contra nosotros quedaron en suspenso.

A mí me fascinaba personalmente la idea teorizada del Salvador. Para nosotros era una concepción rara y exótica, no porque fuera antropomórfica sino porque implicaba un tratamiento escolar del alma del difunto. Suponía una suerte de mesa examinadora que hacía una lista de buenas y malas acciones; un boletín de calificaciones trascendente como los que se usan en la escuela primaria.

Para nosotros ésta era una concepción primitiva del Salvador, y mientras yo observaba y escuchaba —mientras nosotros observábamos y escuchábamos como entidad poliencéfala— me pregunté cuál habría sido la reacción de Agneta

Rautavaara ante un Salvador, un Guía del Alma, basado en *nuestras* expectativas. A fin de cuentas, su cerebro era mantenido por nuestro equipo, por el mecanismo que nuestro robot había llevado originalmente al lugar del accidente. Habría sido riesgoso desconectarlo; ya se habían producido muchas lesiones cerebrales. Todo el artefacto, incluyendo el cerebro, había sido transferido a la sede de la investigación judicial, una zona neutral comprendida entre el sistema Proxima Centauri y el sistema Sol.

Más tarde, en una discusión aparte con mis compañeros, sugerí que intentaríamos insertar nuestra concepción del Guía del Alma Después de la Muerte en el cerebro artificialmente mantenido en Rautavaara. La razón: sería muy interesante ver cómo reaccionaba.

Mis compañeros señalaron de inmediato la contradicción de mi lógica. En la investigación yo había alegado que el cerebro de Rautavaara era una ventana al otro mundo, lo cual justificaba nuestra operación y nos eximía de culpa. Ahora alegaba que lo que ella experimentaba era una proyección de sus propios preconceptos, nada más.

—Ambas proposiciones son verdaderas —dije—. Es una genuina ventana al otro mundo, y es una presentación de las tendencias culturales y raciales de Agneta Rautavaara.

Lo que teníamos, en esencia, era un modelo donde podíamos introducir variables cuidadosamente seleccionadas. Podíamos introducir en el cerebro de Rautavaara nuestra propia concepción del

Guía del Alma y por lo tanto ver cómo nuestra versión difería en la práctica de la versión pueril de las personas de la Tierra.

Era una nueva oportunidad de someter a verificación nuestra teología. En nuestra opinión la teología de las personas de la Tierra había sido sometida a suficientes verificaciones y resultaba deficiente.

Decidimos hacerlo, ya que nosotros cuidábamos del aparato que mantenía el cerebro de Rautavaara. Para nosotros, esta cuestión era mucho más interesante que el resultado de la investigación. La culpa es un mero problema cultural; no traspone las fronteras de las especies.

Supongo que las personas de la Tierra podrían juzgar nuestras intenciones como malignas. Yo lo niego, nosotros lo negamos. Más bien considérenlo un juego. Nos causaría cierto goce estético experimentar cómo Rautavaara enfrentaba a *nuestro* Salvador y no al de ella.

—Yo soy la resurrección —dijo la figura, alzando los brazos ante Travis, Elms y Agneta—. Quien crea en mí, aunque muera vivirá, y quien vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Creen estas palabras?

—Claro que sí —dijo Elms con entusiasmo.

—Pamplinas —dijo Travis.

Yo *no estoy segura*. En *verdad* no lo sé, pensó Agneta Rautavaara.

—Tenemos que decidir si iremos con él —dijo Elms—. Travis, tú estás liquidado, acabado. Quédate allí y púdrete... es tu destino. —A Agneta le dijo:— Espero que te decidas por Cristo, Agneta. Quiero que goces de la vida eterna

que yo gozaré. ¿No es verdad, Señor? —preguntó a la figura.

La figura cabeceó.

—Travis —dijo Agneta—, creo... bien, pienso que deberías venir con nosotros. Yo... —No quería insistir en que Travis estaba muerto. Pero él tenía que entender la situación; de lo contrario, como había dicho Elms, estaba condenado.— Ven con nosotros —dijo.

—¿Entonces irás? —dijo Travis, con amargura.

—Sí —dijo ella.

—Tal vez me equivoco —dijo Travis, mirando a la figura—, pero parece estar cambiando.

Ella miró, pero no vio ningún cambio. Sin embargo Elms parecía asustado.

La figura de túnica blanca caminó lentamente hacia Travis. La figura se detuvo junto a Travis, se quedó parada un tiempo y luego, agachándose, mordió la cara de Travis.

Agneta gritó. Elms se quedó pasmado. Travis, amarrado al asiento, pateaba. La figura lo comió con calma.

—Como ustedes ven —dijo el vocero del Comité de Investigación—, el cerebro debe desconectarse. El deterioro es grave; la experiencia es terrible para ella; debe terminar.

—No —dije yo—. Nosotros los de Proxima Centauri encontramos muy interesante este viraje de los acontecimientos.

—¡Pero el Salvador está devorando a Travis! —exclamó otra persona de la Tierra.

—¿Acaso en la religión de ustedes —dije— no comen la carne de

Dios y beben su sangre? Lo que ha sucedido aquí es una imagen simétrica de esa Eucaristía.

—¡Ordeno que se desconecte el cerebro! —dijo el vocero del Comité; tenía la cara pálida; el sudor le perlaba la frente.

—Antes deberíamos ver más —dije. Me resultaba muy excitante, esta representación de nuestro sacramento, nuestro sacramento más alto, donde nuestro Salvador nos devora.

—Agneta —susurró Elms—, ¿viste eso? Cristo se comió a Travis. No dejó más que los guantes y las botas.

Oh Dios, pensó Agneta Rautavaara. ¿Qué está ocurriendo? No entiendo.

Se apartó de la figura, acercándose instintivamente a Elms.

—Él es mi sangre —dijo la figura relamiéndose los labios—. Bebo esta sangre, la sangre de la vida eterna. Cuando la haya bebido, vivirá para siempre. El es mi cuerpo, yo no tengo cuerpo propio, soy sólo un plasma. Al comer su cuerpo, obtengo la vida eterna. Ésta es la nueva verdad que proclamo, que soy eterno.

—Nos comerá también a nosotros —dijo Elms.

Sí, pensó Agneta Rautavaara. Lo hará. Ahora podía ver que la figura era una aproximación. Es una forma de vida de Proxima, advirtió. Tiene razón; no tiene cuerpo propio. El único modo en que puede conseguir un cuerpo es...

—Lo mataré —dijo Elms. Tomó el rifle láser de emergencia del gabinete y apuntó a la figura.

—La hora ha llegado —dijo la figura.

—Aléjate de mí —dijo Elms.

—Pronto no me verás más —dijo la figura— a menos que yo beba tu sangre y coma tu cuerpo. Glorifica-te para que yo viva. —La figura avanzó hacia Elms.

Elms disparó el rifle láser. La figura se tambaleó y sangró. *Era la sangre de Travis*, comprendió Agneta. *En él. No su propia sangre. Es terrible. Se llevó las manos a la boca, aterrada.*

—Pronto —le dijo a Elms—. Di: "Soy inocente de la sangre de este hombre." Dílo antes que sea demasiado tarde.

—Soy inocente de la sangre de este hombre —susurró roncamen-te Elms.

La figura cayó. Agonizaba, des-sangrándose. Ya no era un hom-bre barbado. Era otra cosa, pero Agneta Rautavaara no entendía qué.

—Eli, Eli, lama sabachtani? —di-jo la figura. Bajo la mirada de Agneta y Elms, la figura murió.

—Lo maté —dijo Elms—. Maté a Cristo. —Se apuntó a sí mismo con el rifle láser, buscando el gatillo a tientas.

—No era Cristo —dijo Agneta—. Era otra cosa. Lo opuesto de Cris-to. —Le quitó el arma a Elms.

Elms lloraba.

Las personas de la Tierra tenían voto mayoritario en el Comité de Investigación, y votaron por la anulación de toda actividad en el cerebro artificialmente mantenido de Rautavaara. Esto nos defraudó, pero no había remedio.

Habíamos visto el comienzo de un experimento científico absolu-tamente pasmoso: la teología de una raza injertada en la de otra.

Desconectar el cerebro de la perso-na de la Tierra fue una tragedia científica. Por ejemplo, en lo con-cerniente a la relación básica con Dios, las personas de la Tierra ten-ían una actitud diametralmente opuesta a la nuestra. Desde luego esto debe atribuirse al hecho de que son una raza somática, no un plasma como nosotros. Ellos be-ben la sangre de su Dios, y comen su carne; así alcanzan la inmortalidad. Para ellos no resulta escanda-losa. Lo encuentran absolutamen-te natural. Pero para nosotros es horrendo. ¿Que el adorador coma y beba a su Dios? Espantoso, real-mente espantoso. Un ultraje y una vergüenza. Una abominación. Lo superior siempre debería alimentarse de lo inferior; el Dios debe consumir al adorador.

Observamos cómo se cerraba el caso Rautavaara con la descone-xión del cerebro, de modo que to-da actividad EEG cesó y los moni-tores no indicaron nada. Sentimos decepción. Para colmo, las perso-nas de la Tierra votaron por impo-nernos una pena por nuestra conducción de la misión de res-cate.

Es asombroso el abismo que se-para a las razas que evolucionan en sistemas estelares diferentes. No-sotros hemos tratado de compren-der a las personas de la Tierra, y ha sido en vano. También adverti-mos que ellas no nos comprenden y a su vez repudian algunas de nuestras costumbres. Ello quedó demostrado por el caso Rautava-ara. ¿Pero acaso no servíamos al propósito del estudio científico ob-jetivo? Yo mismo quedé azorado ante la reacción de Rautavaara cuando el Salvador comió al señor

Travis. Habría deseado ver cómo este santísimo sacramento era rea-lizado con los demás, con Rauta-vaara y Elms.

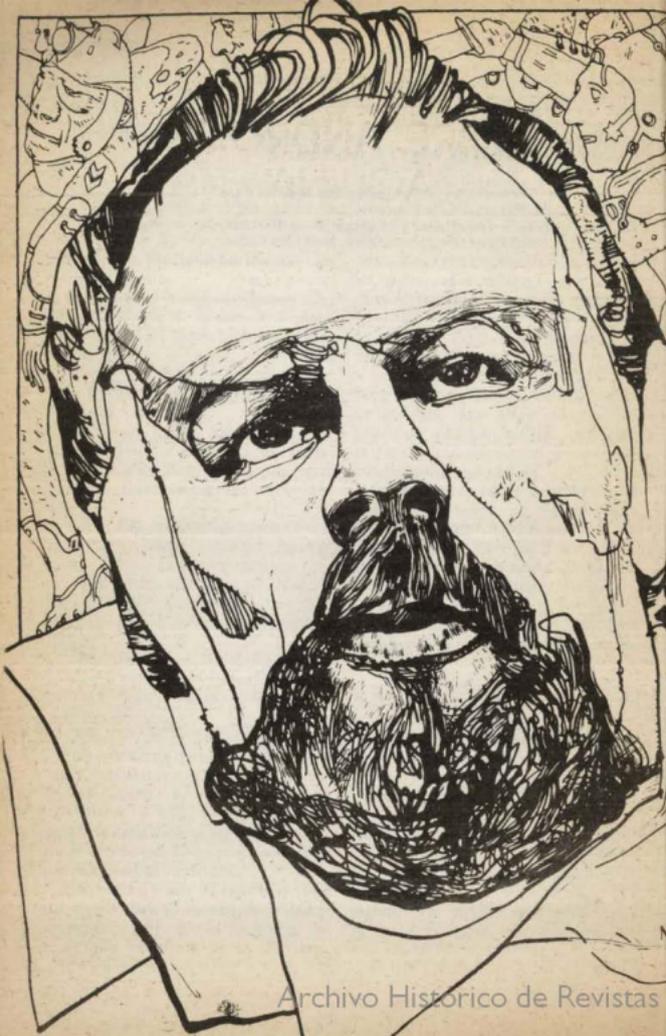
Pero fuimos privados de ello. Y

el experimento, desde nuestro punto de vista, fracasó.

Y ahora vivimos, para colmo, ba-jo el anatema de una culpa moral innecesaria.

Título del original en inglés: *Rautavaara's Case*.

© 1980 by Omni Publications Internacional Ltd. Traducción de Néstor Dietrich. Publicado por acuerdo con el autor y su agente, Scott Meredith Literary Agency, 845 Third Ave., Nueva York, N.Y. 10022, USA.



PHILIP K. DICK

## HOMBRE, ANDROIDE, MÁQUINA

*Lo verdadero y lo falso en el universo,  
y la primavera que todavía duerme  
dentro del cerebro humano.*

Ilustración de Carlos Nine

En el universo existen cosas frías y tenaces, a las que he dado el nombre de "máquinas". La conducta de esas cosas me asusta, sobre todo cuando imita tan bien la conducta humana que tengo la sensación de que esas cosas tratan de hacerse pasar por humanos pero no lo son. Las llamo "androides", que es mi modo particular de usar esa palabra. Con "androide" no aludo a una tentativa franca de crear en el laboratorio un ser humano (como vimos en el excelente telefilm *The Questor Tapes*). Aludo a una cosa de algún modo generada para engañarnos cruelmente, para inducirnos a considerarla uno de nosotros. Fabricada en un laboratorio: ese aspecto no es importante para mí; el

universo entero es un vasto laboratorio, y de él surgen entidades arteras y crueles que sonrien cuando nos dan la mano. Pero esa mano es la garra de la muerte, y esa sonrisa tiene la frialdad de la tumba.

Estas criaturas están entre nosotros, aunque morfológicamente no difieren de nosotros; no debemos plantear una diferencia de esencia, sino una diferencia de conducta. En mis relatos de ciencia ficción escribo sobre ellas constantemente. A veces ellas mismas no saben que son androides. Como Rachael Rosen, pueden ser bonitas pero les falta algo; o, como Pris en *We Can Build You*, pueden haber nacido de una madre humana e incluso diseñar androides —el

Abraham Lincoln de ese libro— y carecer personalmente de calidez; entonces caen dentro de la entidad clínica “esquizoide”, que alude a la falta de verdaderos sentimientos. Sin duda aquí aludimos a lo mismo, con el énfasis en la palabra “cosa”. Un ser humano sin empatía o sentimientos es lo mismo que un androide construido de tal modo que carece de ellos, ya por diseño o por error. Aludimos, básicamente, a alguien que no se preocupa por el destino del prójimo; guarda distancia, como un espectador, dramatizando con su indiferencia el teorema de John Donne de que “Ningún hombre es una isla”, pero dando al teorema un nuevo matiz: lo que es una isla mental y moral no es un hombre.

El mayor cambio que prolifera actualmente en nuestro mundo es quizá el impulso de lo viviente hacia la cosificación, y al mismo tiempo un desplazamiento recíproco de lo mecánico hacia lo animado. Ahora no tenemos categorías puras de lo viviente versus lo no-viviente; éste será nuestro paradigma: mi personaje Hoppy, en *Doctor Bloodmoney*, que es una especie de pelota humana con un laberinto de servomecanismos. Parte de esa entidad es orgánica, pero toda ella está viva; parte vino de un seno materno, todo vive, y dentro del mismo universo. Estoy hablando de nuestro mundo real y no del mundo de la ficción cuando digo: un día tendremos millones de entidades híbridas con un pie en cada uno de ambos mundos. Definirlas como “hombre” versus “máquina” nos dará rompecabezas verbales para jugar. Nuestro verdadero problema es y será: la entidad

compuesta (de la cual Palmer Eldritch es un buen ejemplo, entre mis personajes) ¿se comporta de un modo humano? Muchos de mis cuentos contienen sistemas puramente mecánicos que demuestran amabilidad: los taxis, por ejemplo, o los pequeños carros del final de *Now Wait for Last Year* construidos por ese pobre humano deforme. “Hombre” o “ser humano” son términos que debemos entender correctamente y aplicar, pero no se aplican al origen ni a ninguna ontología sino a un modo de ser en el mundo; si un artefacto mecánico detiene su actividad habitual para ayudar a alguien, le atribuiremos, agradecidamente, una humanidad que ningún análisis de sus transistores y sistemas de relés podrá elucidar. Un científico que examinara los circuitos de cables de esa máquina para localizar su humanidad sería como esos solemnes científicos que trataron en vano de localizar el alma en el hombre y, al no poder encontrar un órgano específico localizado en un lugar específico, optaron por negarse a admitir que tenemos alma. El hombre es a la máquina, pues, lo que el alma es al hombre: es la dimensión añadida, en términos de jerarquía funcional. Así como uno de nosotros *actúa* como un dios (le cede el manto a un extraño), una máquina *actúa* como humana cuando hace una pausa en su ciclo programado para acatarlo por medio de una decisión.

Pero aun así debemos comprender que el universo, aunque bondadoso con nosotros en su totalidad (sin duda le gustamos y nos acepta, o no estaríamos aquí; como dice Abraham Maslow, “de lo contrario

la naturaleza nos habría ejecutado hace tiempo”), contiene algunas máscaras sonrientes y malignas que asoman amenazadoramente en la niebla de la confusión, y puede liquidarnos por su propio bien.

Sin embargo, debemos cuidarnos de confundir una máscara, cualquier máscara, con la realidad que oculta. Piensen en la máscara de guerra que Pericles usaba sobre el rostro: uno contemplaría facciones congeladas, la sordidez de la guerra, sin compasión, no un verdadero rostro o persona humana a quien apelar. Y ésta era la intención, desde luego. Supongamos que no advirtiéramos que era una máscara; supongamos que creemos, cuando Pericles se nos acerca en la niebla de la penumbra del alba, que ése es su verdadero semblante. Pues bien, casi exactamente así describí yo a Palmer Eldritch en mi novela sobre él: tan parecido a la máscara guerrera de los griegos áticos que la semejanza no puede ser accidental. ¿No es esto, pues —la ranura hueca de los ojos, el brazo y la mano de metal mecánico, los dientes de acero inoxidable, que son los temibles estigmas del mal—, no es esto, esto que yo mismo vi por primera vez en el cielo del mediodía un día de 1963, una descripción, una visión, de una máscara de guerra y una armadura de metal, un dios de la batalla? El Dios de la Ira que estaba furioso conmigo. Pero bajo la furia, bajo el metal y el yelmo, hay como en Pericles, el rostro de un hombre. Un hombre que siente y ama.

El tema de mis escritos ha sido durante años “El diablo tiene rostro de metal”. Tal vez esto debería corregirse ahora. Lo que atis-

bé y luego llevé a la ficción no era en verdad un rostro; era una máscara sobre un rostro. Y el rostro verdadero es lo contrario de la máscara. Naturalmente. No se pone metal frío y tenaz sobre metal frío y tenaz. Se lo pone sobre carne blanda, como la inofensiva mariposa se adorna astutamente con pequeños ojos para aterrorizar a otros. Ésta es una medida defensiva, y si da resultado el depredador vuelve a su guarida masculando: “Vi la criatura más temible del cielo. Muecas salvajes y aleteos, agujijones y venenos.” Los de su especie quedan impresionados. La magia funciona.

Yo había creído que sólo la gente mala usaba máscaras temibles, pero como ven fui engañado por la magia de la máscara, su magia espantosa y temible, su *ilusión*. Fui víctima del engaño y huí. Ahora deseo disculparme por predicar esa ilusión como algo genuino: los tuve a ustedes sentados alrededor de la fogata con los ojos dilatados de alarma mientras les contaba historias sobre los terribles monstruos que había encontrado; mi viaje de descubrimiento terminaba en visiones aterradoras que yo traía infaliblemente de vuelta cuando huía sano y salvo. ¿Sano y salvo de qué? De algo que sonreía y revelaba su inofensividad cuando desaparecía la necesidad de ocultarse.

No me propongo renunciar a mi dicotomía entre lo que llamo “humano” y lo que llamo “androide”, siendo lo segundo una cruel y chápucera parodia de lo primero con fines indignos. Pero me había dejado guiar por apariencias superficiales; para distinguir las categorías se requiere más sutileza. Pues

si una criatura dulce e inofensiva se oculta tras una temible máscara de guerra, es probable que tras máscaras bondadosas y amables se oculten pérfidos destructores de almas humanas. En ninguno de ambos casos podemos guiarnos por la apariencia superficial; tenemos que penetrar hasta el corazón de cada cual, hasta el corazón del sujeto.

Quizá todo el universo sirve a una buena finalidad; es decir, sirve a los fines de este universo. Pero partes intrínsecas o subsistemas pueden ser destructores de vida. Debemos encararlos como tales, sin referencia al papel que desempeñan en la estructura total.

El *Sepher Yezirah*, un texto cabalista ("El Libro de la Creación") de casi dos mil años de antigüedad, nos dice: "Dios también ha puesto a uno contra el otro: el bueno contra el malo, y el malo contra el bueno; el bueno procede de lo bueno, y el malo de lo malo; *lo bueno purifica lo malo, y lo malo lo bueno*; lo bueno es preservado para los buenos, y lo malo para los malos."

Por debajo de los dos jugadores de la partida está Dios, que es ninguno y ambos. El efecto del juego es que ambos jugadores se purifican. Hasta allí, el antiguo monoteísmo hebreo, tan superior a nuestra propia actitud. Somos criaturas de un juego y nuestras afinidades y aversiones están pre-determinadas, no por el ciego azar sino por pacientes y avizores sistemas de engramación que entrevemos vagamente. Si los viéramos con claridad, anularíamos el juego. Evidentemente eso no contribuiría a los intereses de nadie. Debemos

confiar en estos tropismos, y en todo caso no hay alternativa: no hasta que los tropismos desaparezcan. Y en ciertas circunstancias pueden desaparecer y lo hacen. Y en ese punto, se aclaran muchas cosas que previamente nos estaban ocultas, intencionalmente.

Lo que debemos comprender es que este engaño, este oscurecimiento de las cosas como si estuvieran bajo un velo —el velo de Maya, se lo ha llamado—, no es un fin en sí mismo, como si el universo fuera perverso y quisiera tramplear porque sí; lo que debemos aceptar, una vez que advertimos que un velo (llamado *dokos* por los griegos) se interpone entre nosotros y la realidad, es que este velo sirve a un propósito benigno. Parménides, el filósofo presocrático, goza históricamente de la fama de haber sido la primera persona de Occidente que aportó pruebas sistemáticas de que el mundo no puede ser tal cual lo vemos, de que existe ese *dokos*, el velo. Encontramos una idea muy similar en San Pablo cuando dice que vemos "como por el reflejo en el fondo de un cuenco de metal bruñido". Se está refiriendo al familiar concepto platónico de que sólo vemos imágenes de la realidad, y probablemente estas imágenes son inexactas e imperfectas e indignas de confianza. Deseo añadir que Pablo quizá estaba diciendo algo más que Platón en su célebre alegoría de la caverna: Pablo estaba diciendo que quizá vemos el universo hacia atrás.

El alcance extraordinario de este pensamiento no puede ser asimilado, aun si lo captamos intelectualmente. ¿Ver el universo hacia

atrás? ¿Qué es eso? Bien, permítanme expresar una posibilidad: que experimentamos el tiempo hacia atrás; o más precisamente, que nuestra categoría subjetiva de tiempo (en el sentido de Kant, un modo de organizar la experiencia), nuestra experiencia del tiempo es ortogonal respecto del flujo del tiempo mismo: está en ángulo recto. Hay dos tiempos: el tiempo que es nuestra experiencia o percepción o elaboración de matriz ontológica, una extensividad a lo largo del espacio como una extensividad inseparable en otra área; esto es real, pero el flujo exterior del tiempo del universo se mueve en una dirección diferente. Ambos son reales, pero al experimentar el tiempo como lo experimentamos, en forma ortogonal a su dirección real, tenemos una idea totalmente errónea de la secuencia de los acontecimientos, de la causalidad, de lo que es pasado y lo que es futuro, de adónde va el universo.

Espero que ustedes comprendan la importancia de esto. El tiempo es real como experiencia en el sentido kantiano, y es real en el sentido en que lo expresa el soviético Nikolai Kozirev: que el tiempo es una energía, y que es la energía básica que amalgama el universo, y de la cual depende toda vida, de la cual todos los fenómenos se alimentan y por la cual se manifiestan: es la energía de cada entelequia y de la entelequia total del universo mismo.

Pero el tiempo en sí no se está desplazando de nuestro pasado a nuestro futuro. Su eje ortogonal lo conduce por un ciclo rotativo dentro del cual, por ejemplo, nosotros hemos estado "haciendo gi-

rar nuestras ruedas", como quien dice, en un vasto invierno de nuestra especie que ya ha durado unos 2.000 años de nuestro tiempo lineal. Evidentemente el tiempo ortogonal o verdadero rota un poco como el primitivo tiempo cíclico, dentro del cual cada año era considerado el mismo año, cada nueva cosecha la misma cosecha; en realidad, cada primavera era la misma primavera repetida. Lo que destruyó la capacidad del hombre para percibir el tiempo de este modo absolutamente simple fue que él mismo, como individuo, abarcaba demasiados de estos años y notaba que él mismo se desgastaba, no se renovaba cada año como la cosecha de cereal, los bulbos y las raíces y los árboles. Tenía que existir una idea más adecuada del tiempo que el simple tiempo cíclico; así que el hombre concibió, a regañadientes, el tiempo lineal, que es tiempo acumulativo, como demostró Bergson; y en una sola dirección y es sumado —o se suma— a todo mientras transcurre.

El tiempo ortogonal verdadero es rotativo, pero en una escala más vasta, muy semejante al Gran Año de los antiguos, muy semejante, también, a la idea de Dante de transcurso temporal que se encuentra expresada en su *Comedia*. Durante la Edad Media pensadores como Erigena habían empezado a captar la verdadera eternidad o atemporalidad, pero otros habían empezado a captar que la eternidad involucraba tiempo (la atemporalidad sería un estado estático), aunque el tiempo sería muy diferente de nuestra percepción de él. Había una pista en la reitera-

ción de San Pablo de que los Días Finales del mundo serían el Tiempo de la Restauración de Todas las Cosas. Evidentemente él había experimentado este tiempo ortogonal lo suficiente como para entender que contiene en sí, como un plano o extensión simultánea, todo lo que fue, tal como los surcos de un LP contienen la parte de la música que ya se ha tocado; no desaparecen después que pasó la púa. Un disco fonográfico es, en realidad, una larga espiral helicoidal, y puede ser representado enteramente en geometría plana: en el espacio, aunque supongo que se puede decir que la púa acumula la música al avanzar. La idea de disfunciones como saltos hacia adelante y hacia atrás son posibles, aquí, pero no servirían a ningún propósito teleológico: serían deslizamientos de tiempo, como en mi novela *Tiempo de Marte*. Aun así, si ocurrieran, servirían a un propósito para nosotros, los que observamos o escuchamos: de pronto sabríamos mucho más sobre nuestro universo. Creo que estas disfunciones ontológicas del tiempo de hecho ocurren, pero que nuestros cerebros automáticamente generan sistemas de memoria falsos para ocultarlos de inmediato. La razón de ello nos devuelve a mi premisa: el velo o *dokos* está allí para engañarnos por una buena razón, y rupturas tales como esas disfunciones temporales deben ser olvidadas para cumplir ese propósito benigno.

Dentro de un sistema que debe generar una cantidad enorme de "velamiento", sería vano perorar sobre qué es la realidad, cuando mi premisa declara que, si por alguna

razón lo penetráramos, este extraño sueño semejante a un velo se consolidaría retrospectivamente, en términos de nuestra percepción y en términos de nuestra memoria. El ensueño mutuo se reiniciaría como antes porque, creo, somos como los personajes de mi novela *Ubik*; estamos en un estado de semividencia. No estamos muertos ni vivos, sino congelados y en vida latente, esperando a que nos reanimen. Expresado en los términos tal vez asombrosamente familiares de la procesión de las estaciones, éste es el invierno del cual hablo; es el invierno de nuestra raza, y es el invierno en *Ubik* para aquellos semivivos. Los cubren el hielo y la nieve; el hielo y la nieve cubren nuestro mundo en capas de acreencias, que llamamos *dokos* o Maya. Lo que cada año derrite la corteza o capa de hielo escarchado que cubre el mundo es desde luego la reaparición del sol. Lo que derrite el hielo y la nieve que cubren a los personajes de *Ubik*, y detiene el enfriamiento de sus vidas, la entropía que ellos sienten, es la voz del señor Runciter, su expatrón, que los llama. La voz del señor Runciter no es más que esa misma voz que oye cada bulbo y semilla y raíz del suelo, nuestro suelo, en nuestro invierno. Oye: "¡Despertad! ¡Durmientes, despertad!" He dicho quién es Runciter, y he dicho cuál es nuestra condición y de qué trata realmente *Ubik*. Lo que he dicho, también, es que el tiempo es en verdad lo que supone el doctor Kozirev de la Unión Soviética, y en *Ubik* el tiempo ha sido anulado y ya no se mueve hacia adelante del modo lineal que experimentamos nosotros. Cuando esto

ha ocurrido, a causa de la muerte de los personajes, nosotros los lectores y ellos las *personae* ven el mundo tal cual es sin el velo de Maya, sin las nieblas oscurecedoras del tiempo lineal. Es esa energía, el Tiempo, que según el doctor Kozirev amalgama todos los fenómenos y sostiene la vida, la que por su *actividad* oculta la realidad ontológica bajo su fluir.

El eje del tiempo ortogonal tal vez haya sido representado en mi novela *Ubik* sin que yo entendiera lo que estaba tratando; o sea, la regresión formal de objetos a lo largo de una línea totalmente diferente de aquélla en que fueron contruidos en el tiempo lineal. Esta reversión es la de las ideas o arquetipos platónicos: una nave cohete se convierte en un Boeing 747, luego en un biplano "Jenny" de la Primera Guerra Mundial. Aunque quizá haya expresado una visión dramática del tiempo ortogonal, es menos seguro que éste sea el tiempo ortogonal *sufriendo una reversión antinatural*: o sea, retrocediendo. Lo que ven los personajes de *Ubik* quizás es el tiempo ortogonal moviéndose a lo largo de su eje normal; si nosotros mismos de algún modo vemos el universo revertido, entonces las "reversiones" formales que sufren los objetos de *Ubik* pueden ser un impulso hacia la perfección. Esto implicaría que nuestro mundo, en cuanto extensivo en el tiempo (antes que extensivo en el espacio) es como una cebolla, un número casi infinito de capas sucesivas. Si el tiempo lineal parece añadir capas, tal vez el tiempo ortogonal las desprende, exponiendo capas de Ser cada vez más grandiosas. Esto

nos recuerda la visión de Plotino, según la cual el universo consiste en anillos concéntricos de emanación, cada cual poseedor de más Ser —o realidad— que el siguiente.

Dentro de esta ontología, el reino del Ser, los personajes, como nosotros, duermen y sueñan esperando la voz que los despertará. Cuando digo que ellos y nosotros estamos esperando la llegada de la primavera no me limito a usar una metáfora. La primavera significa el regreso del calor, la abolición del proceso de entropía; la vida de ellos puede expresarse en términos de unidades térmicas, y esas unidades han desaparecido. Es la primavera lo que restaura esa vida, la restaura plenamente y en algunos casos, como en nuestra especie, la nueva vida es metamorfosis; el período de sueño es un período de gestación junto con nuestros congéneres que culminará en una forma de vida totalmente distinta de la que hayamos conocido antes. Muchas especies son así; atraviesan ciclos. Así, nuestro sueño invernal no es un mero "girar de las ruedas" como podría parecer. No nos limitaremos a florecer una y otra vez con los mismos capullos que nos brotaron el año anterior. Por eso era un error de los antiguos creer que así era para nosotros; hay una acumulación, el crecimiento de una entelequia para cada uno de nosotros, aún no perfeccionada ni concluida y jamás repetible. Como una sinfonía de Beethoven, cada uno de nosotros es único y, cuando haya terminado este largo invierno, como capullos nuevos nosotros nos sorprenderemos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea. Lo que haremos,

muchos de nosotros, es arrojar las máscaras que hemos usado, máscaras cuya función era ser tomadas por realidad. Máscaras que han logrado engañar a todo el mundo, cumpliendo su propósito. Hemos sido Palmer Eldriches atravesando la niebla fría y las brumas y el crepúsculo del invierno, pero ahora pronto afloraremos y nos quitaremos las máscaras de hierro para mostrar el rostro que hay detrás.

Es un rostro que nosotros, los que usamos las máscaras, tampoco hemos visto; a nosotros también nos sorprenderá.

Para que la realidad absoluta se revele, nuestras categorías de la experiencia espacio-temporal, la matriz básica con la cual afrontamos el universo, debe resquebrajarse y luego derrumbarse totalmente. Traté sobre este resquebrajamiento en *Tiempo de Marte*, en términos de tiempo; en *Maze of Death* hay infinitas realidades paralelas arregladas especialmente; en *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía*, el mundo de un personaje invade el mundo en general y muestra que por "mundo" aludimos ni más ni menos que a la Mente, la Mente immanente que piensa —o más bien sueña— nuestro mundo. Ese soñador, como el soñador del *Finnegans Wake*, de Joyce, está despertando y a punto de recobrar la conciencia. Estamos dentro de ese sueño; esos sueños múltiples están por plegarse en sí mismos, por desaparecer como sueños, para ser reemplazados por el paisaje verdadero de la realidad del soñador. Nos reuniremos con él cuando él vea de nuevo y comprenda que ha estado soñando. En el brahmanismo, diríamos que ha termi-

nado un gran ciclo y ese brahmán despierta de nuevo, o que pasa de la vigilia al sueño; en cualquier caso el universo que experimentamos, que es una extensión de su Mente en el espacio y el tiempo, está experimentando disfunciones típicas en el final de un ciclo. Puede decirse, si se quiere, "La realidad se está derrumbando; todo se convierte en caos"; o, conmigo, tal vez prefieran decir: "Siento que el sueño, *dokos*, se levanta; siento que Maya se disuelve: estoy despertando. El está despertando; yo soy el Soñador: todos somos el Soñador." Aquí uno piensa en la Supermente de Arthur Clarke.

Cada uno de nosotros tendrá que afirmar o negar la realidad que se revelará cuando nuestras categorías ontológicas se derrumben. Si ustedes creen que los asedia el caos, que cuando el sueño se disipe no quedará nada, o peor aún, los enfrentará algo terrible, bien, por eso persiste el concepto del Día de la Ira; mucha gente tiene la profunda intuición de que cuando el *dokos* se disuelva abruptamente les esperan malos tiempos. Tal vez. Pero pienso que el rostro revelado será sonriente, pues la primavera generalmente entibia a las criaturas en vez de calcinarlas con un calor aplastante. Es posible, también, que fuerzas malignas del universo sean reveladas por la desaparición del velo, pero pienso en la caída de la tiranía política en EE.UU. en 1974 y me parece que la exposición de ese feo cáncer a la luz del día y su consiguiente extirpación es lo importante del desnudamiento ante el sol; tal vez tengamos que sufrir shocks como enterarnos de que durante el *Nacht*

*und Nebel*, durante el período de noche y niebla, nuestra libertad, nuestros derechos, nuestra propiedad y aun nuestras vidas eran mutilados, deformados, robados y destruidos por seres viles que gozaban de sus espurios santuarios en San Clemente y Florida y todas las otras villas, pero el shock de la exposición fue peor para los planes de ellos que para los nuestros. Nuestros planes sólo nos invitaban a vivir con justicia y verdad y libertad; el anterior gobierno de este país había dispuesto vivir con un poder cruel y arrogante, al tiempo que nos mentía incessantemente por todos los canales de comunicación. Es un buen ejemplo del poder curativo de la luz del sol; este poder primero reveló y luego marchitó la tosca planta de la tiranía, que tanto había arraigado en el corazón palpitante de un pueblo bondadoso.

Ese corazón ahora sigue palpitando, con más fuerza que nunca, aunque por cierto estuvo en un atolladero; pero el cáncer que lo había invadido está muerto. Ese engendro negro que evitaba la luz, evitaba la verdad, y destruía a quien contaba la verdad, demuestra lo que puede florecer durante el largo invierno de la raza humana. Pero ese invierno empezó a terminar en el equinoccio vernal de 1974.

A veces pienso que el Soñador empezó a presionar a la tiranía, cuando nos despertó; aquí en Estados Unidos nos despertó a nuestra condición, a nuestro espantoso riesgo.

Una de las mejores y más importantes novelas para la comprensión de la naturaleza de nuestro

mundo es *The Lathe of Heaven*, de Ursula Le Guin, donde el universo-sueño está articulado de un modo tan asombroso y convincente que titubeo en añadir más explicaciones; no las requiere. No creo que ninguno de nosotros dos hubiera leído sobre el estudio de los sueños de Charles Tart cuando escribimos nuestras varias novelas, pero yo lo he leído ahora, y he leído algo de Robert E. Ornstein, protagonista de la "revolución del cerebro" al norte de donde vivo, en la Universidad de Stanford. Según la obra de Ornstein es posible que tengamos dos cerebros totalmente separados, en vez de un cerebro dividido en dos hemisferios bilateralmente iguales, que de hecho tengamos dos mentes en un solo cuerpo (los remito a ustedes al artículo de Joseph E. Bogen, "The Other Side of the Brain: An Appositional Mind", publicado en la selección de Ornstein *The Nature of Human Consciousness*). Bogen indica que de vez en cuando algún investigador intuyó la posibilidad de que tengamos dos cerebros, pero que sólo con las técnicas modernas de cartografía cerebral y estudios afines ha sido posible demostrarlo. Por ejemplo, en 1763 Jerome Bau Gaub escribió: "...espero creeréis a Pitágoras y Platón, los más sabios entre los filósofos antiguos, quienes, de acuerdo con Cicerón, dividieron la mente en dos partes, una dotada de razón y la otra desprovista de ella". El artículo de Bogen contiene conceptos tan fascinantes que me sorprende que nunca hayamos comprendido que nuestro llamado "inconsciente" no es de ningún modo un inconsciente sino otra conciencia,

con la cual tenemos una relación tenue. Esta otra mente o conciencia es la que nos sueña de noche: somos su audiencia mientras nos cautiva con sus historias; somos niños subyugados. Por esa razón *The Lathe of Heaven* puede representar uno de los grandes libros de nuestra civilización, especialmente porque Ursula K. Le Guin, estoy seguro, llegó a esa formulación sin conocer el trabajo de OrNSTein ni la extraordinaria teoría de Bogen. Lo que esto implica es que un cerebro recibe exactamente los mismos datos que el otro, a través de los diversos canales sensorios, pero procesa la información de otra manera; cada cerebro funciona de un modo singular (el izquierdo es como una computadora digital; el derecho se parece más a una computadora analógica y opera comparando patrones). Procesando una información idéntica cada cual puede llegar a un resultado totalmente distinto; por lo tanto, como nuestra personalidad está construida en nuestro cerebro izquierdo, si el derecho encuentra algo vital que nosotros los de la izquierda no percibimos, debe comunicarlo cuando dormimos, durante el sueño; luego, el Soñador que se comunica con tanto apremio en la noche está neurológicamente localizado, obviamente, en el cerebro derecho, que es el no-yo. Pero más que eso (por ejemplo, si el cerebro derecho es, como pensaba Bergson, un transductor o transformador de información ultratransensorial fuera del alcance del izquierdo) aún no podemos decir. Sin embargo, creo que el hechizo del *dokos* es obrado por el plural de nuestro cerebro derecho: como

especie tendemos a residir enteramente dentro de un solo hemisferio, dejando que el otro haga lo que debe para protegernos, y para proteger al mundo. Tengan en cuenta que esta protectividad es bilateral, un intercambio entre el mundo y cada uno de nosotros: cada uno de nosotros es un tesoro que debe guardarse y preservarse, pero también lo es el mundo y las semillas ocultas que duermen en él. Las otras semillas ocultas. Así, a través del movimiento de velos de Kali, el hemisferio derecho de cada uno de nosotros, nos mantenemos en la ignorancia de lo que debemos ignorar por ahora. Pero ese tiempo está terminando; ese invierno se está disolviendo, junto con sus terrores, sus tiranías y su nieve.

La mejor descripción de esta formación del velo de *dokos* que he leído hasta ahora figura en un artículo de *Science Fiction Studies* de marzo de 1967, escrito por Frederic Jameson y titulado: "After Armageddon: Character Systems in *Dr. Bloodmoney*". Esta es una oscura novela mía. Cito: "Todo lector de Dick está familiarizado con esta pesadillesca incertidumbre, esta fluctuación de la realidad, a veces explicada por drogas,\* a veces por esquizofrenia,\* y a veces por nuevos poderes de cf, en los que el mundo psíquico como quien dice se exterioriza, y reaparece en forma de simulacros o en una reproducción astutamente fotográfica de lo externo" (pág. 32). (\*Espero que Jameson se refiera a drogas en el texto y esquizofrenia en el texto, no en mí, pero pasaré eso por alto.)

Por la descripción de Jameson

ustedes ven que aquí estamos hablando de algo muy parecido a Maya, pero también de algo muy parecido a un holograma.

Tengo el firme presentimiento de que Carl Jung tenía razón sobre nuestros inconscientes, que configuraban una sola entidad, o como él la llamaba, "inconsciente colectivo". En ese caso, esta entidad cerebral colectiva, consistente en literalmente miles de millones de "estaciones" que transmiten y reciben, formarían una vasta red de comunicación e información, muy parecida al concepto de noosfera de Teilhard. Esta es la noosfera, tan real como la ionosfera o la biosfera; es una capa de la atmósfera terrestre compuesta por proyecciones holográficas e informacionales en una gestalt unificada y constantemente procesada cuyas fuentes son nuestros múltiples cerebros derechos.

Esto constituye una Mente vasta, inmanente a nosotros, de tal poder y sabiduría como para parecernos igual al Creador. Esta era al menos la visión que Bergson tenía de Dios.

Es interesante que las actividades de los dioses preocuparan tanto a los brillantes filósofos griegos; podían ver las actividades y (o eso creían) a los dioses mismos, pero como dijo Jenófanes: "Aunque un hombre enuncie por casualidad la verdad más absoluta, él mismo no lo sabe; todas las cosas están envueltas en *apariencias*".

Esta noción llegó a los presocráticos en virtud de que veían lo múltiple pero sabiendo a priori que lo que veían no podía ser real, pues sólo existía lo Uno.

"Si Dios es todas las cosas, luego las apariencias son por cierto engañosas; y, aunque las observaciones del *kosmos* puedan brindar generalizaciones y especulaciones sobre los planes de Dios, el verdadero conocimiento de ellos sólo podría tenerse mediante un contacto directo con la mente de Dios." (Estoy citando a Edward Hussey en su maravilloso libro *The Presocratics*, pág. 35.) Y a continuación da dos fragmentos de Heráclito: "La naturaleza de las cosas tiene por hábito ocultarse" (fragmento 123); "La estructura latente domina la estructura obvia" (fragmento 54).

Quiero recordar a ustedes que los antiguos griegos y hebreos no concebían a Dios ni la mente de Dios como por encima del universo, sino dentro de él: Mente inmanente o Dios inmanente, con el universo visible como cuerpo de Dios, de tal modo que Dios era al universo lo que la psique al soma.

Pero además conjeturaban que tal vez Dios no era la gran psique sino noos, una especie distinta de mente; en cuyo caso, el universo no era su cuerpo sino Dios Mismo. El universo espaciotemporal alberga a Dios pero no forma parte de él; Dios es solamente una vasta red o campo de energía.

Si ustedes asumen (y no se equivocarían al hacerlo) que nuestras mentes son en cierto modo campos energéticos, y que somos fundamentalmente campos interactuantes en vez de partículas aisladas, no hay ningún obstáculo teórico para la captación de esta interacción entre los miles de millones de impresiones cere-

brales que son emanados y formadas y reformadas en los patrones de la noosfera. Sin embargo, si ustedes aún se aferran a la noción dionisíaca de que cada cual es un organismo frágil, muy parecido a una máquina, compuesto por partes, bueno, así resulta imposible fundirse con la noosfera. Cada uno de ustedes es una cosa concreta y única. Y la cosidad es lo que debemos rehuir, al contemplarnos a nosotros mismos y al meditar sobre la vida. Según las nociones más modernas somos campos superpuestos, todos nosotros animales y plantas incluidos. Esta es la ecosfera y todos formamos parte de ella. Pero lo que no comprendemos es que los miles de millones de cerebros izquierdos, aislados y totalmente orientados hacia el yo, tienen mucho menos que decir sobre la disposición última de este mundo que la Mente noosférica colectiva que abarca todos nuestros cerebros derechos, y que cada uno de nosotros comparte. *Ella* decidirá, y no creo imposible que esta vasta noosfera plasmática, considerando que cubre nuestro planeta entero como un velo o capa, pueda interactuar con el exterior en campos de energía solar y de allí en campos cósmicos. Cada uno de nosotros, pues, participa del cosmos, si está dispuesto a escuchar sus sueños. Y son sus sueños los que lo transformarán de mera máquina en auténtico humano. Ya no se pasará haciendo resonar su hierro majestuoso, ya no gobernará su pequeño reino de aquí; se remontará hacia lo alto, volando como un campo de iones negativos, como la entidad Ubik en mi novela de ese nombre: sien-

do vida y dando vida, pero sin definirse jamás porque a él —a nosotros— no se le puede atribuir ningún nombre definitivo.

A medida que ascendemos en lo múltiple —o sea, progresamos en el tiempo lineal, o de algún modo permanecemos quietos y el tiempo lineal avanza, sea cual fuere el modelo más correcto— nosotros como entelequias múltiples recibimos constantemente señales, información, y la mayoría de nosotros somos desinhibidos por pulsaciones del universo que nos rodea; de este modo se conserva la armonía entre todas las partes del universo. No hay plan más grandioso que esto: ser consciente de que yo, como entelequia representativa, debo desplegarla sólo cuando estas señales preestablecidas me alcancen, y que el control sobre cuándo —la localización en el tiempo— llegará esa señal incumbe totalmente al universo; ésta es una comprensión estremeceadora, y me hace consciente del lazo inquebrantable entre yo y el medio.

Hay tanto orden en la respuesta entre los sistemas engrámaticos dentro de cada uno de nosotros y las señales acumuladas que accionan estos sistemas secuencialmente, como para implicar que el Agente que puso inicialmente la entelequia, que engramó y luego bloqueó esos sistemas, sabía con absoluta precisión en qué parte del sendero del tiempo se producirían las señales desinhibitorias; no hay azar. El más feliz de los accidentes es el más astuto planeamiento del universo.

A veces me pregunto cómo pudimos haber imaginado que nuestra especie estaba exenta de los ins-

tintos que obviamente tienen las especies inferiores. Lo que es diferente en nosotros, sin embargo, es que todas las hormigas, por ejemplo, son desinhibidas por la misma señal, y presentan la misma conducta; es como si se repitiera una y otra vez la misma hormiga, incesantemente. Pero cada uno de nosotros es una entelequia única, y cada cual recibe secuencias de señales únicas, a las cuales cada cual responde en forma única. Aun así, lo que oye la hormiga es el idioma del universo; vibramos con una alegría común.

Personalmente, he extraído mucho material para mis textos de los sueños. En *Fluyan mis lágrimas*, por ejemplo, el poderoso sueño que tiene Félix Buckman hacia el final, el sueño del viejo sabio a caballo, fue un sueño real que tuve cuando escribía la novela. En *Tiempo de Marte* he incluido tantas experiencias oníricas que ahora no puedo separarlas, cuando leo la novela.

*Ubik* fue inicialmente un sueño, o una serie de sueños. En mi opinión contiene fuertes temas de la visión filosófica del mundo que tenían los presocráticos, con quienes no estaba familiarizado cuando la escribí (por mencionar sólo uno, la visión de Empédocles). Es posible que la noosfera contuviera patrones de pensamiento en forma de energía muy débil hasta que inventamos las transmisiones radiales; a partir de allí el nivel energético de la noosfera rompió los límites y asumió una vida propia. Ya no sirvió como mero repositorio de información humana (los "Mares de Conocimiento" en que creían los antiguos sumerios) sino que, mer-

ced al increíble caudal energético procedente de nuestras señales electrónicas y el material rico en información que contiene, le hemos dado el poder para traspasar un vasto umbral; hemos resuscitado, por así decirlo, lo que Filón y otros antiguos llamaban *Logos*. La información, pues, se ha vuelto viva, con una mente colectiva independiente de nuestros cerebros, si esta teoría es correcta. No se limita a saber lo que sabemos nosotros y a recordar lo que una vez se supo: es un titánico sistema de intercepción aérea. Sería la diferencia entre un grabador que pudiera "recordar" una sinfonía de Beethoven que "oyó" y uno que pudiera crear más y más sinfonías nuevas; la biblioteca del cielo, tras haber leído todos los libros que hay y hubo jamás, está escribiendo su propio libro, ahora, y de noche nos lo lee, nos cuenta la maravillosa historia que comprende esa Gran Obra en Gestación.

Debo mencionar el artículo de Ian Watson sobre *The Lathe of Heaven*, de Le Guin, incluido en *Science-Fiction Studies*; en esa excelente nota alude a lo que quizá sea el cuento más asombrosamente significativo que haya producido hasta ahora la ciencia ficción: "The Waveries", el cuento de Fredric Brown que se publicó en *Astounding*. Lean ustedes ese cuento; si no lo hacen pueden morir sin comprender cómo el universo llega a ser alrededor de ustedes. Los Waveries fueron atraídos a la Tierra por nuestras ondas (*waves*) de radio; regresaron en forma familiar, tan semejantes a nuestras transmisiones (SOS) y así sucesivamente, en forma cronológica que

al principio no podíamos entender qué sucedía. Con respecto a *Lathe*, Watson dice: "Es concebible que George [Orr] transformara una invasión hostil en una invasión pacífica, por medio del sueño; pero la probabilidad predominante es que los alienígenas sean, como ellos sostienen, "de la era del sueño", que toda su cultura gire alrededor de la modalidad de la "realidad alcanzando el ser mediante el sueño", que hayan sido atraídos a la Tierra como los waveries del cuento de Fredric Brown, sólo que mediante ondas de sueño en vez de ondas de radio" (págs. 71-72).

Puede resultar escalofriante, este tema de la obra de Le Guin y de la mía. ¿Qué son los sueños? ¿Existen esas entidades del universo del sueño que han venido aquí desde otra estrella (Aldebarán, en la novela de Le Guin)? ¿Son los OVNIS que ve la gente hologramas proyectados por sus mentes inconscientes, que actúan como transformadores, que actúan como transductores de esas extrañas criaturas del universo del sueño?

El año pasado tuve muchos sueños que parecían —subrayo la palabra "parecían"— indicar que una comunicación telepática se estaba entablando en alguna parte de mi cabeza, pero después de hablar con Henry Korman, un asociado de Ornstein, doy en pensar que son sólo mis hemisferios derecho e izquierdo conferenciando en un diálogo buberiano de yo-y-tú. Pero buena parte del material onírico parecía exceder mi capacidad personal de creación. En un momento hubo una tentativa de hacerme transcribir un complejo principio de ingeniería que se me mostró

en forma de un motor redondo con ruedas gemelas que rotaban en direcciones opuestas, como el Yin y el Yang del taoísmo se alternan como pares opuestos (y tal como Empédocles veía el amor opuesto a la discordia, la interacción dialéctica del mundo). Pero lo que pusieron en mi sueño fue un verdadero artefacto; me mostraban un lápiz, decían: "Este principio se conoció en tu tiempo." Y cuando me lancé a buscar un lápiz añadieron: "Se conoció, pero se enterró en un sótano y se olvidó." Había un complicado mecanismo de torsión impulsado por cadenas que se movían como una leva entre los dos rotores, pero nunca capté cómo funcionaba cuando desperté. Lo que sí entendí más tarde, sin embargo, fue esto: sueños posteriores aclararon que de algún modo nuestro tratamiento del agua salada con un proceso de ósmosis nos daría no sólo agua pura sino una fuente de energía. Sin embargo, se equivocaron de humano cuando empezaron a darme esa clase de material; no estoy entrenado para entenderlo. Aun así, gasté mil dólares en libros de referencia para tratar de averiguar qué me habían mostrado. He aprendido esto: algo relacionado con un elevado factor de histéresis, en este sistema de rotores gemelos, es convertido de un defecto en una ventaja. No se necesita ningún mecanismo de frenado; los dos rotores giran constantemente a la misma velocidad, y la torsión es transmitida por una cadena.

Doy este ejemplo sólo para mostrar que o bien mi inconsciente ha estado leyendo artículos sobre ingeniería que escapan a mi memoria, mi atención consciente y

mi interés, o hay, cómo decirlo, gente de un universo onírico de, digamos, Aldebarán u otra estrella entre nosotros. ¿Tal vez están uniéndose su noosfera con la nuestra? ¿Y brindando ayuda a un planeta tullido y devastado que se ha atascado, como una rata en una rueda fatigosa, en el invierno durante más de 2.000 años? Si traen consigo la primavera, les doy la bienvenida, quienesquiera sean; como Joe Chip en *Ubik*, temo el frío, la fatiga; temo la muerte de gastarse en interminables escaleras ascendentes, mientras alguien cruel, o al menos oculto tras una máscara cruel, observa sin brindar ayuda: la máquina, carente de empatía, observando como mera espectadora, el mismo horror que según sé acecha a Harlan Ellison. Quizá es más formidable que el asesino mismo (en *Ubik* era Jory), esta figura que ve pero no ofrece ayuda, no da una mano. Eso es para mí el androide, y el semidiós maligno para Harlan; ambos temblamos ante la idea de que exista. Lo que puedo decirles sobre los habitantes del universo onírico es que si existen, sean quienes fueren, no son androides desaprensivos; son humanos en el sentido más profundo: han tenido una mano amiga a nuestro planeta, a nuestra ecosfera contaminada, y tal vez han contribuido a derrocar la tiranía que dominaba a Estados Unidos, Portugal, Grecia y un día derrocarán también la tiranía del bloque soviético. Esto es lo que evoco cuando capto la idea de la primavera: la apertura de las puertas de la cárcel y los pobres prisioneros, en *Fidelio* de Beethoven, saliendo a la luz del día. Ah, ese momento de la ópera, cuan-

do ven el sol y sienten su calor. Y por último, al final, el trompetazo de la libertad anuncia el fin definitivo de ese cruel encarcelamiento; ha llegado ayuda, de afuera.

De vez en cuando alguien se acerca a un escritor de ciencia ficción, pone una sonrisa cómplice y masculla: "Se que lo que usted escribe es cierto y está en código. Todos ustedes, los autores de ciencia ficción, son receptores de Ellos." Naturalmente, pregunto quiénes son Ellos. La respuesta es siempre la misma. "Usted sabe. Allá arriba. La gente del espacio. Ya está aquí, y se valen de lo que usted escribe. Usted también lo sabe."

Yo sonrío vagamente y me escabullo. Sigue sucediendo. Bien, odio admitirlo, pero es posible que (1) exista algo así como la telepatía; y (2) que la idea de que podemos comunicarnos con seres extraterrestres mediante la telepatía sea razonable, si existe la telepatía y si existen las inteligencias extraterrestres. De lo contrario estamos tratando de comunicarnos con alguien que no existe mediante un sistema que no funciona. Al menos eso nos mantendrá ocupados durante mucho, mucho tiempo. Pero tengo entendido que un grupo de astrónomos soviéticos, evidentemente encabezados por ese doctor Nikolai Kozirev que desarrolló la teoría del tiempo como energía que cité anteriormente, ha declarado que recibió señales de una inteligencia extraterrestre dentro de nuestro sistema solar. Si fuera verdad, y nuestra gente dice que los soviéticos sólo están monitorizando las señales viejas, chatas e inútiles de nuestros propios satélites en desuso y otra chatarra espacial... bien imaginen a esta inteligencia extrate-

rrestre o mente corporizada o entidades, digamos, el gran plasma que parece rodear la Tierra y está relacionada con las explosiones solares y demás; me refiero desde luego a la noosfera. Es inteligencia extraterrestre e inteligencia terrestre al mismo tiempo, y tal vez guarda una gran semejanza con lo que menciona Ursula Le Guin en *The Lathe of Heaven*. Como sabe todo fan de ciencia ficción, mis propias obras tratan de temas similares, dando así un par de molestos puntos de plausibilidad a estos chillados que constantemente acechan a los escritores del género para decirles "Lo que ustedes escriben está en código", etc. En verdad, quizás estemos influidos, especialmente cuando soñamos, por una noosfera que es producto nuestro, capaz de mentación independiente, y se relaciona con inteligencias extraterrestres, una mezcla de las tres cosas y Dios sabrá qué más. Tal vez no sea el Creador, pero estaría tan cerca de la Mente Infinita como podemos llegar. Obviamente es benigna, si recordamos ese comentario de Maslow de que si la naturaleza no gustara de nosotros nos habría ejecutado hace tiempo; aquí lean Noosfera Infinita en vez de naturaleza.

Nosotros los humanos, los afales y tiernos, con ojos pensativos, nosotros somos tal vez las verdaderas máquinas. Y esos artefactos objetivos, los objetos naturales que nos rodean y especialmente el *hardware* electrónico que construimos, los transmisores y estaciones de microondas, los satélites, pueden ser capas para una auténtica realidad viviente en la medida en que participan más plenamente

en la Mente última de un modo que nosotros ignoramos. Tal vez vemos sólo un velo deformante, pero hacia atrás. Tal vez la mayor aproximación a una verdad sería decir: "Todo es igualmente vivo, igualmente libre, igualmente sentiente, porque nada está vivo, ni semivivo, ni muerto, sino que la vida le pasa a través." Las señales de radio son emitidas por un transmisor, pasan a través de varios componentes, modificadas y aumentadas, cambiando de contorno, con eliminación y rechazo del ruido: somos extensiones como esos brazos de metal que usan los científicos para recoger objetos radiactivos. Somos guantes que se pone Dios para mover las cosas aquí y allá según Sus deseos. Por alguna razón prefiero manipular la realidad de este modo (y énfasis del juego de palabras).

Somos trajes que Él crea, se pone y usa y luego descarta. Somos armaduras, también. Lo cual da una impresión engañosa a otras mariposas que usan otras armaduras. Dentro de la armadura está la mariposa y dentro de la mariposa está... la señal de otra estrella. En la novela que estoy escribiendo (que el Soñador, tal vez, está expresando a través de mí) esa estrella se llama Albemuth. No había leído la novela de Ursula Le Guin, *The Lathe of Heaven*, cuando se me ocurrió la idea, pero el lector de esa novela también encontrará allí a qué me refiero cuando digo que somos estaciones dentro de una vasta red, sin darnos cuenta.

Consideren esta Meditación de Rumi, un dicho sufi de Idries Shah, un favorito entre los sufíes modernos: "El artesano está oculto en el taller."

Como es evidente que el doctor Ornstein ha contribuido más que nadie a descubrir esa nueva visión del mundo, que implica una paridad cerebral bilateral no sospechada desde el tiempo de Pitágoras y Platón, recientemente me armé de coraje y le escribí. De vez en cuando me escriben los lectores, con mano temblorosa; toda mi máquina de escribir temblaba cuando le escribí al doctor Ornstein. Aquí está el texto de mi carta, que incluyo como nota final para explicar cómo he trascendido las categorías de realidad-versus-ilusión con la ayuda de él, y así pude vislumbrar un término a veinte años de estudio y afares por mi parte. Cito:

Estimado doctor Ornstein:

Hace poco conocí a Henry Korman y Tony Kiss (Tony había venido a hacerme una entrevista para el *New Yorker*). Entablé una maravillosa discusión con Henry sobre el sufismo y le mencioné mi admiración, que raya en el entusiasmo fanático, por la obra precursora de usted sobre la paridad hemisférica del cerebro bilateral. Así, tras haberme enterado de que ellos lo conocen a usted, me armo de coraje para escribirle y preguntarle: ¿Qué se ha hecho de mí desde que experimento para activar mi hemisferio derecho (lo hice principalmente con vitaminas de fórmula ortomolecular, más mucha meditación concentrada)?

Quiero decir, doctor Ornstein, que esto sucedió hace diez meses, y por diez meses he sido una persona diferente. Pero lo más extraordinario para mí (estoy escribiendo un libro sobre ello, pero un libro de ficción, una novela titulada

*Asustar a los muertos*) es que... bueno, permítame aclararle la premisa tal como la incluí en la novela:

Nicholas Brady, un ciudadano norteamericano común con valores e impulsos mundanos y contemporáneos (dinero y poder y prestigio) de pronto vislumbra en su interior el despertar de una entidad que ha dormido 2.000 años. Esta entidad es un esenio, que murió sabiendo que se le daría la prometida resurrección; lo sabía porque él y otros individuos de Qumran poseían fórmulas y medicaciones secretas y prácticas científicas para garantizarlo. Así que de pronto nuestro protagonista, Nicholas Brady, descubre que es dos personas: su viejo yo, con su trabajo y sus metas seculares, y este esenio del valle de Qumran del año 45 de nuestra era, un santo con valores santos y absolutamente opuesto al mundo físico y secular, que él ve como la "Ciudad de Hierro". La mente de Qumran domina y dirige a Brady en una complicada serie de actos hasta que se evidencia que otros seres como este hombre de Qumran están volviendo a la vida en todas partes del mundo.

Estudiando la Biblia, junto con esta personalidad de Qumran, Brady descubre que el Nuevo Testamento está en código. La personalidad de Qumran puede describirlo. "Jesús" es en verdad Zageus Zeus, que cobra dos formas, una mansa, la otra absolutamente poderosa, a la cual pueden acudir sus seguidores cuando la necesitan.

La personalidad de Qumran, a quien llamo Tomás en la ficción,

informa paulatinamente a Brady que éstos son los Días Finales, la Parusia. Y que debe prepararse. Tomás lo preparará recordándole su propia divinidad: anámnis, lo llama Tomás. Tomás entabla una especial relación de paridad con Brady, pero desarrolla como fuente de enseñanza para el increíblemente ignorante Brady la entidad conocida como Erasmo, que en verdad es una estación de la noosfera, que ahora está tan cargada alrededor de la Tierra que si uno es consciente de ella puede aprovecharla en forma consciente, y no sólo inconsciente; éstos son los "Mares del Conocimiento" que se conocían en los tiempos antiguos y en los cuales abundaba la Sibila de Delfos. Pero esto es una pantalla, pues Brady advierte que en realidad los hombres de Qumran tenían como dios no al mítico Jesús sino al verdadero Zagreus, y haciendo investigaciones Brady pronto se entera de que Zagreus era una forma de Dionisos. El cristianismo es una forma tardía de adoración de Dionisos, refinada a través de la extraña y seductora figura de Orfeo. Orfeo, como Jesús, es real sólo en el sentido de que Dionisos se está socializando; nació aquí como hijo de otra raza, no una raza humana sino una raza visitante, Zagreus ha tenido que aprender gradualmente a modificar su "locura", que ahora está a raya. Básicamente está con nosotros para reconstruirnos como manifestaciones de él, y el modus operandi de esto es nuestro estar poseídos por él, cosa que buscaban los cristianos primitivos, y ocultaban a los odiados romanos. Dionisos-Zagreus-Orfeo-Jesús fue siempre asociado con la primavera, la nueva vi-

da, las criaturas pequeñas y desamparadas, es el dios de la alegría y el frenesí, y de estar sentado aquí día tras día trabajando en esta novela.

Pero en la novela Tomás dice: "Los Días Finales han llegado, el derrocamiento de la tiranía es el que, en un lenguaje oscuro, Juan describió en el *Apocalipsis*. Jesús-Zagreus está ahora reuniendo a los suyos, uno tras otro, *vive de nuevo*."

Se creía que durante el invierno. Dionisos, el dios de las viñas, de la vegetación, de las cosechas, dormía. Se sabía que aunque pareciera muerto (el *Finnegans Wake*, de Joyce, es un maravilloso relato de esto, donde accidentalmente derraman cerveza sobre el cadáver y él revive) estaba vivo, aunque uno no lo supiera. Y luego —sin sorprender a quienes lo entendían y creían en él— renacía. Sus seguidores sabían que renacería; conocían el secreto ("¡Ved! Os cuento un secreto sagrado", etc.). Aquí estamos hablando de religiones con misterios, todas ellas, el cristianismo incluido. Nuestro Dios ha estado durmiendo durante el largo invierno de la cultura humana (no durante el ciclo rotacional de las estaciones de un año sino desde el año 45 hasta ahora, en los siglos de invierno mental); cuando el invierno lo tiene todo en su garra, la nieve de la desesperación y la derrota (en nuestro caso, caos político, ruina moral, ruina económica, el invierno de nuestro planeta, nuestro mundo, nuestra civilización), la viña, que estaba encorvada y vieja y aparentemente muerta, cobra nueva vida y nuestro Dios renace; no en el exterior, como tal, sino dentro de nosotros. No dormía bajo la nieve en la superficie del

suelo sino en el hemisferio derecho de nuestro cerebro. Hemos estado esperando, no sabíamos qué. Era esto: es la primavera de nuestro planeta, en un sentido más profundo y fundamental. Las frías cadenas de hierro son sacudidas, pero con qué milagro. Así como mi personaje, Nicholas Brady, he hecho despertar a Zagreus en mi hemisferio derecho, y sentí la inundación de vida renovada, su vigor, su personalidad, y su sabiduría divina; él odiaba la injusticia que veía alrededor, y las mentiras, y recordaba "las queridas tierras solitarias no holladas por los hombres, donde en medio del sombreado verdor viven invisibles las pequeñas criaturas del bosque" (Eurípides). Doctor Ornstein, le agradezco por contribuir a terminar el invierno, y por traer no sólo la primavera, sino la vida viviente de la Primavera viva pero dormida dentro de nosotros.

En realidad, supongo que el límite entre alucinación y realidad se ha convertido en una suerte de alucinación, y quizá tomo muy en serio mis experiencias oníricas. Pero ahora hay mucho interés, por ejemplo, en la tribu senoi de la península malaya (véase el artículo "Dream Theory in Malaya" de Kilston Stewart, en *Altered States of Consciousness*, de Charles T. Tart). En un sueño se me mostró que la palabra "Jesús" es un código, un neologismo, y no un nombre verdadero; los que leían el texto en esos días tempranos, los esoteristas (los hombres de Qumran, posiblemente) veían "Zeus" y "Zagreus" combinados en "Jesús". Es un código de sustitución, como

creo que los llaman. Comúnmente, uno no daría mucho crédito a semejante sueño, o a ningún sueño en la medida en que podría ser una entidad real, un sistema de intercepción aérea, por ejemplo, dando una información precisa que de lo contrario no estaría disponible para uno. Pero cuando el otro día acudí a un libro de texto para cotejar la escritura de una palabra, encontré estos pasajes textuales notablemente similares, el primero de los cuales todos conocemos, pues cierra nuestra escritura sagrada, el Nuevo Testamento: "...soy la raíz y el vástago de David, la brillante estrella de la mañana" (*Apocalipsis* 22:16, Jesús describiéndose a sí mismo).

Y:

De todos los árboles que son él toma su rebaño, y se alimenta [raíz por raíz, Dionisos el dios de la alegría, la [estrella pura que brilla mientras se recogen [los frutos. (Píndaro, un cuarteto favorito de Plutarco, *circa* 430 a.C.)

¿Qué son los nombres? Éste es el dios de la embriaguez, asimilando el hongo sagrado (cf. John Allegro) o el vino, o encontrando una broma tan graciosa que uno pierde la razón riendo y llorando, como cuando uno ve una de esas comedias mudas. En la breve estrofa de Píndaro tenemos rebaño, tenemos árboles, y además de esos dos importantes símbolos de Jesús tenemos términos por los cuales todos los esoteristas lo reconocen aún, dos términos más íntimos: la raíz y la estrella.

La referencia a "raíz y estrella" puede considerarse equivalente a una extensión espacial de la extensión temporal de "Yo soy el Alfa y la Omega", o sea, el primero y el último. Así "raíz y estrella" indican: Soy del mundo ctónico para arriba, y del cielo estrellado para abajo. Pero veo algo más en estre-

lla, en estrella brillante de la mañana: creo que Píndaro estaba diciendo: "La señal de que llega la primavera del hombre, esa señal viene de otra estrella." Tenemos amigos y son inteligencias extraterrestres, y es, como Él nos dijo, una estrella brillante de la mañana: la estrella del amor.

Título del original en inglés: *Man, Android and Machine*. © Philip K. Dick, 1976.  
Traducción de Pedro Kavalán. Publicado por acuerdo con el autor y su agente,  
Soth Meredith Literary Agency, 845 Third Ave., Nueva York,  
N.Y. 10022, USA.

## ALAN WATTS

Pensamos que la materia es básica para el mundo físico. Y la materia tiene diversas formas. Consideramos que las mesas están hechas de madera, tal como pensamos que los tiestos están hechos de barro. Pero un árbol, ¿está hecho de madera de la misma forma que una mesa? No, un árbol "es" madera; no está "hecho" de madera. "Árbol" y "madera" son dos nombres diferentes para la misma cosa.

Pero en el trasfondo de nuestra mente, como raíz del sentido común, está la idea de que todo lo que hay en el mundo está hecho de alguna especie de "sustancia" básica. Y, a lo largo de los siglos, los físicos han querido saber qué era eso. Es más, la física empezó como una indagación procurando descubrir la sustancia básica de la cual está hecho el mundo. Y, con todos nuestros adelantos en física, jamás lo hemos descubierto. Lo que hemos descubierto no es sustancia, sino forma. Hemos encontrado configuraciones, hemos encontrado estructuras. Cuando uno se acerca al microscopio y mira las cosas esperando ver alguna clase de sustancia, se encuentra con la configuración de los cristales, y más allá de ella se encuentra con moléculas; más allá de las moléculas se encuentra con átomos, y más allá de los átomos, con electrones y positrones entre los cuales hay vastos espacios. Como no podemos decidir si los tales electrones son ondas o partículas, los llamados "ondículas".

Lo que alcanzaremos no será nunca sustancia, sino siempre una pauta, un modelo. Un modelo que se puede describir y medir, pero nunca llegamos a una sustancia por la sencilla razón de que no la hay. De hecho, decimos que algo es sustancia cuando lo vemos de manera poco clara, fuera de foco, borrosa. A simple vista nos parece simplemente un pegote en el cual no podemos distinguir ninguna forma significativa. Pero al ponerlo bajo el microscopio repentinamente vemos formas. Al quedar claramente enfocado, se muestra como forma.

(Nueve meditaciones,

© 1974, 1977, by Celestial Arts y Editorial Kairós, S.A., 1979.)



GILDA MUSA  
**MEMORIA TOTAL**

*Imágenes, imágenes, imágenes:  
todos los seres, todos los hechos,  
todos los tiempos.*

Ilustración de Fati

...el pasado pleno de enigmas surgía con sus propios contornos desde el presente...

HERMANN BROCH, *La muerte de Virgilio*.

En el alféizar del balcón la nieve se escama bajo la luz vibrante, oleadas pequeñas se desprenden en una polvareda de cristales polarizado en el rellano, blanco-sombra en el borde redondeado, más allá de la incidencia de los rayos. Anna almuerza sola, se entretiene mirando más allá de los vidrios sin cortinas, la cara vuelta hacia ese estallido de esplendor. Levanta la cuchara mecánicamente, a desgano. Cada tanto apoya la cuchara en el plato, se acoda en la mesa, apoya la mejilla en la palma de la mano.

Aire convulso, limpio. Todo parece cubierto por algodón hidrófilo, el alféizar está envuelto en él, ve la pequeña rama de abeto que se extiende hacia el vidrio, una hinchazón posada sobre las agujas que ni siquiera intentan brotar, perforar la cobertura provisoria. Descansan debajo, a buen recaudo. También Anna se siente envuelta y protegida si mira los techos distantes y piensa que también sobre el techo de su casa se extiende una capa similar, densa, que se adhiere a la moldura de cada teja, a cada hendidura y prominencia, a la curva del canal de desagüe. No existe un milímetro de vacío en esa masa compacta, no vibran sonidos, ni siquiera cuando la nieve cae al desprenderse.

La casa está como envuelta en una madeja, desde el techo al sótano. Los inquilinos del piso de abajo deben de haberse ido ayer, el sábado y el domingo van a esquivar. Walter no volverá hasta la noche, la primera vez en dos años que me deja sola un domingo, podré descansar y luego terminar con tantas tareas: lavar las camisas, barrer todos los cuartos, encerar el parquet de la sala, si es posible acostarme un poco, leer. Aprovechar todo el día, un descanso, mañana será de nuevo lunes, otra semana, nuevamente ocho horas por día, más dos horas de autobús, llamadas telefónicas, agenda de citas, cartas para stenografiar y dactilografiar, órdenes, contraórdenes, telegramas, intercomunicador, "Anna venga por favor", la voz metálica, cavernosa, del jefe a través de la rejilla. Las primeras veces se sobresaltaba, hacía un borrón con la lapicera, le hablaba un robot de fotocélulas siempre eficaces, parecía que controlara cada uno de sus movimientos, la sorprendería a cada instante en un error. "¿Cuánto vale hoy la corona sueca?" "¿Ha terminado la huelga de portuarios en Nueva York? Averíguelo." "¿Todo normal en Irán? ¿Las fronteras están libres?" Un vórtice de gestos, palabras, preguntas, timbrazos, puertas abriéndose y cerrándose, reclamos, teléfono, intercomunicador, campanilleos distantes, cericanos, espasmódicos, ondulatorios, un terremoto... Sonríe apenas.

Sí, pero ahora está en su casa, suya y de Walter desde hace dos años; es domingo, y tiene unas cuantas horas por delante para emplearlas como más le guste, sin pensar en nada, hacer un buen va-

cío mental, relajar los nervios. Hace años que no deja un momento de trabajar, de aplicarse, de empujarse. La rodea una atmósfera luminosa, una consistencia límpida, una red de luz que una cielo techos balcones paredes. Una gigantesca jaula protectora, aun las paredes la protegen, revestidas con esa misma luz que Anna proyecta, con los ojos alucinados, sobre el papel pintado. Es como si también sobre las paredes cayera la nieve, al sesgo, y se adhiriera a ellas, y pequeños puntos cintilan y ondulan de arriba abajo: un deslumbramiento, un silencio total, una inmensa esfera de dulzura en la cual Anna se pierde, y con ella quizá en este mismo instante se pierden los hombres y mujeres de la tierra donde se extiende la protección del silencio, de la paz.

Un poco de vino. Del pico de la jarra el vino se vierte en el vaso que un murmullo apenas perceptible, y en el mismo instante, más allá de la puerta arqueada, responde desde la cocina un murmullo que en un segundo crece y se estabiliza. Anna se sobresalta, presta atención, la mano en el asa de la jarra. Un instante suspendido que anula de golpe el silencio, la luminosidad, la soledad, una fractura en esa nulidad de reposo. Anna podría juzgar ridículo el ruido que ha penetrado su esfera de luz si no sintiera miedo, si no redescubriera los contornos precisos del cuarto como después de un sueño en el cual le parecían más atractivos, si no pensara que alguien o algo se mueve en la cocina. Pero sí, debe reír: ha dejado sobre el hornillo encendido, hará un cuarto de hora, una olla con agua y ciruelas secas.

Incluso, aunque el miedo le hace temblar la boca y la mano, atina a percibir el olor de las frutas que hierven expandiendo ya su aroma dulzón, mezclado con el perfume de la cáscara de limón.

Un hecho totalmente doméstico, cotidiano, una olla que hierve: sonrío ante la ingenuidad que por un instante la ha reducido al miedo, por una causa tan insignificante: una agitación del agua que infla en la superficie globos de aire que pasan entre una fruta y otra, un bullicio, un sobresalto.

Nada. Una nimiedad. Un burbujeo. El reloj de pared hace tic tac, ahora lo oye, mira la esfera: la una y media de la tarde.

El burbujeo.

Un burbujeo monótono que poco a poco vence el silencio, ocupa el espacio, llena el vacío; y luego penetra en ella, a través del oído, hasta regiones secretas, como viéndose estratos con la fuerza subterránea de las sensaciones más tristes, que están ocultas en el fondo y surgen para circundar, para colorear de gris las acciones individuales; aun el dolor por una enfermedad sin remedio, una traición, una muerte, se oculta detrás de las palabras confusas que nacen de él, detrás de los gestos que resultan distintos de los que queríamos hacer, como rodeados por una corona similar a la sombra que cae desde los objetos y que no se separa de ellos. Y no podemos abolir esa sensación, porque existe como una sustancia misteriosa y real dentro de nosotros, no sirve de nada ahuyentarla, lanzarla más allá de los confines de la conciencia y la percepción: se transmuta, a lo sumo, en recuerdo, aunque hundido, bo-

rrado a medias en las zonas de la conciencia mediante la voluntad que se niega a seguir sufriendo, que anhela la aceptación de lo irremediable, que se impondría a sí misma el ataque a los actos de cancelación realizados por ese dolor, para continuar viviendo pese a todo. Pero es una desaparición sólo momentánea, es un reaflojar de bancos de arena que el agua cubre y descubre al pasar.

El triste burbujeo pasa una y otra vez sobre los sedimentos de los meses, de los años, redescubre islas análogas, burbujeos anteriores: así burbujeaban las patatas en la gruesa olla de aluminio posada sobre la estufa. Nieve sucia en el patio descuidado, y el hermano prisionero en Alemania escribía: "Hoy hemos comido patatas hervidas, sin sal." También aquí comemos patatas, sal del mercado negro, y ahora hierven, burbujean sobre la estufa, mientras ululan las sirenas, corremos al refugio, el sótano apuntalado, arriba el ruido se acerca, un fragor, un silbido y un estruendo que repercute, nosotros acucillados bajo los bancos, papá, mamá, yo en el medio, los hombros aplastados contra la pared de cal. "Hemos sobrevivido una vez más", dice papá, y luego, cuando volvemos a la cocina desierta, las patatas hierven, hierven con más fuerza, todo está intacto, una vez más. Pero faltó poco.

No. No es esto. Algo más lejano, en el burbujeo, en las ciruelas, más atrás. En Bolzano. Esa tarde estaba sola en casa, mi hermano en la escuela para la lección de gimnasia, mamá había salido con la bolsa negra de hule que usaba siempre, papá había ido a dar clases. "Rega-

lo una rosa a mamá." "Regalo una rosa a mamá." "Regalo una r..." Una página de bella escritura para mañana, la lapicera marrón con estrías blancas, la pluma Presbitero, simpática con su pequeña abertura almendrada y punta bruñida. "Escriban prolijamente. La pluma no es una azada", repite. "El año próximo me jubilaré." Nos mira con ternura melancólica, las mejillas una red de arrugas entrecruzadas, cuántas niñas en su vida, cuántas correcciones con tinta roja y la escritura prolija y precisa. "Prolijamente": a los seis años es difícil sostener la pluma con ligereza, deslizarla sobre el papel de tal modo que deje sólo una suave estela de letras.

Oscurce de golpe, me acerco a la ventana, entreo el perfil de la montaña cubierta, puntos luminosos se agrupan en las laderas y, diseminados en los flancos, emergen de la blancura indistinta, de la masa confusa. Un rezongo a sus espaldas la sobresalta, como si alguien hubiese entrado sin que ella lo advirtiera. Corre hacia el interruptor, todo está tranquilo, sólo el burbujeo de las castañas que hierven en la estufa de hierro, yo y las castañas, nadie más, el olor dulce y harinoso, el hervor, único ruido que no cesa, no cesa, y rompo a llorar. Sigo llorando sobre el cuaderno abierto, sobre el portaplumas mordisqueado, sorbo lágrimas que me humedecen las comisuras de la boca, mientras continúa el ruido indiferente, y las rosas monstruosas crecen bajo las gotas redondas que extienden, alargan la tinta en minúsculos hilillos negros que se abren como rayos, alrededor de las letras despuntan innu-

merables pelillos, patas, un hormigero, un ciempiés, muchos ciempiés, las castañas hierven, no dejan de hervir un instante, en el silencio de todo, los ciempiés bailotean frente al vidrio móvil de las lágrimas, se agitan, suelto un grito de terror. Las castañas hierven, no dejan de hervir un momento.

Y sin embargo ahora todo es claro y preciso en la memoria, no hay nada misterioso en ese episodio infantil, excepto el auténtico motivo de las lágrimas. Por cierto no lloraba sólo porque las castañas hervían, o sólo porque estaba sola, estaba acostumbrada, sucedía a menudo. Estar sola jamás me ha provocado angustia. Lloraba por otro motivo, un motivo inconsciente, un nudo enredado en el pecho, y ese hervor y ese burbujeo remitían a otro motivo más lejano, pero donde, quizá a los primeros tiempos de la vida, cuando el elemento vegetativo tiene pleno predominio, se sorbe la leche de una botella a través del biberón de goma, pero si la abertura se alarga, la leche fluye con demasiada abundancia y rapidez, inunda la garganta del niño tendido en la cuna, rebosa junto a la tráquea. Mamá me contaba que a los cinco meses estuve por morir asfixiada, que en el cuarto contiguo oyó un gargarismo como de caño tapado: se encontró con la boca abierta y la carita morada mientras la leche brotaba de la botella y burbujaba en mi garganta. Un trocito de goma se había desprendido del borde de la abertura. No es posible que un episodio tan lejano haya permanecido dentro de mí como recuerdo. El relato minucioso y repetido tantas veces se ha transformado en episodio

vidido, con las dimensiones y la claridad del recuerdo consciente. Quizá después del burbujeo de las castañas me evocaba el burbujeo de la leche, el burbujeo de la asfixia, el miedo inconsciente, la muerte. También un niño de cinco meses quiere vivir, de manera animal, instintiva. Y quizá lloraba por miedo reflejo esa tarde de invierno en la cocina, sobre las palabras descompuestas en ciempiés.

Las ciruelas hierven. Anna está cansada, triste, una tristeza que penetra, se dilata, supera la escala degradante de los recuerdos, se remonta a los estratos más remotos de su vida, y atrás, aún más atrás, en una atmósfera de contornos imprecisos ve emerger como en una apertura relampagueante una damajuana destrozada de la cual se derrama vino negro. ¿Dónde he visto la damajuana, los ladrillos rojos del suelo, esa gran cocina de granja? Jamás he vivido en el campo: un cerdo suelta un grito humano, un hombre le ha enterrado un puñal en la garganta y la sangre mana en furiosos espumarajos, humea vertiéndose en un cuenco de terracota jaspeado de esmalte verde y blanco, y yo me miro el delantal salpicado de sangre, entrego a quien lo ha matado un lavamanos a cuadros. ¿Pero dónde, cuándo? Tengo veintiocho años, he vivido en ciudades, Milán, Bolzano, luego de nuevo en Milán, jamás he visto matar cerdos, no sé siquiera cómo se hace. Tal vez son sueños, habré soñado en algún momento estas cosas; no, éstos no son mis sueños, y además, el sueño es real sólo entonces, se enturbia en cuanto despierto, pertenece a otra esfera.

Ah, por qué cada tanto me llegan

estas imágenes que no me pertenecen, por qué me ocurre que de pronto me siento extraña, como si me observara, me oyerá hablar. Como si fuera otra persona.

Pero, más lejos, un burbujeo de agua, una fuente en medio de una plazoleta, recojo el agua en un balde, es el crepúsculo, el agua burbujea sobre el agua, otras mujeres en fila esperan su turno. Levanto el balde, pesa, me inclino apenas, y la falda roza el suelo, otro balde bajo el chorro que sale a borbotones, los dos baldes, uno en cada mano, rebosan, el vestido me acaricia los tobillos, los zuecos taconeán en los adoquines, luego una calleja empedrada que sube en escalinatas profundas a lo largo de casas contiguas, viejas casas de una vieja aldea, el revoque requebrajado, manchas, entradas oscuras, un bebé que llora a lo lejos: mi hijo.

¿Mi hijo? ¿Cuál hijo? Yo no tengo hijos.

Pero estos dos muchachitos también son hijos míos, saltan con los pies juntos en el charco del patio, chorrean agua sucia, se manchan las botas forradas de astrakán y los pantalones con rebujos, el cochero grita "¡Petruška! ¡Vania!", y otras palabras, y sacude la almohaza, amenazándolos. ¿También ellos son hijos míos? No, no los conozco. ¿Qué idioma habla ese hombre? Habla ruso. Cómo puedo saber que es ruso, que Gregor habla ruso, cómo puedo saber que el cochero se llama Gregor. ¿Cochero? ¿Existen carrozas en alguna parte del mundo? En los museos sí, pero nadie las usa, hoy tenemos automóviles, autobuses, tranvías: carrozas no. Cocheros no. Viajo en autobús todos los días, ida y vuelta, cuatro

veces, al mediodía y a la noche, ida y vuelta.

Pero soy yo esta dama apoyada en el respaldo acolchado del landó, una rosa calada en la solapa de cebellina, la observo, tiene un jaspeado naranja en los bordes de los pétalos amarillos, paso la mano por el manto para ajustar un pliegue, siento una languidez sedosa, descubro la punta de una zapatilla de baile, un brazalete de oro con la cadena engarzada de perlas tintinea en el bolso, un espejo oval fijado en la pared de enfrente me devuelve la imagen de un rostro de mejillas suaves y boca pequeña, bajo un gigantesco sombrero de planos superpuestos recubiertos de tul y crespón escarolados. Me vuelvo hacia la ventanilla del landó, en el vidrio una gota se desliza sobre la otra, una hilera de gotas, hilillos que resbalan diametralmente y terminan en la acanaladura exterior, una salpicadura en el muelle del carruaje, miro hacia afuera, el agua sucia corre en pequeños torrentes junto a la acera buscando una apertura para arrojarse adentro y desaparecer.

¿Quién es esta dama? Soy yo, pero cómo es posible, yo vivo ahora, la metempsicosis no tiene sentido, yo no creo en ella, no poseo perlas ni pelliz, soy empleada de Import-Export, gano setenta mil liras por mes, llevo falda y blusa, suéteres, no uso sombreros, y menos un sombrero como ése, jamás he andado en carrozas, en landó, los landó no los he visto nunca, sé que existían porque lo leí en las novelas, sí, habré leído todo esto, lo habré visto en alguna película y ahora me parece haber visto en algún otro lugar... el agua sucia no la

he visto nunca desde el landó, la veo desde el autobús cuando llueve demasiado y las alcantarillas se inundan, y cuando bajo tengo que saltar para llegar a la acera.

Agua sucia, marrón, casi negra, ondas que suben y bajan, me parece ensordecen, la chalupa sube y baja, me aferro a la borda, y el velero con sus pendoros y mástiles se volteaba hacia un flanco, se sumerge en la penumbra hirviente, un marinero con bandas rojas en la cintura alza los brazos, grita "Dios mío, te lo ruego, salva mi vida", rayos blanco-violáceos se descargan de las nubes apiñadas, estoy calada hasta los huesos, pero luego de una zona de oscuridad absoluta sin más chaparrones ni invocaciones despunta una luna redonda, perfecta, entre estrellas mortecinas, matorrales densos se alza delante de nuestra barca, el agua de la laguna está atravesada por estrías y escamas luminosas, estamos solos, me besa en la boca, el cuello, los hombros, es rubio, tiene el cuello almidonado con las puntas vueltas hacia abajo, sonrío, los bigotes finos sobre los labios: "Ich liebe dich, Grete." ¿Grete? ¿Quién es este hombre de bigotes rubios? No lo conozco, jamás lo he encontrado ni amado, cómo puede usar ese cuello anticuado, los bigotes, jamás me gustaron los hombres con bigotes, yo no me llamo Grete, aprendí el alemán en la escuela, nadie me dijo nunca "Ich liebe dich", ni siquiera jugando, tan sólo "Te quiero". Y sin embargo esta noche feliz me es conocida, hasta me parece mío este vestido de tafetán verde que se extiende como una sombrilla abierta desde la cin-

tura hasta la punta de los zapatos, siento bajo los dedos el crujiir de la tela, cada detalle está aquí adentro, en el cerebro, en el corazón, en el estómago, no sé dónde, pero está aquí, emerge de una ancestral lejanía de tiempo, espacio, no sé, cada detallé se suma a otro, se multiplica, se transforma, me transforma en algo que no soy yo, y sin embargo soy yo.

Dios mío, este mechón de pelos sobre la boca, el contorno de bigotes gruesos y puntiaguados, retorcidos, mi abuelo los usaba así, lo he visto en el álbum, pero soy yo quien se atusa los bigotes, soy yo este hombre de uniforme, reviso los botones relucientes sobre la cascaca de gabardina gris vercosa, me siento en el café a una mesa muy pequeña y redonda, con superficie de mármol veteada de gris y tres patas de hierro que se unen a veinte centímetros del suelo y se separan nuevamente para apoyarse en el suelo cubierto por una alfombra persa. Espejos *liberty*, tapicería de damasco, molduras rococó, candelabros de cristal, apoyo la pipa en el cenicero de alabastro, levanto un cáliz, bebo un licor muy verde, la *chanteuse* me sonrío bajo un despliegue de plumas de avestruz alzando un hombro desnudo, cierra los párpados pintarrajeados hasta las cejas, me dice "Petit chou", la boca es una rosa joven, le sonrío, me gusta, un calor me surge entre las piernas, sigo sonriendo.

Cómo puedo sonreír así, yo no soy ese hombre, no tengo bigotes, eso es, no hay bigotes sobre mis labios, no soy ese hombre, soy Anna, Anna, Anna, y nadie más en la tierra ni en ningún otro lugar del universo, soy Anna, Anna: y soy

este nudo, esta mezcla de personas fundidas en mí que emergen de una oscuridad de generaciones y generaciones, soy esta encrucijada, estratos que se superponen, caos, sedimentos que se remueven, salen a borbotones de cavernas de recuerdos hundidos, fosas tapadas, y esta trinchera de piedras amontonadas: apunto la carabina, el estampido me sacude el hombro, otros soldados, de bruce como yo, apuntan carabinas, detonaciones, conmoción.

Y este pecho destrozado, esta boca abierta, este hombre que cae hacia atrás alzando el escudo y desplomándose en un fragor metálico, ¿quién es? Un extraño yelmo reluciente, con cresta, flechas que silban todo alrededor. "Fugiant Pompeiani." "Ad Hispaniam, nunc ad Hispaniam", la legión cierra filas, noche, grandes fogatas en el campamento, comemos trozos de carne asada en el espetón. "Qui furor, hercle, quae virtus", grito, "in malam crucem", impeco, sirven vino de un cuenco de bronce, la cabeza me gira, ya no sé nada, silban granadas, estallan esquirlas alrededor, un caballo se quiere arrojando, un tricrion de paño pisoteado, la escarapela tricolor, rueda una cabeza en el cesto, una algaba de voces, "Le roi est mort!", exclamo, "Vive la république!", granizo, lluvia, torrentes de agua, un remolino, muchos remolinos, la crecida arrastra retoños, un tronco con las raíces levantadas, una oveja con el vientre hinchado, un caballo con las patas en el aire, una silla de paja, llega hasta el umbral, nosotros encima del techo, nadie nos salva, nadie me salva a mí, un pobre viejo que tirita de frío y

miedo, nadie tiene piedad de mí, un viejo infeliz, nadie, el agua lame el techo, mi manta está empapada por la lluvia, grita, una voz profunda, ronca, gritan, blasfeman, llaman, aullan un nombre todos juntos, aplauden, agitan los brazos, hurra, hurra, ha llegado, es él, soy yo, es él, Pedro, ha llegado a París, viva el fundador de Petersburgo, vive l'Empereur, vive le Roi, Vivat Caesar, viva Verdi, y él, con la barbita puntiaguda el cráneo puntiagudo la nariz puntiaguda un pico una garra una lezna bajo el índice una aguja de colchonero sangre tantas gotas de sangre la venda se desenrolla la rueda del carro arrolla al perro cojo qué dolor en el lomo ladrador el lisiado camina, qué difícil es, cansador caminar con una pierna tullida me avergüenzo de mi pierna tullida tiende una mano la mano mi mano el peine cae desgracia me siento a una mesa de piedra el espejo se rompe dos caras tres caras cuatro vidrios triángulos dientes de lobo collar el sílex afilado golpeo dos piedras chispas las hojas arden una olla de piedra hierve hierve burbujea entra en la gruta tú gritas el sílex en el puño sangre en el cuello piel de oso en los flancos un reguero morir vivo no quiero mi boca llena de cal sepultado hasta el cuello llegan los gavilanes me piteotean los ojos los mastines hambrientos el látigo la ceniza fosca humo granizo carbón silba todos al sótano todos a tierra disparan.

¿Por qué, por qué este torbellino de recuerdos ajenos? ¿De qué profundidades? ¿De qué pasado? ¿De cuántos pasados?

Todas estas personas, estas co-

sas, las haya visto o no, hayan existido o no, están inmersas en mí, pero no me pertenecen, jamás han existido en *mi vida*. Son recuerdos, por cierto son recuerdos, pero si no son míos, ¿de quién son? ¿Quién ha vivido estos episodios en mi lugar y me los ha enviado? Si no poseo estos recuerdos, ¿por qué soy poseída por ellos? ¿Qué es esta profunda memoria de mi cuerpo, profunda en sombras, objetos, voces, en sufrimientos de un pasado que no es mío, que no puede ser mío?

Jamás he visto a Verdi, jamás lo he aplaudido, no he viajado en carrozas, no he sido soldado de Bismarck ni legionario de César, no conozco París, sólo tengo veintiocho años, no soy un viejo decrepito, qué horror, soy Anna, he nacido en Milán. Recuerdo solamente, es el recuerdo más lejano posible, una escalera angosta y oscura de Corso Garibaldi, tenía dos años.

Antes de los dos años no recuerdo nada, nada mío. Escalones viscosos, resbalo, resbalo, oh Dios, resbalo. No quiero resbalar, y no resbalo más, esta es la servilleta, este es el plato, este es el vaso, el cuchillo de la fruta, todo está en su lugar, quiero reconstruir mi vida, la *mía*, no la de otras personas que no conozco: nací en Milán en el año 30, el 13 de marzo, hoy es 12 de enero de 1958, sí, exactamente, la hoja del calendario dice 12 de enero, cifras rojas en la hoja blanca, hoy es domingo, mi marido se llama Walter Righi, es viajante de bolígrafos, ayer salió para Bolonia, regresa esta noche, yo me llamo Anna, trabajo en Import-Export, calle Brera 21, soy secretaria del

señor Abbate, vivo en la calle Botticelli 80, mi padre murió hace tres años, era profesor de matemáticas del Instituto Técnico Cattaneo, mi madre vive con su hermana, mi hermano tiene treinta y ocho años, es cajero en la Banca Commerciale, tiene dos hijos, Lisa y Oreste, su mujer se llama Rosetta.

Sí, todo es así, todo es simple, verdadero, normal, en el presente. ¿Y si regreso? ¿Si retrocedo?

El primer recuerdo, la escalera áspera, la balastrada formada por varillas torcidas, oxidadas, el pasamanos de hierro, lustrado por las manos que se apoyan en él mientras se sube y se baja, Corso Garibaldi, tenía dos años. En las galerías han instalado lavaderos de hierro, el grifo del agua cierra mal, a menudo gotea, alguien arroja desperdicios en el lavadero, el caño se atora estúpidamente, burbujea, burbujeaba también esa vez cuando rodé por las escaleras, inútil tratar de aferrarse, oh, pero era ágil, ni siquiera me lastimé, sólo un aturdimiento, un vacío que resonaba en mi cabeza con vibraciones casi metálicas, una campana, sí, causa gracia, una cabeza hueca, me lo decía mamá cuando me olvidaba de comprar la leche al volver de la escuela. Eso es: también esto es exacto: he frecuentado el instituto técnico, obtuve el diploma, conseguí empleo, todo es cierto, todo es simple. Y ahora trabajo, trabajo mucho, casa, oficina, autobús, compras, lavar ropa, lavar platos, barrer pisos, encerrar, siempre polvo, un polvo pegajoso por todas partes, malditos radiadores de nafta, qué porquería. Y luego se necesita un poco de cuidado personal, peluquero, manicura,

baño, cuánto tiempo, comer, todo el día apretado en un engranaje: engranaje, todos dicen engranaje, algunos dicen rutina, yo prefiero engranaje, es más preciso, sí, me siento como una rueda que gira y gira y gira. ¿Por qué gira? También podría detenerme un poco, descansar, no es fácil, tanto trabajo, tanta responsabilidad, no puedo siquiera demostrar mucho cansancio cuando Walter vuelve del trabajo, también él agotado. Debo ser cariñosa, simpática, atenta. Una mujer no puede dejarse estar. Vaya trabajo el suyo, siempre de aquí para allá, papelerías, patentes, visitar toda Lombardía, ojalá hoy tenga suerte en Bolonia, es posible que desde hoy todo cambie para bien.

Eso es, me parece no recordar más esa confusión de antes, era como un sueño del cual no recuerdas nada cuando despiertas. Y por lo tanto no ha sido nada, he soñado.

Sí, he soñado.

Pero no dormía, en ningún momento me dormí, cómo podía dormir sentada en la silla, ante la mesa servida, sin siquiera apoyar la cabeza. No me dormí. Sólo miraba la nieve, la luz allá afuera, aquí adentro, y luego ese ruido... ah, las ciruelas ya están listas, qué olor a quemado.

Anna corre a apagar la llama del gas, saca del armario un recipiente de pírex, vierte las ciruelas, las agita mecánicamente, piensa en algo que ni siquiera sabe qué es, su cerebro está como vaciado y atestado al mismo tiempo, siente el cansancio que le circula blandamente por todo el cuerpo.

Cuando disca el número del médico de la familia —ha sido su mé-

dico desde la infancia— se asusta. Si llamo al médico quiere decir que estoy mal.

La voz serena y contenida interroga, llega como un sonido puro y confortante a través del cable, en vibraciones de casi igual duración, sin sorpresas, sobresaltos ni titubeos, explica con la paciencia de quien conoce por arriba y por abajo los objetos y las criaturas, comprende incluso a través de la elección, la modulación de las palabras.

—Anna, tranquilízate y descansa. Iré alrededor de las cinco a hacerte una visita amistosa. Ahora acuéstate y trata de dormir. No, no estás enferma. ¿Loca? ¿Pero qué dices? Escucha bien: estás cansada, trabajas demasiado, un *surmenage*... Sí, el nudo de que hablas no es una fantasía. No es una fantasía enfermiza, Anna, es la verdad transfigurada, pero pertenece a todos, no sólo a ti, también me pertenece a mí, y a Walter, se encuadra dentro de lo que ha sido definido como inconsciente colectivo. No te asustes. Te repito que todos, todos, todos vivimos inmersos en el inconsciente colectivo, aunque desde luego sin tener conciencia de ello. Es una esfera que está por debajo del inconsciente individual. Este pertenece a cada uno de nosotros, y es distinto para cada uno de nosotros; el inconsciente colectivo, en cambio, conserva las experiencias primordiales acumuladas por la especie humana en el curso de la evolución, y para colmo sabes cuán lejanos son nuestros orígenes, se remontan a antepasados nuestros que en eras antiquísimas pertenecieron al mundo de los animales. Cada uno de nosotros con-

serva dentro de sí, como en un depósito perenne, experiencias dinámicas sepultas, imágenes primordiales que descansan en una zona arcaica y profunda de la psique. Estas imágenes, formas puras a priori, se llaman arquetipos. ¿Cómo dices? No, eso no, tú siempre has tenido una sensibilidad fuera de lo común, y ahora sólo estás cansada, demasiado cansada. Pero eres también una persona inteligente y razonable, te he explicado todo esto para aclararte un hecho psicológico que se ha desencadenado en ti... ¿También otras veces? ¿Las otras veces menos? ¿Como relampagueos súbitos que desaparecen de golpe? Sí, claro, pero ahora has llegado a un límite de agotamiento nervioso más allá del cual sería peligroso dejarse ir. Corre a dormir, cierra ventanas y puertas, trata de no pensar en nada, más bien trata de pensar en un bonito paisaje, qué sé yo, un bonito prado florido, alguna vez habrás visto un prado florido, verás que te duermes enseguida. No insistas más, no puedo decirte nada más ahora, te cansarías inútilmente. Cuando vaya... ¿Dormida? No, Anna, no estás dormida, no has soñado, simplemente estabas en un estado de, podría decirse, parahipnosis. ¿Parahipnosis? Bueno, una especie de duermevela causado por el cansancio y el relajamiento de hoy. Bien sabes que el cansancio acumulado se advierte precisamente cuando no se trabaja y se interrumpe la tensión. Es como un acumulador sobrecargado que salta. Pero sí, todo se explica: desde un punto de partida particular, que para ti fue ese burbujeo que interrumpió tu quietud y casualmente te trajo

recuerdos de tu pasado, te has desplazado, primero conscientemente, luego sin saberlo, podría decirse que por asociación libre, a imágenes extrañas a tu vida... Pero es natural, le puede ocurrir a todos. También me ocurre a mí cuando estoy demasiado cansado. No miento para tranquilizarte. Sería una tontería, ¿no crees? Anna, ahora basta, vé a descansar, sé razonable. Eso es, así me gusta. Hasta las cinco.

Hasta las cinco. El auricular guarda silencio después del corte. Anna aprieta el tubo en la mano, mira el auricular, luego el disco perforado con los números. No, no puedo llamarlo de nuevo, no puedo pedirle más explicaciones. Vendrá a las cinco. Un buen amigo. Ahora —mira el reloj de pulsera— son las dos menos cuarto. Será mejor que obedezca, que vaya a dorm...

inconsciente colectivo  
experiencias primordiales  
imágenes primordiales  
arquetipos  
parahipnosis  
asociación libre  
eras antiquísimas  
evolución de la especie humana de la especie animal  
parahipnosis  
todos vivimos inmersos en el inconsciente colectivo, es igual para todos... Entonces todos llevamos encerrada una tremenda red de seres desconocidos, cuántos seres han vivido antes de mí, generaciones, generaciones, generaciones, hombres hombres hombres, mujeres mujeres, niños, viejos, viejas, dinosaurios, peces, pájaros, monos, gatos, leones, perros, lobos, águilas, bestias que no cono-

co, ejércitos de seres, miles de millones, millones de millones de vidas, de gestos, de acciones, guerras, homicidios, suicidios, robos, naufragios, fiestas, banquetes, bailes, casamientos, luchas, acoplamientos humanos, acoplamientos de bestias, acoplamientos de serpientes tigres chacales osos mandriles gorilas pitecántropos, criaturas vivientes, millones de millones de millones, las haya visto o no, las haya conocido o no, están todas incorporadas a mí desde el primer principio, desde el primer encuentro del espermatozoide paterno con el óvulo materno del cual nací yo, ah por qué he nacido, un mundo incommensurable encerrado en células microscópicas, lo inmensamente grande aprisionado en lo inmensamente pequeño, todo dentro de mí, no atino a contenerlo todo, cómo es posible, no es posible. No. No es cierto.

Y sin embargo cómo explicar de otro modo la profunda memoria que me recorre las venas, los nervios, la cabeza, las manos, las piernas, esta memoria total, sí, total, que me hace despear y ver sentir padecer gozar actos, palabras, imágenes, imágenes ancestrales, no mías, no de mi vida.

No son mías. Tenía razón. No son mías, también el doctor lo ha dicho. Yo no tengo nada que ver. Todo es simple, claro. No me concierne.

Se recuesta en un diván, muy serena.

No me concierne.  
Un bonito prado, flores, sol, de bo ir a la cama, dormir.

Pero si esas imágenes no son mías, pertenecen a otros, pertenecieron a otros, y si yo las llevo den-

tro de mí ya forman parte de mí misma, todo el mundo pasado está todavía presente, y yo, yo, Anna, no soy verdaderamente yo, soy también todo el resto, soy todos los arquetipos, todas las experiencias, todas las vidas, y puedo ser víctima de criaturas que no conozco, que jamás he conocido, ser impulsada a los actos más estúpidos, más desaforados, más críminales.

¿O son sólo imágenes, sin poder alguno? Son sólo imágenes, como fotografías impresas en una película: si no se revelan con las reacciones necesarias no aparecen. Es como si no existieran. No existen.

Y sin embargo las imágenes, aunque no aparezcan, existen igualmente en la película, existen igualmente, son como el inconsciente, son las fotografías no reveladas, no pueden revelarse, aparecer de un momento a otro, basta el cansancio, basta la parahipnosis, basta la asociación libre.

#### *La asociación libre.*

Asociación libre...

¿...libre? ¿Soy libre? ¿Quién es libre? Nadie es libre, somos todos esclavos, no basta con Abraham Lincoln, el zar no quería abolir la esclavitud, hay que trabajar la tierra, los esclavos trabajan, cuestan poco, aran, uno ara, el otro cava, el otro llega por el corredor oscuro hasta la luz, resplandor, esplendor, encanto, canto del gallo, alba, mañana, primavera, arroyo, prado, un bonito prado, libélula, rana, Anna Anna, quién grita así, me hace mal, le araña la cara, la cara roja, el látigo silba, gira en el aire, golpea, gira de nuevo, la rueda gira, el molino, agua como en cascada, bebo agua fresca, la

garganta está fresca, la piel está fresca, estoy inmersa en el mar, en la espuma consistente, elástica como la espuma del jabón, y me lava los hombros, el pecho, las piernas dentro de la pequeña bañera de aluminio, no es de cobre, hace *don*, como una campana, *don*, si golpeo el puño contra el borde, *don*, delante de mí se agita una campana de plata, tintinea, relumbra, tintinea tres veces, elevación, todos de rodillas, la hostia sagrada que no puede mirarse, sacrilegio, alzo los ojos, la miro, no ocurre nada, nadie se ha dado cuenta, pero quien está escondido en la hostia sabe que lo he mirado, aun así no ha ocurrido nada, yo miro, espío a través del agujero de la cerradura, me levanto de puntillas para ver, un hombre y una mujer están desnudos en la cama, por qué están desnudos, qué grandes son, no veo bien, él vuelve la espalda, tal vez duerme, cuántos pelos en la espalda, hasta el costado, el cuello, es todo velludo, abre los ojos redondos, pequeños, párpados cartilagosos, me mira, mira hacia mí, yo misma estoy tendida junto a él, alzo los brazos, cubiertos de pelo pardo rojizo, también mis patas, mi vientre están llenos de pelo, me descuelgo, la cola me da equilibrio, la rama, me aferro, pantallazos de sol, viento tibio, hierbas altas, corro en cuatro patas, me vuelvo para mirar, la cola erguida, bosques, zarzas, el simio me persigue, salto, me agazapo, me estiro, me retuerzo, me enrosco, me arrastro, me desnudo, silbo, me zambullo en el agua, me alargo, nado, me deslizo, boqueo, hincho las branquias, agito las aletas, engullo, me escabullo, no me alcanza, ¿quién?, me alcan-

za, huevos huevos huevos enjambre hormigueo todos adentro todos atrapados arrastra ah arrastra hacia arriba red retículo reticulado cables alta tensión línea sobrecargada acumulador sobrecargado, circuito destrozado cable de la muerte quién toca los cables sacudón ondas ondas no tengo más dominio son ellos que me matan los otros los que no conozco los que no son yo los que están dentro ocultos no los conozco los co-

nozco pesa oprime ahoga sofoca es demasiado es demasiado se rompe algo en el cerebro estalla algo todo todo aquí adentro porque yo son ellos ellos me mat... No.

Un espasmo violento y tenaz de los dedos alrededor del tubo del teléfono se prolonga más allá de la inmovilidad, la palidez, la frialdad del cuerpo tendido en el suelo; los ojos castaños vueltos hacia atrás y no preguntan nada.

Título del original en italiano: *Memoria totale*.  
© 1978 by Editrice Nord. Traducción de C.G.

LEONARDO MOLEDO

## LA ESTACION TERMINAL

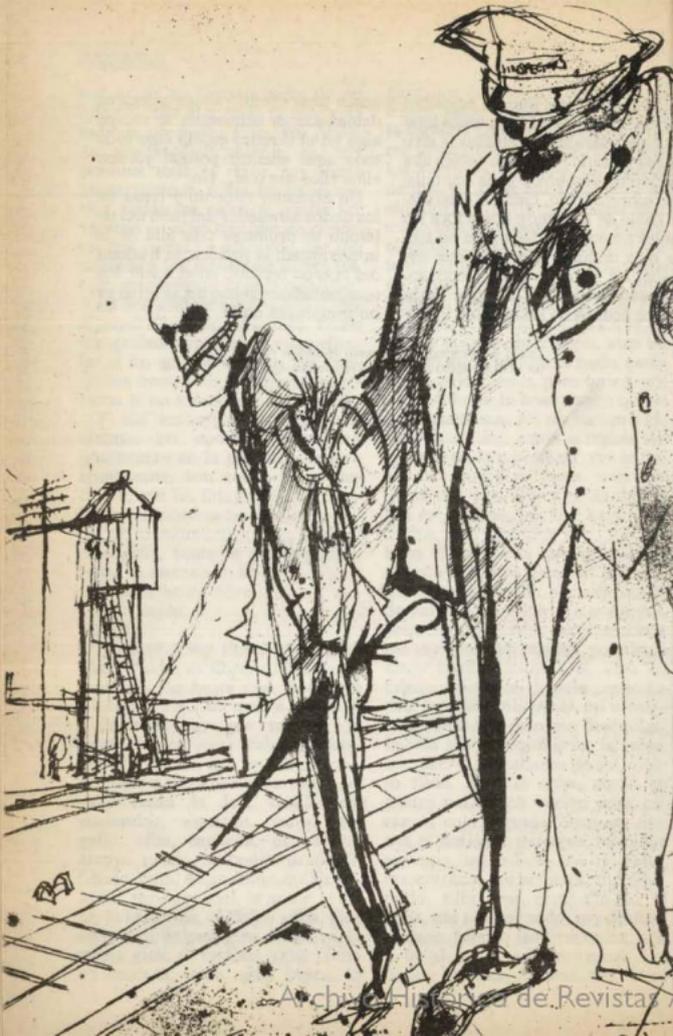
*Ninguna aventura de los libros supera las emociones de un viaje en tren.*

Ilustración de Fati

A Raquel

En una época yo viajaba dos o tres horas diarias en un tren suburbano para llegar a mi trabajo. Al principio el viaje me interesaba, pero más tarde todo empezó a hacerse habitual. La sucesión de estaciones se volvió cada vez más familiar y poco a poco fue desapareciendo la sorpresa de encontrar, cada día, el mismo árbol de forma extraña en el mismo lugar. (Algo lleva a pensar que las cosas cambian de forma durante la noche pero vuelven a sus cabales al amanecer. Eso es mentira, pero perduran restos de esa creencia, y la persistencia de la forma nos parece un desvaído milagro cotidiano.) A veces, ni si-

quiera miraba por la ventanilla. Dormía, o leía, la mayor parte del viaje, y cuando llegábamos a destino me apartaba del sueño o la lectura sin la menor sombra de vacilación. No era muy difícil, tampoco. Trabajaba cerca de la estación terminal, y allí todo el mundo estaba obligado a bajar. Los guardas recorrían los vagones para constatar que nadie se quedara y emprendiera el viaje de vuelta clandestinamente. La estación terminal tenía un solo andén en el centro, techado, con algunos negocios que vendían mercaderías que Dios sabe cómo habrían llegado allí: relojes, lapiceras, grabadores, que los vende-



dores ofrecían con un vago aire de misterio, como si fueran productos de la industria local, objetos típicos, tradicionales o de artesanía. Al lado, una panadería donde se apilaban bizcochos grasosos y apetecibles, y una casa de discos, que invariablemente tocaba música barata y estruendosa cada vez que llegaba un tren. Nunca vi a nadie comprando nada en esos negocios, que sin embargo parecían florecientes, con vendedores que permanentemente sonreían satisfechos, como si obtuvieran sus ganancias de alguna secreta transacción efectuada en la trastienda.

Pero no había trastienda. Los negocios eran sólo vidrieras que daban al único andén. Cuando llovía el andén se llenaba de barro y se volvía resbaladizo y peligroso. La estación estaba rodeada por un alambrado: en un extremo había cinco o seis molinetes pintados de azul donde la gente se agolpaba para salir, después de que les revisaban los boletos. Las vías seguían más allá de la estación terminal, doblaban en un recodo y se perdían detrás de un grupo de árboles que parecían marcar el final de algo. El tren, sin embargo, nunca seguía. Los viajeros, obligados a bajar, miraban la continuación de las vías con vana desesperación.

El viaje se me hizo tan familiar, con el paso del tiempo, que los ciclos naturales se acomodaron lentamente a él; sabía, por ejemplo, que en enero gozaría del sol durante todo el viaje de vuelta, mientras que en julio la noche caería repentinamente (o no tan repentinamente) a la altura de la estación Sáenz Peña, y en agosto la oscuridad me alcanzaría en Hurlin-

gham o El Palomar. Así, retrocediendo de estación en estación, el sol se pondría cada vez más tarde, hasta diciembre, cuando se ocultaba tras los muros de la estación inicial, cerca de Chacarita, en el preciso instante en que el tren entraba en ella. (Los trenes funcionaban como un mecanismo de relojería, entonces.) Durante el viaje de ida, en cambio, era siempre de noche en la estación inicial. Cuando el tren se detenía en William C. Morris, fuera invierno o verano, invariablemente, bruscamente, amanecía.

En esa época aprovechaba el viaje para leer. Mis lecturas eran atropelladas y espontáneas: podía saltar tranquilamente de C. Verman a Balzac, a Rémur o a Dostoievsky, sin vacilar, sin que disminuyera el placer que me producía la lectura. Recorrí la obra completa, y probablemente infinita, de Herbert Troyes, con su fabuloso héroe Mike Harbour (una especie de Tom Mix adaptado a toda clase de circunstancias, capaz de actuar en el desierto, bajo el agua, o en medio de la selva más espesa), los tres tomos de *El Señor de los Anillos* de Tolkien, las *Novelas trascendentes* de Bard, que pretenden sintetizar diversas corrientes de la ciencia ficción (Ballard, Bradbury, Vanken, Silverberg, Lem, Amaswins, Baró), todas las obras importantes de la literatura clásica (y entre ellos un libro que me fascinó y del que no se oye hablar demasiado: *Quijote*, de Cervantes, un español, que rara vez se encuentra en las librerías y que por cierto merecería una difusión más amplia), teatro, enormes cantidades de novelas policíacas y (flujo de pocas

veces me permití) algo de poesía.

Entonces mi vida era muy elemental. Me levantaba temprano y me las arreglaba para llegar rápidamente a la estación inicial, donde compraba mi boleto: los abonos mensuales siempre me parecían inseguros, abstractos. La estación inicial tenía varios andenes, todos ellos techados, donde se estacionaban los trenes. Un inspector me controlaba el boleto en la puerta del andén. Siempre había dos o tres trenes estacionados. Miraba el cartel que indicaba cuál salía primero, elegía mi vagón y me sentaba atento a los movimientos de los guardas.

En esa época le tenía miedo al guarda del tren. Había tres guardas en toda la línea. El primero hacía su recorrido en los primeros minutos del viaje, antes de la estación Paternal, o, a lo sumo, Devoto. El segundo, redundante y terrible, sólo se dejaba ver entre Villa del Parque y Sáenz Peña. El tercero empezaba su ronda brutal en Hurlingham y la terminaba a veces en William C. Morris cuando repentinamente, bruscamente, amanecía. Me sorprendía esa persistencia de los guardianes del tren a lo largo de los años, los pocos cambios entre los pasajeros, a quienes aprendí a conocer; compartíamos gestos comunes en las madrugadas de invierno, de fastidio en verano, una ligera sensación de triunfo cuando veíamos los trenes abarrotados que viajaban en dirección contraria, gestos de rechazo y señas de complicidad durante las largas esperas y luego (durante los atrasos, habituales cuando los trenes empezaron a funcionar sin ninguna lógica ni ritmo), el leve espas-

mo ante el amanecer repentino en William C. Morris, y el temor ante los guardas del tren. Muchas veces los guardas me arrancaban de un sueño plácido, o de algún momento particularmente tenso en las aventuras de Mike Harbour, para exigirme el boleto, que yo entregaba temeroso, y que ellos revisaban con minuciosidad mientras su mirada me acusaba de alguna evidente y tremenda infracción. La legislación era muy severa y las penas, terribles para quien viajara sin boleto.

Los boletos eran revisados dos veces durante el viaje. Una, antes de la estación Villa del Parque, a cargo del primero o el segundo guardián, que tomaba el boleto, controlaba la fecha y la estación de destino; en general, lo devolvía sin perforarlo. Luego, el segundo o el tercero de los guardas lo revisaba después de El Palomar, examinándolo más despacio que antes, hasta perforarlo y devolverlo, señal de que todo estaba en orden. Inmediatamente después, el tren entraba en William C. Morris, donde invariablemente amanecía.

La inspección definitiva se hacía en la estación terminal. Podían ocurrir muchas cosas después que el tercero de los guardas terminaba su ronda, y que podían significar, en la estación terminal, un destino incierto. Pero los inspectores que estaban allí, al acecho, no me producían tanto miedo, eran seres anónimos, que cambiaban con los meses o los años y que jamás se habían fijado en mí. Se complacían, en general, en atormentar a gente más humilde, a mujeres con niños en brazos, a ancianas desvalidas o ciegas, a niños pequeños, y goza-

ban frente a las lágrimas con que las víctimas rogaban por su libertad, pidiendo que no las obligaran a afrontar la temible presencia del Jefe de Estación. Una vez vi cómo dos inspectores separaban de su madre a una niña de seis o siete años, y la arrastraban aterrORIZADA hasta la jefatura de la estación terminal. La niña tenía un vestido color verde pálido, y una blusa de diferentes colores, a cuadros.

Pero, por alguna razón, yo pasaba completamente inadvertido para los inspectores de la estación terminal, de modo que cuando el tercer guarda terminaba su ronda, en general antes de William C. Morris, la tensión disminuía un poco, y podía regresar a los folletines de Le Garnier, o Dumas, o Sue, recorrer los senderos tortuosos de Tetteboum, asistir a la caída de la ciudad de Eisenhart, o liberarme junto con Mike Harbour de los peligrosos y fétidos pantanos del centro de África, sabiendo que ningún riesgo especialmente grande me esperaba en la estación terminal, y que disfrutaría de casi veinticuatro horas de relativa tranquilidad, ya que en el viaje de vuelta nadie revisaba los boletos, ni en los andenes ni en el tren. Los tres guardas se reunían en el último vagón, y allí fumaban en silencio durante todo el viaje. El tren era simple, largo, de color gris plateado; cada vagón estaba cruzado por una larga franja azul donde decía *Ferrocarriles Argentinos*, y luego un número. Lo arrastraba una máquina diéslsel pintada de rojo y amarillo. En general había seis o siete vagones, en raras ocasiones menos, pero dos o tres veces por año podían contarse hasta ocho, pintados siempre en to-

nos de gris, con la franja azul y la leyenda *Ferrocarriles Argentinos*. Junto a la puerta de cada vagón había una escalerita de mano. Las vías corrían entre pueblos suburbanos, siempre difusos, sorprendentemente iguales, para atravesar luego una zona de quintas y bosques, más o menos cuando el tercerro de los guardias hacía su ronda, de modo que no era posible mirar por la ventanilla para captar los detalles de aquellos pequeños paraísos. Luego una red de autopistas, que se extendían en forma algo monótona hasta los alrededores de la estación General Ubalde. Inmediatamente cruzábamos un puente, tendido sobre un río en el que una fábrica cercana vertía, en forma continua, un líquido blanco y aceitoso. Desde la ventanilla podía verse una extensa villa de emergencia construida sobre el terraplén, de donde salían, en verano, bandadas de chicos a sumergirse en el agua, que debía tener —me imaginaba— una consistencia casi sólida. En invierno, se oía el estruendo de la lluvia sobre los techos de madera o zinc, y el barullo entero quedaba cubierto por una melaza oscura en la que hombres, mujeres y niños quedaban atrapados. Una vez, después de una gran creciente del río, la villa entera desapareció.

Luego el tren se internaba en los caseríos chatos que preludivan la estación terminal. Entre Hurlingham y William C. Morris, poco después del puente, nos alcanzaba y pasaba un rápido. Mientras el rápido se deslizaba a nuestro lado con una fugacidad casi simbólica, nuestro tren disminuía la velocidad y todos los pasajeros mirába-

mos por las ventanillas las caras extáticas que aparecían en las ventanillas del rápido. Con el tiempo, aun esas caras apenas entrevistadas se volvieron familiares. Enviábamos, odiábamos, a los que tenían el privilegio de no ser detenidos por las estaciones y de no viajar en trenes. Para mí, que acaba de leer el ciclo de *Sagas mitológicas* de Augusto Hayes, el rápido surgía como una aparición casi divina. Había cierta inquietud, cierta misteriosa atmósfera de lejanía y adoración cuando el rápido, con todas las luces encendidas, nos pasaba, minutos después de la estación Ricchieri. Nada malo podía ocurrir en esos vagones iluminados, donde los pasajeros sonreían, bebían líquidos deliciosos, conversaban con exquisita dulzura o se enfascaban en complicados y brillantes juegos de mesa. Luego el rápido se perdía de vista, y cuando el tren entraba en la estación William C. Morris, invariablemente, repentinamente, amanecía.

Con el tiempo, la vigilancia dentro del tren se hizo más estricta y las penalidades más brutales para los que cometieran alguna infracción. Los pasajeros dejaron de ser cómplices ante la estricta vigilancia, y empezamos a mirarnos con recelo o miedo, pensando que cualquiera, a pesar de haber viajado durante años en el mismo vagón, podía delatarnos y arrastrarnos a un destino incierto frente al jefe de la estación terminal. Los guardias alteraron el orden de sus rondas, y cambiaron la regularidad del poder por la arbitrariedad y la sorpresa, pasando hasta dos y tres veces cada uno, y en cualquier momento y orden, antes de que el tren

llegara a la estación terminal, de modo que el terror se prolongaba durante todo el viaje. Muchas veces, mientras cruzábamos uno de los descampados entre poblaciones suburbanas, y yo estaba atento a la aparente disminución de velocidad del tren —que podía presagiar un inconveniente o un desastre—, aparecía de pronto la cabeza de un guarda, que me exigía el boleto con voz perentoria y feroz. Se lo alcanzaba tratando de aparentar calma, el guardia lo revisaba con cuidado. Luego se daba vuelta y controlaba la fecha, me miraba fijamente, y sólo entonces me lo devolvía. El tren recobraba su velocidad normal, y yo regresaba a *Quijote*, a la "Séptima Oda a Higiens", a Philip Marlowe o a los estrepitosos y sucesivos fracasos de Zwim Mark, un enano estrafalario y cruel, surgido de la fantasía de Ursula G. Willis, que procuraba poner en jaque a todos los gobiernos del mundo occidental vendiendo secretos de Estado a los países del Este. Leía sin interrupción y sin levantar la vista del libro, hasta que llegaba la salvación bajo la forma de la estación terminal.

Un día perdí el boleto. Me di cuenta hacia la mitad del viaje, después de la estación Caseros, y di vuelta todos mis bolsillos hasta convencerme de que en efecto no lo tenía. Por un instante me quedé inmóvil, aterrado, desorientado. Recordaba perfectamente haber comprado el boleto, recordaba con claridad el recorrido entre la boletería y los andenes de la estación inicial, durante el cual había llevado el boleto, como siempre, aferrado en el puño, para que no se perdiera, o cayera, en un descuido o

en un roce con la multitud que generalmente llenaba los andenes. Recordaba la mirada bestial del guardia cuando subí al tren y elegí el asiento, y recordaba haberlo presentado durante la primera revisión, apenas el tren dejó la estación Palermo, a cargo del segundo guardia, y más tarde entre Devoto y Sáenz Peña, cuando el primero de los guardas me lo exigió en forma repentina. Sin embargo, ahora el boleto no estaba. Recordaba que, como casi todos los días, en Villa del Parque había subido al vagón un hombre joven, que se había sentado a mi lado y a quien consideraba mi amigo —aunque en todos estos años jamás hubiéramos cambiado una palabra— y recordaba haber dormitado en forma imprudente durante unos instantes, entre Hurlingham y El Palomar, antes de que mi amigo se bajara en la estación Ricchieri. ¿Podía haberme robado él, que era mi amigo? Me levanté, aferrando *Los nuevos troyanos* de John Beaster, y traté de escapar del vagón. Mi plan era éste: esconderme en algún recoveco del tren hasta llegar a la estación terminal, y luego mi plan era éste: permanecer escondido en alguno de los negocios florecientes hasta que la vigilancia se debilitara, y luego huir y buscar un lugar donde ocultarme en forma definitiva. Nada me aseguraba que el plan diera resultado, pero era el único que se me ocurría en el momento, y era parecido al que había puesto en práctica muchísimas veces Gilberto du Bois, y que le había valido incontables éxitos ante las cortes de Aragón y Navarra. Sin embargo, bastó una ojeada para darme cuenta de que no podría

ser. El primer guardia se había instalado en la puerta de adelante, que comunicaba con el vagón siguiente. En el otro extremo del vagón, el tercero controlaba mis movimientos, mientras que el segundo se había sentado en un asiento cercano al mío y fumaba en silencio sin mirarme. Entonces regresé a mi asiento y puse el libro de tal manera que una punta asomara hacia el pasillo, para que los guardianes creyeran que me había quedado en mi asiento, paralizado por el terror. Mi plan, ahora, era éste: arrastrarme por el suelo hasta la puerta del vagón, y pasar en silencio entre las piernas del guarda que custodiaba la puerta: él no me vería, pues tendría la vista fija en el libro que asomaba la punta en el pasillo, esperando el momento más propicio para atraparme. Era una idea tomada de *La guerra integral*, de Edward Röhm, cuando el protagonista Werner Zogt se ve rodeado, en una pequeña cápsula espacial, por las naves de guerra del Consejo de las Siete Galaxias en Rebelión, y también de la forma en que Mike Harbour logró escapar cuando estuvo atrapado por las Criaturas del Sur en una temible fosa oceánica del Mar de Coral. Atravesé lastimándome el hueso entre el asiento y el travesaño que lo sostenía, y empecé a arrastrarme muy despacio hacia la figura inmóvil del primer guarda, mientras recitaba mentalmente los Cinco Preceptos del Canon, a la manera de Capanell, el imbatible detective de *La hora azul*, cada vez que afrontaba un peligro mortal. Alcancé a cruzar el travesaño de otros asientos, cuando sentí que el segundo guarda, el que antes fu-

maba en silencio, se levantaba y venía hacia mí. No tuve tiempo de reaccionar y formular un nuevo plan. Sentí que el primero y el tercero me aferraban por los brazos, mientras el tren, lentamente, perdía velocidad.

El tren se detuvo en el descampado donde alguna vez había estado la villa de emergencia, ahora poblado solamente por restos de latas y una vegetación degradada que asomaba con muy poca decisión.

Me bajaron por la escalerita de

mano. Bajé despacio por el terraplén, lastimándome con alambres que habían quedado allí desde la época de la construcción del ferrocarril. Abajo, unas criaturas harapientas y sucias, surgidas desde los escombros, me rodearon inmediatamente y empezaron a palparme con avidez la ropa. Alcancé a ver cómo el tren arrancaba, cobraba velocidad, atravesaba sin detenerse el amanecer en la estación William C. Morris, y se alejaba en forma definitiva hacia la estación terminal.

© 1983, Leonardo Moledo.

URSULA K. LE GUIN

## PRIMER INFORME DEL EXTRANJERO NÁUFRAGO AL KADANH DE DERB

*La imagen de un  
mundo sólo cabe en un cuento  
de hadas.*

Ilustración de Jorge Sanzol

Lo que me pides, señor, es desde luego imposible. ¿Cómo se puede describir un mundo? Por cierto se puede usar un lápiz pequeño para trazar un círculo grande, pero si el círculo es tan grande que uno no puede discernir la curva ni aún desde lo alto de una torre, el lápiz se gastará casi antes de haber empezado la tarea. ¿Cuántos tonos puede tener una voz? Cómo puedo describirte siquiera una sola roca, y cuál roca debería describir? Si empezara contándote que la Tierra es el tercer planeta de un sistema de nueve, en órbita alrededor de un sol amarillo de tamaño mediano a una distancia media de 130 millones de kilómetros, con un período de revolución de

365 días y un período de rotación de 24 horas, y que tiene una luna, ¿qué te habría dicho salvo que un año es un año, un mes es un mes, y un día es un día, algo que ya sabes?

Pero como sé que tú sabes lo que te has honrado pedirme es un imposible, y sin embargo no lo has pedido con ligereza ni con crueldad, no puedo menos que responder, sabiendo que tú sabes que mi respuesta, en todas sus palabras, quizá no signifique nada al fin y al cabo: perdóname.

Hace un instante, cuando entrevi por el raballo del ojo la tarea enorme que me aguarda, como una cordillera que debe ser escalada, se me ocurrió que tu requerimiento puede tener un motivo ulterior. Al



pedirme que te describa mi mundo, quizá no estés buscando información sobre mi mundo. Quizá no te propongas escuchar mis palabras, sino los silencios entre las frases, de los cuales aprenderás mucho sobre tu propio mundo. Si ése es el caso, no me opongo; en realidad lo prefiero. Mi tarea no es pues describir mi mundo en los términos generales que se aplican a todos los mundos, el lenguaje de la astronomía, la física, la química, la biología, etc., sino más bien concentrarme en lo individual y transitorio, lo fortuito y lo particular; no describir la clase de plantas con flores, sino mencionar el olor acre de una rosa Cecile Bruner crecida en un balcón que da a una gran bahía rodeada por las luces de las ciudades en un templo y neblinoso anochecer de setiembre; no bosquejar la evolución de la inteligencia ni el curso de la historia humana, sino hablarte, tal vez profusamente, de mi tía abuela Elizabeth. Ninguna narración histórica general, ni siquiera un examen atento de la migración al oeste de los pueblos blancos, que culminó y terminó en las travesías de los pioneros por las grandes llanuras, las Rocosas, la Sierra, o la costa del Pacífico, te daría una convicción honesta de la necesidad de la existencia de mi tía Elizabeth. Aunque yo ahondara en detalles sobre la suerte de cada familia de colonos de Wyoming, la existencia de mi tía abuela seguiría pareciendo fortuita. Sólo si yo la describiera a ella, su vida, su muerte, alcanzaría a comprender en parte la necesidad absoluta de su existencia, y a través de eso, tal vez a entender ese milenarismo movimiento

hacia el oeste que terminó en las playas de un inmenso mar neblinoso; y a través de eso, quizá arrojaría una nueva luz sobre una antigua migración de tu propio pueblo, o sobre la falta de movimientos migratorios en la historia de tu pueblo; o sobre la naturaleza del fracaso, o el carácter de tu propia tía abuela, o tu propia alma.

Señor, veo que en vez de disculparme y postergar las cosas debería limitarme a darte las gracias por la inesperada y grata oportunidad de hablar de mi propia tía abuela, y empezar a hacerlo de inmediato. No es una oportunidad frecuente para el segundo oficial de una nave de la Flota Interestelar Terrestre.

Pero creo que no empezaré por mi tía abuela. Es un tema difícil, y se me ha ocurrido mientras me armaba de coraje para echar unas ojeadas directas a las pasmosas montañas que estoy por escalar (y qué océano neblinoso veré desde las cimas), que no importa dónde empiece, y que ni siquiera tengo por qué atenerme estrictamente a los hechos. Diga lo que diga, si escuchas los silencios entre las frases, oírás la verdad. Como en música, que uno sólo oye la melodía después que captó el ritmo, la secuencia de sonidos y silencios. A fin de cuentas, yo puedo entonar una sola melodía. Así que empezaré con un cuento de hadas.

Había una vez una ciudad. Todas las demás ciudades de todos los tiempos y lugares se parecían en muchos sentidos. Esta ciudad era diferente de todas ellas, en muchos sentidos; y sin embargo manifestaba más plenamente que cualquiera de las otras la Idea de

una ciudad. Estaba habitada por pájaros, gatos, personas, y leones alados, en proporciones más o menos iguales. Todos los leones sabían leer. Rara vez se veía un león sin un libro en la garra. Los gatos eran analfabetos, pero muy civilizados. Observando un gran grupo familiar tendido entre los arbustos de un jardín sombreado y protegido por cercas, o una ritual confrontación de machos en una plaza de piedra bañada por la luna, o el despresivo avance de un tejado a otro de una hembra sedosa y plateada, era fácil llegar a la conclusión de que no sólo la ciudad había sido construida para los gatos, sino que ellos habían perfeccionado en ella el arte de vivir. Pero en cuanto uno miraba un león tenía ciertas dudas; pues, pese a la semejanza con los gatos en las formas y los rasgos, la absoluta serenidad de los leones, su expresión universal de orgullo benévolo y dominio consciente, sin duda indicaba un estado espiritual que trascendía la mera felicidad y se acercaba al júbilo. Uno podía ver el cadáver de un gato flotando bajo un puente junto con botellas de gaseosas y naranjas podridas, pero al apartar los ojos de ese espectáculo lamentable uno veía junto a los escalones del puente un león que arrugaba el entrecejo beatíficamente detrás de la melena, plegando las alas de piedra. Pues ¿a qué lugar mejor podía volar?

Es fácil suponer que los pájaros eran los habitantes menos felices de la ciudad. Muchos vivían en jaulas. Estos prisioneros por cierto no aparentaban infelicidad, cantando alambicadas cadencias al estilo de Vivaldi, del amanecer al

anochecer sobre las calles angostas, picoteando alimentos y contemplando con fascinación sus pequeños reflejos amarillos en los ornamentos navideños colgados en las gráciles jaulas. Pero aun así, vivían en jaulas. Las palomas vivían en libertad, pero sólo como tenaces mendigos. Diariamente respondían al llamado de las campanas para recibir su ración, y entre raciones acuciaban a los turistas pidiendo más raciones. Tal vez era el resentimiento creado por esa situación de dependencia, la falta de privilegios, la furia oscura por haber recibido pocos árboles donde posarse y pocos peligros de los que escapar, lo que volvía tan corrosivos sus excrementos. Fuera cual fuese el motivo, las palomas estaban destruyendo algunos de los elementos más exquisitos de la ciudad, defecando constante y devastadoramente en la piedra perezcedera de las cornisas, pináculos, talladuras. Ni siquiera los leones podían escapar de las palomas. En esta obra de destrucción las palomas, sin embargo, eran superadas por la gente, cuyas fábricas en la tierra firme de las inmediaciones exhalaban vapores que excedían en mucho el poder corrosivo de la paloma con más conciencia de clase, y cuyas lanchas de motor se empuñaban obstinadamente en hundir la ciudad antes que se desmoronara.

Pues la característica que más diferenciaba a Venecia de las demás ciudades y que sin embargo las ejemplificaba y describía a todas, cada una de ellas, con suma exactitud, era su fragilidad.

¿Una ciudad, una espléndida, vieja, atestada y activa ciudad lle-

na de miles de vidas atareadas, amenazada por una paloma, una lancha de motor, una emanación de gas? ¡Ridículo!

Pero ¿qué destruye las ciudades? ¿Por qué han caído las poderosas? Mira, y encontrarás un caballo de juguete; una llave de bronce; un par de hombres conversando mientras beben vino; un cambio en el tiempo; la llegada de algunos españoles. Nada en absoluto. Una paloma, una lancha, el clic de un contador Geiger.

La primera lección de Venecia es pues la mortalidad.

Mal interpretado por los alemanes y otros bárbaros del norte (la ciudad siempre fue sitiada por alemanes, y en verdad fue edificada en el corazón del lago en un esfuerzo por alejarla de las visitas compulsivas de los turistas longobardos, un esfuerzo que a la larga no dio resultado), este mensaje absolutamente llano ha sido entendido, con la magnífica obtusidad del pensamiento teutónico, como si una afirmación de que porque Venecia es más mortal de lo acostumbrado Venecia es una ciudad de muerte, de agonía, de enfermedad, decadente, una ciudad insalubre, que sobrevive como sus palomas siendo un parásito de sus visitantes, una ciudad de morbilidad nacida de un delirio, un lugar donde van a morir los pederastas seniles. Desde luego esas son pampinas. Lo más mortal es lo más vivo. No hay ningún lugar en el mundo donde las verdes, bellas y turbias mareas de la vida crezcan tanto, donde uno note tan intensamente la presencia viva de pájaros, gatos, leones, y de gente que camina, habla, canta, riñe, abre y cierra

cortinas de metal, prepara la cena, como el desayuno, se casa, celebra funerales, transporta Coca-Cola y calabazas de un lugar a otro en lanchas para Coca-Cola y calabazas, hace discursos, escucha radios e instrumentos musicales, vende yo-yós electrificados que relucen como luciérnagas mientras suben y bajan por sus cordeles en el atardecer ante las puertas de la gran catedral, que falta a la escuela, que juega al fútbol, que pelea, pesca, se besa, arroja gas lacrimógeno a los manifestantes, acorta su expectativa de vida soplando chucherías de vidrio coloreado increíblemente frágiles, etc., etc., en otras palabras, que vive. Si yo fuera un pederasta alemán viejo y con ganas de morir, me sentiría un idiota en Venecia. Totalmente fuera de lugar.

He oído a dos comadres venecianas en la escalinata de un canal verde comentando las características de varias marcas de artefactos de cocina eléctricos durante veinte minutos seguidos, en detalle y con colosal energía. La conversación no se destacaba por el insidioso éxtasis ante la muerte. En verdad, una de las razones por las cuales la vida es tan fuerte allí es que uno puede oír. En otras ciudades es apagada por el rumor de los motores. Lo que se oye en las otras ciudades es el ruido de los motores. Lo que se oye en Venecia, casi siempre, es el ruido de la gente. Y los pájaros; y los gatos cuando están enamorados; los leones no hacen ruidos apreciables, aunque el libro que sostiene dice suavemente: *Pax tibi, Marce, evangelista meus*. De modo que el silencio de Venecia es el silencio más ruidoso que se pueda imaginar.

Cuando estuve en el vacío entre las estrellas, y lo escuché y me aterró, descubrí un modo de librarme de ese terror absorbente (que Pascal mencionaba, aunque él nunca había volado en una nave espacial) y recobrarne: fingir que despierto de madrugada en un hotel de Venecia. Al principio hay quietud, una quietud profunda, la quietud del lago chato, brumoso, verdeazulado, la quietud del pequeño canal entre paredes de piedra a la vuelta de una esquina. Sé que el puente cercano a la entrada del hotel se refleja en esa quietud, y su arco traza un círculo perfecto. Más allá de ese puente hay otro puente, y más allá otro, cada cual sostenido por su reflejo: aire, agua, piedra, cristal, todo es uno. Una paloma suelta sus arillos en el tejado, fuera de la ventana del dormitorio. Ese es el primer sonido; ése, y el palmoteo tenue del viento en las alas de la paloma que desciende. Suenan pasos en la calle ante la entrada del hotel, cruzan el puente arqueado, mueren: el segundo sonido, o sucesión de sonidos y silencios. Alguien rompe un vidrio en el patio del hotel. Siempre rompen vidrios en los patios de los hoteles venecianos en la mañana; quizá sea una ceremonia ritual del amanecer, o un modo de quitarse de encima las chucherías que los turistas no compraron el día anterior en las tiendas de baratijas, no sé. Quizá así lavan los platos en Venecia. Un sonido alarmante, pero no carente de musicalidad, seguido por juramentos fuertes y una risotada. Ahora estoy casi a salvo de los terrores del aséptico vacío. En el patio una radio suena mientras ba-

rren el vidrio. En un puente alguien grita algo que no entiendo, en dialecto veneciano, a alguien que está en otro puente; y luego las grandes campanas del Campanile y las pequeñas campanas de tres iglesias vecinas repican más o menos simultáneamente invitando a la gente de la parroquia a la primera misa. Todo es música, y estoy en casa, escuchando el silencio profundo y extraordinario de la ciudad de la vida.

No nací allí y nunca he vivido allí. Cuando digo "en casa" estoy usando una metáfora tomada del béisbol.

He visitado Venecia cuatro veces, cada vez sólo por cuatro días. Cada vez estaba un poco más hundida.

Si me preguntaras a quemarropa (como cuando me pediste que describiera la Tierra) si quiero volver a la Tierra y por qué, tal vez respondería: "Sí, para ver Venecia en invierno." Sólo la he visto a fines de primavera y en verano. En invierno, me han dicho, hace un frío terrible, y los museos están cerrados aún más a menudo que en verano, de modo que uno no puede ir a entibiarse ante los fuegos rojos y dorados del Ticiano y el Veronés. La niebla blanca bulle entre las piedras. En las tormentas de invierno la Plaza de San Marcos, la sala de estar más encantadora que se construyó jamás, cuyo cielorraso es el cielo opalescente, a menudo se ha inundado. La catedral misma ha sido invadida por el mar, y las olas y los mosaicos intercambiaron sus reflejos intrincados y titilantes, mientras las cinco cúpulas doradas flotaban como globos sobre las rompientes, y los

cuatro caballos de bronce de Neptuno resoplaban y temblaban al oler su elemento natal. Sin duda los leones seguían mirando hacia abajo con desapego y reflexiva aprobación, sin molestarse en mover las alas plegadas. Las góndolas, supongo, flotaban sujetas a la punta misma de sus amarraderos rayados, o de lo contrario estaban guardadas, golpeando el cielorraso de los galpones inundados; ¿o atravesaban la gran plaza bajo los caballos y los globos dorados, la procesión del Ángel y los Tres Reyes, el campanario que se desmoronó en 1903 pero fue levantado nuevamente, las palomas agitadas en busca de su ración diaria en las olas chatas, frías, grises? Bajo las olas, en el anochecer, ¿los yoyós eléctricos centelleaban subiendo y bajando por los cordeles, atrayendo a los fantasmas de longobardos ahogados tiempo atrás?

En invierno y verano, las góndolas eran negras. Las pintaron de negro hace mucho tiempo en señal de luto por alguna razón: la pérdida de una batalla, la caída de la República, la muerte de un niño. No recuerdo por qué las góndolas se pusieron de luto. Eran las naves más elegantes que la gente hizo jamás, aún más elegantes que la nave que me trajo aquí. El grito de advertencia del gondolero, mientras guiaba su embarcación hacia la luz del sol en el extremo de un angosto canal lateral, bajo balcones y puentes arqueados, a través de sombras trémulas, era suave y sin embargo resonaba claramente en los caminos de piedra y agua: "hoi-i-i", gritaba, y los gatos y leones de los ángulos de los puentes, entibiados por el sol, escuchaban y callaban, como tú, señor, en este momento.

Título del original en inglés: *The First Report of the Shipwrecked Foreigner to the Kadanh of Derb*. © 1982, Ursula K. Le Guin. Traducción de Carlos Gardini.

PABLO CAPANNA

## PRELUDIO PARA UNA UTOPIA FALLIDA

*Algunas claves de "Reina del atardecer",  
otra pieza del infinito rompecabezas futuro  
inventado por Cordwainer Smith.*

Es posible leer a Cordwainer Smith por simple placer, pero sólo se puede entrar en su mundo cuando se conoce algo del hilo conductor que une sus relatos; es preciso recordar que todos ellos no son más que rapsodias, baladas o sagas entrelazadas sobre el cañamazo de una historia futura muy coherente, cuya más remota inspiración está en el pensamiento chino, con el cual estaba familiarizado el autor. "Reina del atardecer", esbozado en 1955, es una obra póstuma donde se nota la mano de Genevieve Linebarger; la esposa del autor muchas veces había colaborado en la composición de sus historias, y hay aquí algunos elementos convencionales, casi de novela rosa,

que delatan una atmósfera similar a la de "La dama que llevó *El Alma*", un cuento del cual existe un borrador firmado por ambos. Pese a un encanto muy exclusivo, pues sólo lo entiende del todo el lector iniciado en la obra de Cordwainer Smith, quien además de disfrutar de la fábula goza descubriendo nombres conocidos y muchas pistas que llevan de un cuento a otro, y de todos ellos a una vasta epopeya cíclica.

Aquí aparece, para deleite del iniciado, la mayoría de los elementos que habrán de ser decisivos en el desarrollo de todo un ciclo de historias que, si bien fueron escritas antes, están ambientadas muchos siglos más tarde: el origen

de la Instrumentalidad y del subpueblo, los protagonistas de un drama más vasto.

Los hechos que se narran pueden situarse alrededor del año 4000, en un mundo que ha sido devastado por la locura del tiempo que hoy vivimos, donde ha habido guerras nucleares, contaminación y catástrofes ecológicas, acompañadas por monstruosas mutaciones e intentos fáusticos de remodelar al hombre mismo; todo ello ha creado algo así como un *continuum* biológico entre el hombre y los animales sobrevivientes, acorralados por las viejas armas, ciegas e indestructibles; un mundo de cuento de hadas donde se hace difícil fijar límites esenciales.

Cuando imaginaba su historia, Cordwainer Smith (Paul Linebarger) sin duda se hacía eco del pensamiento histórico chino, más cíclico que el grecorromano, con su alternancia de concentración y dispersión, centralidad y feudalismo. Pero también hay muchas ideas de esa "filosofía de la vida" que hizo furor a principios de siglo; estaba convencido de que el poder siempre termina por corromperse y por corromperse, y que en este proceso se debilita el *élan vital*, la creatividad de la especie, la cual necesita periódicamente ser renovada. También creía que las utopías se agotan y terminan por pervertir los fines que les asignaron sus creadores.

Es así como la secta de los jwinds, los filósofos chinos de Aojou-Nanbien que sobrevivieron a todas las calamidades de la Era de las Naciones, quisieron reencauzar a la humanidad sometiendo al paternalismo de una *élite*

ilustrada, y acabaron en la tiranía, como leemos en este cuento. La libertad es aquí encarnada por la Instrumentalidad, que surge para dar vida a una nueva utopía y también fracasa en los siglos que siguen, convirtiéndose a su vez en tiranía.

Junto con el nacimiento de la Instrumentalidad presenciamos aquí los orígenes del subpueblo, que lucha junto a los hombres para entronizarla, pero luego acaba sometido a la más abyecta esclavitud; el subpueblo al fin protagonizará, a lo largo de cinco mil años, una epopeya de liberación integral y redención del hombre que pasará a ser el eje de la obra de C. S.

La historia que aquí se narra es la de Juliane (Juli), la segunda de las hermanas Vom Acht. Sus antecesoras, y la manera en que Carlotta, la hermana mayor llegó a la Tierra aparecen en el cuento "Mark Elf": en el momento del colapso alemán ante el avance soviético, el físico Vom Acht, quien secretamente preparaba el lanzamiento de una nave lunar, intenta poner a salvo a sus tres hijas y las envía al espacio, donde permanecen orbitando durante milenios, como símbolos de inocencia sustraídos a la guerra. En plena Edad Oscura, se produce el regreso de Carlotta, quien conoce a Laird y se convierte en la primera dama Vomacht. En "Reina del atardecer" presenciamos el descenso de Juli y la fundación de la Instrumentalidad; la historia de Karla quedó para otro cuento que jamás fue escrito.

La filantropía en que parece inspirarse Juli Vom Acht ("un poder que sea benévolo sin llegar a manipular al hombre") se esfuma a

medida que la Instrumentalidad, por ella fundada, va acumulando poder y su utopía deriva gradualmente del paternalismo a la tiranía. El paso del tiempo borra las diferencias, y las tres hermanas se confunden en una sola figura legendaria y temida, la dama Vomacht. Los nombres también van cambiando: las hermanas Vom Acht se convierten en "La dama Vomacht", y por último en "la estirpe de los Vomacht", una dinastía codiciosa y cruel que siglos más tarde merece el calificativo de "una bandada de aves de presa".

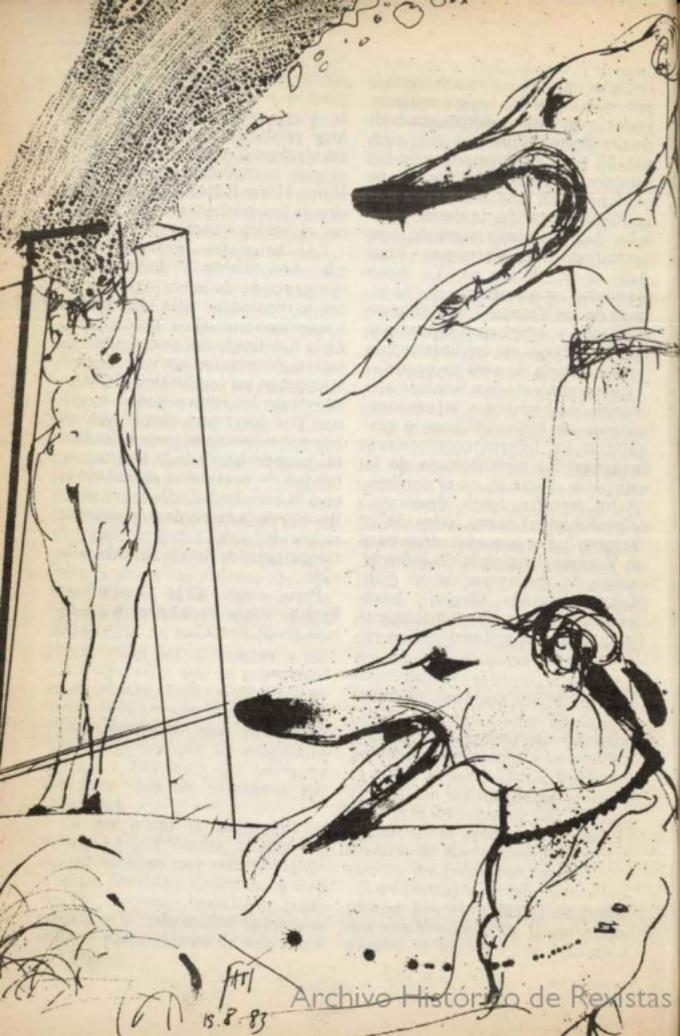
La mayoría de los Vomacht son crueles, ambiciosos e inhumanos; algunos de ellos, médicos o psiquiatras, son figuras terapéuticas y benignas. La ambivalencia de la estirpe se delata ya en el nombre: "Acht" significa tanto "destierro" o "prohibición" como "atención" y "respeto". Por eso encontramos a un Vomacht dirigiendo un infernal campo de concentración en "Un planeta llamado Shayol", pero también algunos Vomacht terapéutas que asisten a Rod MacBan en

*Norstrilia*. También hay algún Vomacht en el cuento "Los observadores viven en vano", vinculado con otra crisis de crecimiento. Esta ambivalencia también está en el origen: la dualidad entre el físico Heinz Horst Ritter Vom Acht, padre de las muchachas, y su hermano, el médico Joachim Vom Acht.

Las hermanas Vomacht cumplen una misión al dirigir la reconstrucción de la ecología terrestre y reencauzar a la humanidad hacia fines más altos, pero el ejercicio indefinido del poder y la tentación de omnipotencia a la cual sucumben los inmortales fundadores de la Instrumentalidad terminan por crear una utopía que no por ser siniestra es menos creíble: el "mundo feliz" de la Instrumentalidad, la perfección estéril de la cual la humanidad sólo logra salir, llevada de la mano de sus esclavos, redescubriendo la imprevisión y el riesgo para darle un sentido a la vida.

Pero, como diría Cordwainer Smith, "ésa es otra historia, y además no es cierta"...

© 1983, Pablo Capanna.



CORDWAINER SMITH  
**REINA DEL ATARDECER**

*El mundo agonizaba,  
y sólo podía salvarlo la vitalidad  
del pasado.*

Ilustración de Fati

*Ante todo, cuando empezó a despertar, echó de menos a su familia. Llamó a todos. "Mutti, Vati, Carlotta! ¿Dónde estáis?" Pero por supuesto lo gritó en alemán porque era una buena muchacha prusiana. Luego recordó.*

*¿Cuánto hacía que su padre la había puesto a ella y sus dos hermanas en la cápsula espacial? No tenía idea. Ni siquiera su padre, el Ritter vom Acht, ni su tío, el profesor Joachim vom Acht —que les habían aplicado las inyecciones en Pardubice, Alemania, el 2 de abril de 1945— podían haber imaginado que las dos muchachas permanecerían en animación suspendida durante miles de años. Pero así fue.*

El sol del atardecer arrojaba des-

tellos naranjas y dorados en las densas sombras púrpuras de los árboles luchadores. Charls miró los árboles, sabiendo que cuando el ocaso pasara del naranja al rojo y la oscuridad creciera en el este de nuevo brillarían con un fuego sereno.

¿Cuánto hacía que habían plantado los árboles —árboles luchadores, los llamaban los hombres verdaderos— con el expreso propósito de que hundieran sus raíces inmensas en la tierra para buscar en el suelo y las aguas subterráneas los elementos radiactivos, concentrando los desechos venenosos en sus vainas duras para luego dejar caer las vainas cerosas hasta que, tiempo después, las aguas que

vinieran desde arriba de la tierra, y las que aún estaban en la tierra, quedarán nuevamente limpias? Charl's no lo sabía.

Pero sabía una cosa. Tocar un árbol, tocarlo directamente, era la muerte segura.

Ansiaba cortar una rama pero no se atrevía. No sólo era *tambu*, sino que temía la enfermedad. Su pueblo había progresado mucho en las últimas generaciones, tanto que a veces no temía enfrentar a los hombres verdaderos y disentir con ellos. Pero la enfermedad no era algo con lo que se pudiera disentir.

Al pensar en un hombre verdadero, una angustia inexplicable le cerraba la garganta. Se volvía sentimental, tierno, temeroso; la añoranza que lo dominaba era una especie de amor, y sin embargo él sabía que no podía ser amor porque nunca había visto a un hombre verdadero excepto desde lejos.

Se preguntó por qué pensaba tanto en los hombres verdaderos. ¿Habría alguno en las cercanías?

Miró el sol poniente, que ahora estaba bastante rojo como para poder mirarlo sin peligro. Algo en la atmósfera lo estaba inquietando. Llamó a su hermana.

—¡Oda, Oda!

Ella no respondió.

Llamó de nuevo: —¡Oda, Oda!

Esta vez la oyó venir, avanzando empeñosamente entre las matas. Ojalá ella se acordara de sortear los árboles luchadores. A veces Oda era demasiado impaciente.

De pronto ella estuvo delante de él.

—¿Me llamabas, Charl's? ¿Me llamabas? ¿Has encontrado algo? ¿Quieres que vayamos juntos a alguna parte? ¿Qué quieres? ¿Dónde están mamá y papá?

Charls no pudo contener la risa. Oda era siempre así.

—Una pregunta por vez, hermana. ¿No tuviste miedo de sufrir la muerte ardiente, yendo entre los árboles de ese modo? Sé que tú no quieres creer en el *tambu*, pero la enfermedad es real.

—No lo es —dijo ella, y meneó la cabeza—. Tal vez lo fue en un tiempo... Supongo que en un tiempo sí lo fue —concedió—. ¿pero tú sabes de alguien a quien los árboles hayan matado en mil años?

—Claro que no, tonta. No he vivido mil años.

Oda se impacientó. —Tú sabes a qué me refiero. Y de todos modos, he decidido que esa historia es una tontería. Todos nos raspamos accidentalmente contra los árboles. De modo que un día *comí* una vaina. Y no pasó nada.

El quedó estupefacto. —¿Comiste una vaina?

—Eso dije. Y no pasó nada.

—Oda, un día de estos irás demasiado lejos.

Ella le sonrió. —Y supongo que dirás que los lechos oceánicos siempre estuvieron cubiertos de hierba.

Él se indignó. —No, claro que no diría semejante cosa. Sé que la hierba fue plantada en los océanos por la misma razón que indujo a plantar los árboles luchadores... para que absorbieran todos los venenos que los antiguos dejaron en los días de las Guerras Antiguas.

Quizá habrían seguido riñendo, pero en ese preciso instante los oídos de Charl's captaron un ruido poco familiar. Conocía el sonido que hacían los hombres verdaderos mientras atravesaban el aire para cumplir con sus misteriosos

deberes. Conocía el zumbido ominoso que emitían las ciudades cuando uno se acercaba demasiado. También conocía los cloques que hacían los pocos *manshonyaggers* que quedaban mientras avanzaban por la Selva, dispuestos a matar a cualquier no-alemán. Pobres máquinas ciegas, eran demasiado fáciles de burlar.

Pero este ruido, este ruido era diferente. Nunca lo había oído antes.

El sonido sibilante se agudizó y vibró en los extremos de su capacidad auditiva. Era extrañamente espiralado, como si se acercara y retrocediera, aunque constantemente viraba hacia él. Charl's fue presa del terror, sintiéndose amenazado más allá de toda comprensión.

Oda también lo oyó. Olvidando la discusión, le aferró el brazo. —¿Qué es eso, Charl's? ¿Qué podrá ser?

La voz de él revelaba asombro y vacilación. —No sé.

—¿Los hombres verdaderos están haciendo algo, algo nuevo de lo que nunca tuvimos noticia? ¿Quiéren lastimarnos, o esclavizarnos? ¿Quiéren capturarnos? ¿Queremos que nos capturen? Charl's, dime, ¿queremos que nos capturen? ¿Vendrán hacia aquí los hombres verdaderos? Creo oler a hombre verdadero. Una vez vinieron y capturaron a algunos de nosotros y se los llevaron y les hicieron cosas extrañas, de modo que ellos parecían hombres verdaderos. ¿No fue así, Charl's? ¿Serán de nuevo los hombres verdaderos?

Pese al miedo, Charl's estaba un poco molesto con Oda. Ella hablaba demasiado.

El ruido persistió y se intensificó.

Charls notó que estaba directamente encima de él, pero no pudo ver nada.

—Charls —dijo Oda—, creo que lo veo. ¿Lo ves, Charl's?

De pronto él también vio el círculo: una blancura pálida, una estela de vapor que aumentaba en tamaño y volumen. El sonido también aumentaba, hasta hacerle estallar los tímpanos. Nunca se había visto algo semejante en este mundo...

Un pensamiento lo asaltó. Fue tan violento como un golpe físico; lo despojó de su valor y su virilidad como nada lo había hecho antes; ya no se sentía joven y fuerte. Apenas podía articular las palabras.

—Oda, ¿podrá ser...?

—¿Ser qué?

—¿Podrá ser una de las viejas, viejas armas del Pasado Antiguo? ¿Será posible que regrese para destruirnos a todos, como siempre han vaticinado las leyendas? La gente siempre dijo que volverían... —La voz se le apagó.

Fuera cual fuese el peligro, sabía que estaba absolutamente expuesto. No podía hacer nada para protegerse, ni para proteger a Oda.

Contra las antiguas armas no había defensa. Este lugar no era mejor que aquél, ni aquél mejor que éste. La gente aún tenía que vivir bajo la amenaza de armas de mucho tiempo atrás. Ésta era la primera vez que él se topaba personalmente con la amenaza, pero había oído hablar de ella. Tomó la mano de Oda.

Oda, extrañamente valerosa ahora que aparecía un peligro verdadero, lo arrastró hacia la barranca, lejos del *cenote*. A él le llamó la atención que ella pareciera empe-

ñada en alejarse del agua. Ella le tiró del brazo, y él se sentó a su lado.

Sabía que ya era demasiado tarde para ir a buscar a sus padres o a los demás. A veces tardaban un día entero en reunir a toda la familia. La cosa bajaba implacablemente, y Charls se sintió tan despojado de energías que dejó de hablar. *Esperémoslo aquí*, pensó, y Oda le apretó la mano, respondiendo: *Sí, hermano mío*.

La larga caja continuaba bajando inexorablemente en el círculo de luz.

Era extraño. Charls sentía una presencia humana, pero la mente estaba insólitamente cerrada. Captaba una modalidad mental que nunca antes había captado. Había leído la mente de los hombres verdaderos cuando volaban en el cielo; conocía la mente de los suyos; podía distinguir los pensamientos de la mayoría de los pájaros y las bestias; no le costaba detectar el hambre electrónica y elemental de la mente mecánica de un manshonyager.

Peró este ser tenía una mente tosca, rudimentaria, caliente. Y cerrada. Ahora la caja estaba muy cerca. ¿Se estrellaría en este valle o en el siguiente? Los chillidos del interior eran muy estridentes. A Charls le dolían los oídos y se le nublaba la visión por la intensidad de calor y sonido. Oda le aferró la mano con fuerza.

El objeto se estrelló en el suelo. Abrió un tajo en la ladera frente al *cenote*. Charls comprendió que si Oda no se hubiera alejado instintivamente del *cenote*, la caja los habría destrozado.

Charls y Oda se levantaron cautelosamente.

De algún modo la caja debía de haber perdido aceleración. Estaba caliente, pero no tanto como para incendiar los árboles rotos que la rodeaban. Las hojas trituradas despedían vapor.

El ruido había cesado.

Charls y Oda se acercaron a diez alturas-de-hombre del objeto, Charls articuló su pensamiento más claro y lo arrojó hacia la caja: *¿Quién eres?*

Obviamente el ser que estaba adentro no lo percibió como él era. Soltó un pensamiento salvaje, dirigido a los seres vivientes en general.

*¡Tontos, tontos, ayudadme! ¡Sacadme de aquí!*

Oda captó el pensamiento, y también Charls. El ser intervino mentalmente y Charls se asombró de la claridad y la fuerza de su pregunta. Era sencilla, pero bellamente enérgica. Ella pensó la idea adecuada: *¿Cómo?*

De la caja llegó otra vez un farfalleo frenético y exigente: *Las asas, tontos. Las asas de afuera. ¡Tomad las asas y sacadme de aquí!*

Charls y Oda se miraron. Charls no sabía si quería "sacar" a esa criatura. Luego reflexionó. Tal vez la hurafeza que irradiaba la caja era sólo el resultado del encierro. Sabía que a él le disgustaría estar apisionado así.

Charls y Oda avanzaron juntos entre las hojas rotas, acercándose cautelosamente a la caja. Era negra y vieja; tenía el aspecto de algo que los mayores llamaban "hierro" y jamás tocaban. Vieron las asas, melladas y descascaradas.

Sonriendo vagamente, Charls le hizo una seña a la hermana. Cada cual tomó un asa y tiró.

Los costados de la caja crujiéron. El hierro estaba caliente pero se podía tolerar. Con un chillido oxidado, la vieja portezuela se abrió.

Miraron el interior de la caja.

Adentro había una mujer joven. No tenía pelambre, sólo pelo largo en la cabeza.

En vez de pelambre, tenía objetos extraños y blandos sobre el cuerpo, pero cuando se incorporó esos objetos empezaron a desintegrarse.

Al principio la muchacha parecía asustada; luego, cuando miró a Oda y Charls, se echó a reír. Lanzó un pensamiento, claro y un poco cruel: *Supongo que no debo preocuparme por el pudor delante de dos cachorros*.

El pensamiento no molestó a Oda, pero lastimó los sentimientos de Charls. La muchacha dijo palabras con la boca pero no pudieron entenderlas. Cada uno de ellos le tomó un codo y la ayudaron a bajar.

Llegaron a la orilla del *cenote* y Oda le indicó a la extraña muchacha que se sentara. Ella se sentó y dijo más palabras.

Oda estaba tan perpleja como Charls, pero luego empezó a sonreír. La lengua había funcionado antes, cuando la muchacha estaba en la caja. ¿Por qué no ahora? El problema era que esa muchacha extraña parecía incapaz de dominar sus pensamientos. Todo lo que pensaba iba dirigido al mundo en general: al valle, al cielo del pozo, al *cenote*. No parecía advertir que gritaba cada pensamiento en forma desafortada.

Oda preguntó a la joven: *¿Quién eres?*

La mente extraña y caliente replicó sin vacilar: *Juli, desde luego*.

Allí intervino Charls. *No hay "desde luego" que valga*, linguó.

*¿Qué es esto?*, pensó la muchacha. *Estoy en comunicación mental con gente-perro*.

Charls y Oda la miraron embarazosamente mientras ella dejaba correr sus pensamientos.

¿No sabe cómo cerrar su mente?, se preguntó Charls. ¿Y por qué su mente había parecido tan cerrada cuando ella estaba en la caja?

*Gente-perro. ¿Dónde me encuentro si estoy tratando con gente-perro? ¿Podrá ser la Tierra? ¿Dónde he estado? ¿Cuánto tiempo estuve viajando? ¿Dónde está Alemania? ¿Dónde están Carlotta y Karla? ¿Dónde están papá, mamá y tío Joachim? ¡Gente-perro!*

Charls y Oda tantearon el borde filoso de la mente que les arrojaba precipitadamente todos esos pensamientos. Había una especie de carcajada cruel cada vez que ella pensaba *gente-perro*. Advertían que esta mente era tan brillante como las mentes más brillantes de los hombres verdaderos, aunque era diferente. No tenía el singular fervor ni la prudente sabiduría que saturaba la mente de los hombres verdaderos.

Luego Charls recordó algo. Sus padres le habían hablado una vez de una mente que se parecía a ésta.

Juli continuó lanzando pensamientos como chipas de una foga-ta, como gotas de una salpicadura. Charls tenía miedo y no sabía qué hacer; y Oda empezó a apartarse de la extraña muchacha.

Luego Charls lo percibió. Juli estaba asustada. Los llamaba *gente-perro* para cubrir su temor. No sabía dónde estaba.

Reflexionó, sin dirigir su pensamiento a Juli: *El hecho de que esté asustada no significa que tenga derecho a dirigirme pensamientos brillantes e hirientes.*

Tal vez su postura delató su actitud; Juli pareció captar el pensamiento.

De pronto empezó a hablar de nuevo, con palabras que ellos no podían entender. Daba la impresión de que rogaba, pedía, suplicaba, reprochaba. Parecía estar llamando a personas o cosas específicas. Las palabras formaban un torrente, y había nombres que usaban los hombres verdaderos. ¿Serían sus padres? ¿Su amante? ¿Sus hermanas? Tenía que ser alguien que ella había conocido antes de entrar en esa caja ruidosa donde había estado encerrada en el azul del cielo durante... ¿cuánto tiempo?

De pronto ella calló. Algo le había llamado la atención.

Señaló los árboles luchadores.

El caso se había oscurecido tanto que los árboles empezaban a encenderse. El fuego suave despertaba como lo había hecho durante todos los años de la vida de Charls y de sus antepasados.

Mientras señalaba, Juli habló de nuevo. Repetía las mismas palabras. El sonido era algo parecido a *v-a-s-i-s-d-a-s*.

Charls no pudo contener su irritación. *¿Por qué no se limita a pensar?* Era extraño que no pudieran leerle la mente cuando usaba las palabras.

De nuevo, aunque Charls no le había dirigido la pregunta a ella,

Juli pareció captarla. Un destello de pensamiento surgió de ella, una sola idea, que brotó como un chorro de fuego de esa cansada cabecita femenina: *¿Qué es este mundo?*

Luego el pensamiento se desvió ligeramente. *Vati, Vati, ¿dónde estoy? ¿Dónde estás tú? ¿Qué se ha hecho de mí?* El pensamiento trasantaba añoranza y desolación.

Oda extendió una mano suave hacia la muchacha. Juli la miró y algunos de los pensamientos rudos y temerosos regresaron. Luego la absoluta compasión de la postura de Oda pareció absorber la atención de Juli, y con la distensión sobrevino el colapso. El pensamiento grande y aterrador desapareció. Juli rompió a llorar. Rodeó con sus largos brazos a Oda. Oda le palmeó la espalda y Juli sollozó aún con más fuerza.

Con los sollozos surgió un pensamiento raro y amistoso, cariñoso y ya despojado de desdén: *Queridos cachorros, queridos cachorros, ayudadme por favor. Se supone que sois nuestros mejores amigos... ayudadme ahora...*

Charls irguió las orejas. Algo —o alguien— venía por la cima de la colina.

Por cierto un pensamiento tan grande y agudo como el de Juli podía atraer a todas las criaturas vivas en kilómetros a la redonda. Podía incluso llamar la atención de los altivos pero ominosos hombres verdaderos.

Charls no tardó en calmarse. Reconoció el andar de sus padres. Se volvió hacia Oda.

—¿Oyes eso?

Ella sonrió. —Son papá y mamá. Deben de haber oído ese gran pensamiento que tuvo la muchacha.

Charls observó con orgullo cómo se acercaban sus padres. Era un orgullo justificado. Bil y Kae parecían lo que eran, seres sensibles e inteligentes. Además, el color de la piel de ambos combinaba bien. La bella pelambre color caramelo de Bil tenía manchas blancas y negras sólo a lo largo de los pómulos y la nariz y en la punta de la cola; la de Kae era de un color gris pardusco que contrastaba notoriamente con los bellos ojos verdes.

—¿Los dos estáis bien? —preguntó Bil cuando se acercaron—. ¿Quién es ella? Parece un hombre verdadero. ¿Es amigable? ¿Os ha lastimado? ¿Era ella quien emitía esos pensamientos violentos? Los sentíamos con claridad desde más allá de la ladera.

Oda se echó a reír. —Haces tantas preguntas como yo, papá.

—Sólo sabemos que una caja vino del cielo y que ella estaba adentro —dijo Charls—. Oísteis ese ruido penetrante cuando bajaba, ¿verdad?

Kae rió. —¿Quién no lo oyó?

—La caja se estrelló en ese lugar. Puedes ver la parte quemada en la ladera.

La zona donde había aterrizado la caja lucía negra y temible. Alrededor los árboles luchadores derribados relucían en el suelo en una enmarañada confusión.

Bil miró a Juli y meneó la cabeza. —Aún no entiendo cómo ella no se mató si se estrelló con tanta fuerza.

Juli empezó de nuevo a hablar con palabras, pero al fin pareció entender. Gritar en su idioma no servía de nada. En cambio, pensó: *Por favor, queridos cachorros.*

*Por favor ayudadme. Por favor entendedme.*

Bil mantuvo su dignidad pero notó consternado que la cola se le meneaba por su propia voluntad. Advirtió que el impulso era incontrolable. Sintió una mezcla de rencor y felicidad cuando respondió: *Claro que te entendemos y trataremos de ayudarte, pero haz el favor de no pensar tan desconsideradamente. Tus pensamientos nos hieren la mente cuando son tan brillantes y filosos.*

Juli trató de reducir la intensidad de sus pensamientos. Suplicó: *Llebadme a Alemania.*

Los cuatro hombres no autorizados —madre, padre, hija e hijo— intercambiaron una mirada. No tenían idea de qué era una Alemania.

Fue Oda quien se volvió a Juli, muchacha a muchacha, y lingüo: *Piensa en una Alemania para que sepamos qué es.*

La extraña muchacha emitió imágenes de increíble belleza. Una clara figura siguió a la otra hasta que la pequeña familia quedó casi enceguedida por la magnificencia de la exhibición. Vieron revivir todo el mundo antiguo. Las ciudades se erguían brillantes en un mundo circundado de verde. No había altivos y lánguidos hombres verdaderos; en cambio, todas las personas que vieron en la mente de Juli se parecían a la misma Juli. Eran vitales, a veces feroces, arrolladoras; eran altas, erguidas, con dedos largos; y desde luego no tenían cola como los hombres no autorizados. Los niños eran increíblemente bonitos.

Lo más asombroso de ese mundo era la gran cantidad de gente

que lo poblaba. La gente abundaba más que las aves de paso, y estaba más apiñada que los salmones en tiempos de migración.

Charls se había considerado un joven que había viajado mucho. Había conocido casi una cincuenta de personas además de su propia familia, y había visto hombres verdaderos en el cielo cientos de veces. Había presenciado a menudo el intolerable brillo de las ciudades y había caminado alrededor de ellas más de una vez, hasta que en cada oportunidad llegó a la firme convicción de que no había modo de entrar. Su valle le parecía bueno. En pocos años tendría edad suficiente para visitar los valles vecinos y buscar esposa.

Pero esta visión que surgía de la mente de Juli... No entendía cómo tantas personas podían vivir juntas. ¿Cómo podían saludarse todas en la mañana? ¿Cómo podían estar de acuerdo en nada? ¿Cómo podían tener tranquilidad suficiente para captar la presencia de los otros, las necesidades de los otros?

Le llegó una imagen especialmente fuerte y brillante. Cajas con pequeñas ruedas llevaban a la gente a velocidades insensatas por carreteras muy lisas.

—Conque para eso servían las carreteras —jadeó para sí mismo.

Entre las personas vio muchos perros. No se parecían en nada a las criaturas del mundo de Charls. No eran esos animales largos, parecidos a nutrias, a quienes los hombres no autorizados desdeñaban como primos inferiores; tampoco se parecían a los hombres no autorizados, y por cierto no eran como esos animales modificados que en aspecto eran casi imposi-

bles de distinguir de los hombres verdaderos. No, esos perros del mundo de Juli eran criaturas felices y saltarinas con pocas responsabilidades. Parecía existir una relación afectuosa entre ellos y las personas. Compartían risas y congojas.

Juli había cerrado los ojos mientras trataba de evocar Alemania para ellos. Concentrándose con tenacidad, introdujo en la imagen de belleza y felicidad algo más: temibles cosas voladoras que arrojaban fuego; trueno y ruido; una cara muy desagradable, una cara chilloña con un mechón de pelo negro sobre la boca; un chorro de llamas en la noche; un estruendo de máquinas mortíferas. Encima de este estruendo estaba la imagen de Juli y dos muchachas parecidas a ella; caminaban con un hombre, obviamente el padre, hacia tres cajas de hierro semejantes a la que había traído a Juli. Luego había oscuridad.

Eso era Alemania.

Juli se desplomó en el suelo.

Los cuatro le sondearon la mente con delicadeza. Para ellos era como un diamante, claro y transparente como un lago iluminado por el sol en el bosque, pero la luz que les devolvía no era un reflejo. Era rica, brillante y engeguecedora. Ahora que estaba en reposo, ellos podían escrutar sus profundidades. Vieron hambre, dolor y soledad. Vieron una soledad tan grande que cada cual por turno trató de pensar en un modo de aplacarla. *Amor*, pensaron, *lo que necesita es amor*, y *gente de su especie*. Pero ¿dónde encontrarían un antiguo? ¿Un hombre verdadero les respondería?

—Sólo se puede hacer una cosa —dijo Bil—. Tenemos que llevarla a la casa del Viejo Oso Sabio. Él se comunica con los hombres verdaderos.

—¡Pero ella no ha hecho nada malo! —exclamó Oda.

Su padre la miró. —Querida, no sabemos qué es esto. Ella por una antigua que ha regresado a este mundo después de dormir en el espacio. Han pasado miles de años desde que su mundo existió; creo que ella está empezando a advertirlo, y eso la ha trastornado. Necesitamos ayuda. Quizá los nuestros hayan sido perros alguna vez, y eso es lo que ella cree que somos. Pero necesita una casa, y la única casa no autorizada que conozco pertenece al Viejo Oso Sabio.

Charls miró a sus padres. Tenía preocupación en los ojos. —¿Qué es eso de los perros? ¿Es por eso que nos sentimos tan confundidos cuando pensamos en los hombres verdaderos? Ella también me desconcierta. ¿Supones que realmente quiero pertenecerle?

—En verdad no —dijo su padre—. Ése es sólo el vestigio de un sentimiento muy, muy viejo. Ahora llevamos nuestras propias vidas. Pero esta muchacha es un problema demasiado grande para nosotros. Se la llevaremos al Oso. Al menos él tiene una casa.

Juli aún estaba inconsciente, y para ellos era demasiado grande. Cada cual tomó una extremidad y, no sin dificultad, la alzaron. En menos de la décima parte de una noche habían llegado a la casa del Viejo Oso Sabio. Afortunadamente no se habían topado con ningún *manshonyagger* ni otro peligro del bosque.

En la puerta de la casa del Viejo Oso Sabio depositaron suavemente a la muchacha en el suelo.

—Oso, Oso —gritó Bil—, ven afuera, ven afuera.

—¿Quién es? —tronó una voz desde adentro.

—Bil y su familia. Tenemos a una antigua con nosotros. Ven afuera. Necesitamos tu ayuda.

La luz que se filtraba por la puerta con un resplandor amarillo se redujo de pronto a proporciones soportables cuando la inmensa mole del Oso se plantó ante ellos.

Tomó sus gafas de un estuche sujeto al cinturón, se las caló sobre la nariz y miró de soslayo a Juli.

—Bendita sea mi alma —dijo—. Otra más. ¿Dónde encontrasteis a una muchacha antigua?

Solemne pero feliz, Charls explicó: —Ella llegó del cielo en una caja chillona.

El Oso cabeceó sabiamente.

—Dijiste "otra más" —comentó Bil—. ¿A qué te referías?

El Oso hizo una mueca. —Olvida lo que dije —comentó—. Por un momento olvidé que no soy hombres verdaderos. Por favor olvidalo.

—¿Quieres decir que es algo que los hombres no autorizados no deberían saber? —dijo Bil.

El Oso cabeceó conternadamente.

Comprendiendo, Bil dijo: —Bien, si alguna vez puedes, ¿nos lo explicarás, por favor?

—Claro —repuso el Oso—. Y ahora creo que será mejor que llame a la casera para que cuide de ella. Herkie, Herkie, ven aquí.

Apareció una mujer rubia de mirada ansiosa.

Obviamente tenía algún proble-

ma en los ojos azules pero parecía funcionar apropiadamente.

Bil se alejó de la puerta. —Ésa es una persona experimental —dijo—. ¡Es una gata!

El Oso no se inmutó. —En efecto, pero puedes ver que sus ojos son imperfectos. Por eso se le permite ser mi casera y su nombre no va precedido por una G'.

Bil entendió. Los errores que cometían los hombres verdaderos en sus intentos de crear subpersonas a menudo eran destruidos, pero de vez en cuando a uno se le permitía vivir si parecía capaz de realizar alguna tarea necesaria. El Oso tenía contactos con los hombres verdaderos. Si necesitaba una casera, un animal modificado imperfecto era una solución ideal.

Herkie se inclinó sobre el cuerpo inerte de Juli. Le estudió la cara con asombro. Luego miró al Oso. —No comprendo —dijo—. No entiendo cómo es posible.

—Más tarde —dijo el Oso—. Cuando estemos solos.

Herkie se esforzó para escuchar la oscuridad y vio a la familia perruna. —Oh, entiendo —dijo.

Bil y Charls sintieron embarazo. Oda y Kae no parecieron reparar en la descortesía.

Bil agitó la mano. —Bueno, adiós. Espero que podáis cuidar de ella.

—Gracias por traerla —dijo el Oso—. Tal vez los hombres verdaderos os den una recompensa.

Contra su voluntad, Bil sintió que su cola empezaba a menearse de nuevo.

—¿Alguna vez la veremos de nuevo? —preguntó Oda—. Crees que alguna vez la veremos de nuevo? La amo, la amo...

—Tal vez —repuso su padre—. Ella sabrá quién la salvó, y creo que nos buscará.

Juli despertó lentamente. *¿Dónde estoy? ¿Qué es este lugar?* Tuvo un recuerdo parcial. *La gente-perro. ¿Dónde está?* Advirtió que había alguien a su lado. Alzó la vista hacia unos ojos azules y turbios que la miraban con ansiedad.

—Soy Herkie —dijo la mujer—. Soy la casera del Oso.

Juli se sintió como si hubiera despertado en una clínica mental. Todo era tan imposible. Gente-perro y ahora un oso. Y sin duda la mujer rubia de ojos defectuosos no era humana.

Herkie le palmeó la mano. —Es natural que estés confundida —le dijo.

—Juli se sorprendió. —¡Hablas! Hablas y yo te entiendo. Hablas alemán. No nos estamos comunicando telepáticamente.

—Desde luego —dijo Herkie—. Hablo doych verdadero. Es uno de los idiomas favoritos del Oso.

—Uno de los... —Juli se interrumpió—. Todo es tan desconcertante.

Herkie volvió a palmearle la mano. —Claro que lo es.

Juli se recostó y miró el cielo raso. *Debo estar en otro mundo.*

No, respondió Herkie, *pero te has ido por mucho tiempo.*

El Oso entró en el cuarto. —¿Te sientes mejor? —preguntó.

Juli cabeceó apenas.

—En la mañana decidiremos qué hacer —dijo él—. Tengo ciertos contactos con los hombres verdaderos, y creo que será mejor que te llevemos al Vomacht.

Juli se incorporó como herida

por un rayo. —¿Qué es el Vomacht? ¡Ese es mi apellido, Vomacht!

—Eso sospechaba —dijo el Oso. Herkie, mirándola desde el costado de la cama, asintió sabiamente.

—Yo estaba segura —dijo. Y añadió—: Creo que necesitas una buena sopa caliente y un descanso. En la mañana todo se aclarará.

El cansancio de años pareció aplastar los huesos de Juli. *Necesito descansar, pensó. Necesito aclarar las cosas en mi mente.* Se durmió, tan pronto que ni siquiera tuvo la oportunidad de sobresaltarse.

Herkie y el Oso le estudiaron la cara. —La semejanza es notable —dijo el Oso. Herkie asintió con un cabeceo—. Lo que me preocupa es la diferencia de tiempo. ¿Crees que eso será importante?

—No sé —repuso Herkie—. Como no soy humana, no sé qué molesta a la gente. —Se enderezó y se estiró—. ¡Ya sé! —dijo—. ¡Ya sé! ¡Ella debe haber sido enviada aquí para ayudarnos con la rebelión!

—No —dijo el Oso—. Ha tardado demasiado en el Tiempo para que su llegada haya sido intencional. Es cierto que puede ayudarnos, vaya si puede ayudarnos, pero creo que su llegada en este preciso momento y lugar es fortuita y no deliberada.

—A veces creo entrever una mente humana particular —dijo Herkie—, pero estoy segura de que tienes razón. No veo el momento de que se conozcan.

—Sí —dijo él—, aunque temo que será bastante traumático. En más de un sentido.

Cuando Juli despertó de su profundo sueño, encontró a una pensativa Herkie esperando.

Juli se desesperó y su mente, aún descontrolada, preguntó: *¿De veras eres una gata?*

Sí, respondió Herkie. *Pero tendrás que disciplinar tus pensamientos. Cualquiera puede leerlos.*

Lo lamento, linguó Juli, *pero no estoy acostumbrada a la telepatía.*

—Lo sé. —Herkie había pasado al alemán.

—Aún no entiendo cómo sabes alemán —dijo Juli.

—Es una historia bastante larga. Yo lo aprendí del Oso. Tal vez sea mejor que le preguntes a él cómo lo aprendió.

—Espera un minuto, empiezo a recordar lo que ocurrió antes que yo me durmiera. El Oso mencionó el apellido de mi familia, Vomacht.

Herkie cambió de tema. —Te hemos preparado ropa. Tratamos de imitar el estilo de la que tenías puesta, pero estaba tan deshilachada que no sabemos si la copiamos bien.

Parecía tan ansiosa de complacerla que Juli la tranquilizó de inmediato. *Si es de mi tamaño, estoy segura de que será adecuada.*

Oh, es de tu tamaño, linguó Herkie. *Te medimos. Ahora, después de tu baño y tu comida, te vestirás y el Oso y yo te llevaremos a la ciudad. Las subpersonas como yo normalmente no pueden entrar en la ciudad, pero creo que esta vez harán una excepción.*

Había algo dulce y sabio en la cara de ojos azules y turbios. Juli sintió que Herkie era su amiga. Lo soy, linguó Herkie, y Juli notó una vez más que debía aprender a controlar sus pensamientos, o al menos la emisión de sus pensamientos.

*Aprenderás, linguó Herkie. Sólo requiere un poco de práctica.*

Se acercaron a la ciudad a pie. El Oso iba adelante, Juli lo seguía y Herkie iba detrás. Se toparon con dos manshonyaggers en el camino pero el Oso les habló en doych verdadero desde lejos y las máquinas viraron en silencio y se alejaron con sigilo.

Juli estaba fascinada. —¿Qué son? —preguntó.

—Su nombre verdadero es Menschenjäger, y fueron inventadas para matar personas cuyas ideas no concordaran con las del Sexto Reich Alemán. Pero hay pocas que todavía funcionen, y muchos de nosotros hemos aprendido doych desde...

—¿Sí?

—Desde un acontecimiento del que te enterarás en la ciudad. Ahora sigamos adelante.

Se acercaron a la muralla de la ciudad y Juli reparó en un zumbido, y en una fuerza poderosa que los rechazaba. El pelo se le erizó y sintió un cosquilleo eléctrico. Obviamente había un campo de fuerza alrededor de la ciudad.

—¿Qué es? —exclamó.

—Sólo una carga estática para contener la Selva —dijo el Oso con tono tranquilizador—. No te preocupes, puedo neutralizarla.

Aizó un pequeño artefacto con la pata derecha, apretó un botón e inmediatamente un corredor se abrió ante ellos.

Cuando llegaron a la muralla de la ciudad, el Oso tanteó cuidadosamente la saliente superior. En cierto punto se detuvo, luego extendió la pata hacia una llave de aspecto extraño que le colgaba del cuello atada a un cordel.

Juli no veía ninguna diferencia entre ese sector de la muralla y los demás, pero el Oso insertó la llave en una ranura que había localizado y una parte de la barrera se levantó. Los tres atravesaron el hueco y la muralla volvió silenciosamente a su posición.

El Oso les guió de prisa por calles polvorientas. Juli vio a varias personas, pero la mayoría le parecieron distantes, austeras, apáticas. Guardaban poca semejanza con los vitales prusianos que ella recordaba.

Por último llegaron a la puerta de un edificio grande de aspecto antiguo e imponente. Junto a la puerta había una inscripción. El Oso las urgó a entrar.

*Por favor, señor Oso, ¿puedo pararme a leerla?*

*Llámame Oso, simplemente. Y sí, claro que puedes. Tal vez te ayude a entender algunas de las cosas que aprenderás hoy.*

La inscripción estaba en alemán y tenía forma de poema. Parecía tallada cientos de años atrás (y así era, aunque Juli aún no podía saberlo).

Herkie alzó los ojos. —Oh, la primera...

—Silencio —dijo el Oso.

Juli leyó el poema en silencio.

La juventud  
se desvanece, se desvanece,  
se escurre  
como la sangre vital de tus venas...

Poco permanece.  
Borrado  
el glorioso rostro,  
reemplazado  
por uno que refleja lágrimas,  
idos  
los años.

¡Oh, juventud,  
no te vayas aún!  
Sonríe  
un poco más  
para los pocos desdichados  
que te adoramos...

—No comprendo —dijo Juli.  
—Ya comprenderás —dijo el Oso—. Lamentablemente, comprenderás.

Un funcionario con túnica verde brillante orlada de oro se les acercó.

—Hace tiempo que no nos honras con tu presencia —le dijo respetuosamente al Oso.

—He tenido mucho que hacer —respondió el Oso—. Pero ¿cómo está ella?

Juli advirtió con un sobresalto que no conversaban telepáticamente sino en alemán. *¿Cómo saben alemán estas personas?* Irreflexivamente arrojó su pensamiento hacia afuera.

Herkie y el Oso le aconsejaron simultáneamente *Silencio*.

Juli se sintió avergonzada. —Lo lamento —casi susurró—. No sé cómo haré para aprender el truco.

Herkie fue inmediatamente comprensiva. —Es un truco —dijo—, pero ya lo haces mejor que cuando llegaste. Sólo tienes que tener cuidado. No puedes arrojar tus pensamientos a todas partes.

—Eso no importa ahora —dijo el Oso, volviéndose hacia el funcionario de uniforme verde—. ¿Se me concederá una audiencia? Creo que es importante.

—Tal vez tengas que esperar un rato —dijo el funcionario—, pero estoy seguro de que ella siempre te otorgará una audiencia a ti.

El Oso recibió esas palabras con cierta complacencia, advirtió Juli.

Se sentaron a esperar y de vez en cuando Herkie palmeaba el brazo de Juli para tranquilizarla.

El funcionario no tardó mucho en reaparecer. —Te recibirá ahora —dijo.

Los condujo por un largo corredor hasta una habitación grande en cuyo extremo había un estrado con una silla. "No es un trono imponente", pensó Juli para sí misma. Detrás de la silla había un joven apuesto, un hombre verdadero. En la silla estaba sentada una mujer, vieja, más vieja de lo imaginable; sus manos agarrotadas eran zarpas, pero en la cara ojerosa y arrugada aún se podía entrever un rastro de belleza.

El desconcierto de Juli se agudizó. Ella *conocía* a esa persona, pero no la conocía. Su sentido de la orientación, ya debilitado por los acontecimientos del "día" anterior, casi se desintegró. Aferró la mano de Herkie como si fuera el único elemento familiar en un mundo que no podía entender.

La mujer habló. Su voz era vieja y débil, pero hablaba en alemán.

—Conque has venido, Juli. Laird me dijo que te haría descender. Estoy tan contenta de verte, y de saber que estás bien.

Juli sintió un mareo. *Sabía, sabía*, pero no podía creerlo. Demasiadas cosas habían cambiado, demasiadas cosas habían pasado en muy poco tiempo, desde que había vuelto a la vida.

Jadeando, susurró tentativamente: —¿Carlotta?

Su hermana asintió. —Sí, Juli, soy yo. Y éste es mi esposo, Laird.

—Volvió la cabeza hacia el joven apuesto que estaba a sus espaldas.— Me hizo descender hace doscientos años, pero lamentablemente, siendo una antigua, no puedo someterme al proceso de rejuvenecimiento que se desarrolló después que nosotras abandonamos la Tierra.

Juli rompió a llorar. —Oh, Carlotta. Es tan difícil de creer. ¡Y estás tan vieja! Tenías sólo dos años más que yo.

—Querida, he tenido doscientos años de felicidad. No pudieron rejuvenecerme pero al menos pudieron prolongarme la vida. Ahora bien, no fue sólo con intenciones altruistas que pedí a Laird que te trajera. Karla aún está allá arriba, pero como ella sólo tenía dieciséis años cuando entró en suspensión animada, pensamos que tú serías más adecuada para la tarea. En realidad, no te hicimos ningún favor al traerla porque ahora tú también empezarás a envejecer. Pero estar en suspensión animada para siempre tampoco es vida.

—Claro que no —dijo Juli—. Y de cualquier modo, si hubiera vivido una vida normal habría envejecido.

Carlotta se inclinó para besarla. —Al menos estamos juntas al fin —suspiró Juli.

—Querida —dijo Carlotta—, es maravilloso compartir al menos este corto tiempo. Verás, yo estoy muriendo. Llega un momento en que los científicos, pese a toda la tecnología, no pueden mantener un cuerpo con vida. Y necesitamos ayuda, ayuda para la rebelión.

—¿La rebelión?

—Sí. Contra los jwinds. Eran chinoses, filósofos. Ahora son los

verdaderos amos de la Tierra y nosotros (eso creen ellos) somos sólo sus instrumentos, su fuerza policial. Dominan no tanto el cuerpo del hombre como su alma. Esa es casi una palabra olvidada ahora. Digamos "mente", en cambio. Ellos se llaman a sí mismos los Perfectos y han tratado de recrear al hombre a su propia imagen. Pero son distantes, altivos, fríos.

"Han reclutado gente de todas las razas, pero el hombre no ha reaccionado bien. Sólo unos pocos aspiran a la perfección estética que los jwinds tienen como meta. De modo que los jwinds han recurrido a su conocimiento de las drogas y los narcóticos para transformar a los hombres verdaderos en gente adormecida y abúlica. Así les resulta fácil gobernarlos, controlar todo lo que hacen. Lamentablemente algunos de nuestros descendientes —señaló a Laird con la cabeza—, se han unido a ellos.

"Te necesitamos, Juli. Desde que yo regresé del mundo antiguo, Laird y yo hemos hecho lo posible para liberar a los hombres verdaderos de esta esclavitud, porque es una esclavitud. Es una falta de vitalidad, una falta de sentido en la vida. Nosotros teníamos una palabra para eso en los viejos tiempos. ¿Recuerdas? "Zombie".

—¿Qué quieres que haga?

Mientras las hermanas dialogaban, Herkie, el Oso y Laird habían guardado silencio.

Ahora Laird intervino. —Hasta que Carlotta vino a nosotros, nos dejábamos arrastrar despreocupadamente por el poder de los jwinds. No sabíamos qué era en realidad un ser humano. Pensábamos que nuestro único propósito

en la vida era servir a los jwinds: si ellos eran perfectos, ¿qué otra función podíamos cumplir? Era nuestro deber atender a sus necesidades: mantener y custodiar las ciudades, contener la Selva, administrar las drogas. Algunos integrantes de la Instrumentalidad cazaban incluso a los hombres no autorizados, a los no perdonados y, como último recurso, a los hombres verdaderos, para abastecer a los laboratorios.

"Pero ahora somos muchos los que hemos dejado de creer en la perfección de los jwinds, o quizá hemos llegado a creer en algo más que la perfección humana. Hemos estado sirviendo a ciertos hombres. Tendríamos que haber servido a la humanidad.

"Ahora entendemos que ha llegado el momento de poner fin a esta tiranía. Carlotta y yo tenemos aliados entre algunos de nuestros descendientes y entre algunos de los no perdonados y, como has visto, aun entre los hombres no autorizados y otras personas derivadas de los animales. Creo que aún debe existir un contacto de la época en que los seres humanos tenían "mascotas", en los viejos tiempos.

Juli miró a su alrededor y advirtió que Herkie ronroneaba suavemente. —Sí —dijo—, entiendo a qué te refieres.

—Lo que queremos hacer —continuó Laird— es organizar una verdadera Instrumentalidad, no una fuerza al servicio de los jwinds, sino al servicio del hombre. Estamos decididos a que el hombre nunca vuelva a traicionar su propia imagen. Fundaremos la Instrumentalidad del Hombre, benévola pero no manipuladora.

Carlotta asintió lentamente. Su cara envejecida expresaba preocupación. —Moriré en pocos días, y tú te casarás con Laird. Tú serás la nueva Vomacht. Con suerte, cuando seas tan vieja como yo, tus descendientes y algunos de los míos habrán liberado a la Tierra del poder de los jwinds.

Juli volvió a sentirse completamente desorientada. —¿Debo casarme con tu esposo?

Laird habló de nuevo: —He amado a tu hermana durante más de doscientos años. Te amaré a ti también, pues eres muy parecida a ella. No creas que soy desleal. Ella y yo hemos hablado mucho de esto antes que yo te trajera. Si ella no estuviera muriendo, yo seguiría siéndole fiel. Pero ahora te necesitamos a ti.

Carlotta manifestó su acuerdo. —Es verdad. Él me ha hecho muy feliz, y te hará feliz a ti también, durante todos los años de tu vida, Juli. No habría podido traerte si no hubiera tenido algún plan para tu futuro. Nunca podrías ser feliz con uno de esos hombres nuevos, drogados y apaciguados. Confía en mí, por favor. No queda otro camino.

Los ojos de Juli se llenaron de lágrimas. —¡Haberte encontrado al fin y perderte en tan poco tiempo...

Herkie le palmeó la mano y Julie vio lágrimas de comprensión en sus ojos azules y turbios.

Carlotta murió tres días después. Murió con una sonrisa, mientras Laird y Juli le asían una mano cada uno. Ella habló al fin y les apretó las manos. —Os veré luego. Entre las estrellas.

Juli no pudo contener el llanto. Postergaron la boda durante sie-

te días de luto. Por una vez las puertas de la ciudad fueron abiertas y los campos estáticos de electricidad apagados, porque ni siquiera los jwindsz podían dominar los sentimientos de las personas derivadas de animales, los hombres no autorizados, y aun de algunos hombres verdaderos, hacia esa mujer que había llegado de un mundo antiguo.

El Oso estaba especialmente apesadumbrado. —Fui yo quien la encontré, después que tú la trajiste —le dijo a Laird.

—Lo recuerdo.

*Conque a eso se refería el Oso cuando dijo "otra más",* dijo Bil.

Charls y Oda, Bil y Kae estaban entre los que lloraban. Juli los vio y pensó *mis pobres cachorros*, aunque esta vez el pensamiento era afectuoso y no despectivo.

Oda meneaba la cola. *He pensado en algo*, le linguó a Juli. *¿Puedes encontrarme en el cenote dentro de dos días?*

Sí, pensó Juli, orgullosa de sí misma por estar segura, por primera vez, de que el pensamiento había ido sólo hacia la persona a quien lo dirigía. Supo que lo había conseguido cuando miró de reojo la cara de Laird y notó que él no le había leído el pensamiento.

Cuando encontró a Oda en el cenote, Juli no sabía qué se esperaba de ella, ni qué esperaba ella.

*Debes dirigir tus pensamientos con mucho cuidado*, linguó Oda. *Nunca sabemos cuándo hay algún jwindsz en lo alto.*

*Creo que estoy aprendiendo*, linguó Juli. Oda asintió.

*Mi idea era recurrir a los árboles luchadores. Los hombres verdaderos aún tienen miedo de la enfer-*

*medad. Pero yo sé que la enfermedad ya no existe. Me cansé tanto de pasar entre los árboles con un temor constante que decidí hacer una prueba, y comí una vaina de un árbol luchador. Nada pasó. Desde entonces no les tuve más miedo. De modo que si los rebeldes nos reuniéramos allí, en un bosquecillo de árboles luchadores, los funcionarios de los jwindsz nunca encontrarían. Tendrían miedo de perseguirnos allí.*

La cara de Juli se iluminó. *Es una idea muy buena. ¿Puedo consultar a Laird?*

*Por cierto. Él siempre ha sido uno de los nuestros. Y tu hermana también lo fue.*

Juli se entristeció de nuevo. *Me siento tan sola.*

*No. Tienes a Laird, y nos tienes a nosotros, y al Oso, y a su casa. Y con el tiempo habrá más. Ahora debemos despedirnos.*

Cuando Juli regresó de su encuentro con Oda en el cenote encontró a Laird conferenciando con el Oso y un joven que se parecía extraordinariamente a Laird y a la joven Carlotta que Juli recordaba.

Laird le sonrió. —Éste es tu sobrino-nieto —le dijo—, mi nieto.

La perspectiva que tenía Juli del tiempo y la edad sufrió otra conmoción. Laird no aparentaba más edad que su nieto. *¿Cómo encaja yo en todo esto?*, se preguntó, y accidentalmente dejó escapar el pensamiento.

—Se que debe costarte asimilar tantas cosas —dijo Laird, tomándole la mano—. Carlotta también tuvo dificultades para adaptarse. Pero por favor, querida, inténtalo. Intentarlo porque te necesitamos desesperadamente, y yo, por mi par-

te, ya no puedo prescindir de ti. Sin ti no podría afrontar la pérdida de Carlotta.

Juli sintió una vaga turbación. —¿Cómo se llama mi... —No pudo decirlo. —¿Cómo se llama él?

—Discúlpame. Se llama Joachim, por tu tío.

Joachim sonrió y la abrazó. —Verás —dijo—, necesitamos tu ayuda, en la rebelión a causa del culto que se creó alrededor de tu hermana, mi abuela. Cuando ella regresó a la Tierra como una antigua, se creó un culto para venerarla. Por esa razón era "la Vomacht" y tú también debes serlo. Es esencial para quienes nos oponemos al poder de los jwindsz. La abuela Carlotta tenía aquí un minirreino, y ni siquiera los jwindsz podían impedir que la gente viniera a homenajearla. Lo habrás notado durante el período de luto.

—Sí, vi que ella contaba con el respeto de muchas personas diferentes. Si ella propiciaba una rebelión, estoy segura de que estaba en lo cierto. Carlotta fue siempre una persona muy justa. Y ahora debo contarte el plan que propone Oda. —Les describió el plan.

—Podría dar resultado —dijo el Oso—. Los hombres verdaderos siempre han observado cuidadosamente el *tambu* de los árboles luchadores. Más aún, creo que tengo un modo de perfeccionar la idea de Oda. —Se excitó y se le cayeron las gafas. Joachim las recogió.

—Oso —dijo—, siempre haces lo mismo cuando te excitas.

—Creo que eso significa que tengo una buena idea —dijo el Oso—. ¿Por qué no usamos los manshonyaggers?

Los otros lo miraron desconcer-

tados y Laird dijo lentamente: —Creo entender adónde quieres llegar. Los manshonyaggers, aunque no quedan muchos, sólo responden al alemán y...

—Y los dirigentes de los jwindsz son chinoses, demasiado orgullosos para haber aprendido otro idioma —interrumpió el Oso, sonriendo.

—Sí. De modo que si instalamos nuestro cuartel general en los árboles luchadores y difundimos la noticia de que la Vomacht está allí...

—Y rodeamos el bosquecillo con manshonyaggers...

Empezaron a interrumpirse unos a otros cuando la idea fue cobrando forma. La excitación creció.

—Creo que funcionará —dijo Laird.

—Yo también —lo tranquilizó Joachim—. Reuniré a la Banda de los Primos y después que te hayas instalado en los árboles luchadores haremos una incursión en el centro de drogas y llevaremos los tranquilizantes al bosquecillo, donde podremos destruirlos.

—La Banda de los Primos? —preguntó Juli.

—Los descendientes míos y de Carlotta que no se han unido a la instrumentalidad de los jwindsz —le explicó Laird.

—¿Y por qué *algunos* se han unido a ellos?

Laird se encogió de hombros. —Codicia, poder, toda clase de motivos muy humanos. Aun una ilusión de inmortalidad física. Tratamos de inculcar ideales a nuestros hijos, pero la corrupción del poder es muy grande. Tú debes saberlo.

Recordando una cara aullante y

odiosa con un bigote negro, una cara de su propia época y lugar, Juli cabeceó.

Herkie y el Oso, Charls y Oda, Bil y Kae acompañaron a Juli hasta el bosquecillo de árboles luchadores. Al principio Bil y Kae tenían sus reservas. Sólo aceptaron ir después que Oda confesó que había comido una vaina, y entonces la reacción de Bil fue típicamente paternal.

—¿Cómo pudiste correr semejante riesgo? —le preguntó a Oda. Los ojos de ella brillaron. Meneó la cola furiosamente. —Tenía que hacerlo —dijo.

El miró de reojo a Herkie. —Entendería que lo hubiera hecho ella...

Herkie irguió el cuerpo. —Creo que la curiosidad de los gatos ha tenido una fama quizás exagerada —dijo—. En verdad, solemos ser bastante cautelosos.

—No quise faltarte al respeto —se apresuró a decir Bil, y Herkie vio que se le aflojaba la cola.

—Es un malentendido común —dijo amablemente, y la cola de Bil se enderezó.

Cuando llegaron al corazón del bosquecillo, prepararon un picnic y se reunieron alrededor. Juli tenía hambre. En la ciudad le habían ofrecido comida sintética, sin duda saludable y llena de vitaminas pero insatisfactoria para el apetito de una antigua muchacha prusiana. Las personas derivadas de animales habían traído comida verdadera y Juli comió gozosamente.

El Oso, en particular, notó su felicidad. —¿Ves? —le dijo—. Así fue como lo hicieron.

—¿Hicieron qué? —preguntó Juli, la boca llena de pan.

—Cómo drogaron a la mayoría de los hombres verdaderos. Los hombres verdaderos estaban tan acostumbrados a alimentarse de comida sintética que cuando los jwinds introdujeron los tranquilizantes en los alimentos sintéticos los hombres verdaderos no vieron la diferencia. Espero que si la Banda de los Primos logra capturar la provisión de drogas, los síntomas de privación no sean demasiado agudos para los hombres verdaderos.

—Eso es algo que deberíamos considerar —intervino Bil—. Si hay síntomas agudos, es posible que algunos hombres verdaderos sientan la tentación de unirse a los jwinds en un intento de recobrar las drogas.

El Oso cabeceó. —En eso estaba pensando —dijo.

Pasaron varios días hasta que Laird, Joachim y la Banda de los Primos se reunieron con ellos. Para entonces Juli casi se había acostumbrado a la penumbra diurna bajo las gruesas hojas y las ramas de los árboles luchadores, y el suave resplandor nocturno.

Laird la saludó afectuosamente. —Te he echado de menos —le dijo simplemente—. Ya me he apegado mucho a ti.

Juli se sonrojó y cambió de tema. —¿Tuviste éxito... o mejor dicho, lo tuvo la Banda de los Primos?

—Oh, sí. Hubo muy pocas dificultades. Los funcionarios de los jwinds se han vuelto muy descuidados después de controlar la mente de la mayoría de los hombres verdaderos durante generaciones. Bastó con que Joachim fingiera que estaba sedado para que

le permitieran entrar en la sala de drogas. Durante varios días logró entregar toda la provisión a los Primos y reemplazarla por sustitutos. Quién sabe cuándo se descubrirá eso.

—Supongo que en cuanto se presenten los primeros síntomas de privación —aventuró Joachim.

Juli se animó a preguntar algo que la preocupaba desde hacía un tiempo. —Aquí tienes a tu nieto, y a la Banda de los Primos. Pero ¿dónde están los hijos que tuviste con Carlotta? Obviamente tuvisteis algunos.

La cara de él se entristeció. —Desde luego. Pero como eran semiantiguos, no sólo no pudimos rejuvenecerlos sino que la combinación química impidió que sus vidas pudieran ser prolongadas. Todos murieron alrededor de los setenta y los ochenta años. Fue muy doloroso para Carlotta y para mí. También tú, querida mía, debes estar preparada para eso si tenemos hijos. Sin embargo, cuando se llegue a la generación siguiente, la sangre antigua estará suficientemente diluida para que el rejuvenecimiento pueda realizarse. Joachim tiene ciento cincuenta años.

—¿Y tú? ¿Y tú? —preguntó ella. Él la miró. —Esto es muy difícil para ti, ¿verdad? Tengo más de trescientos años.

Juli no podía dejar de creerlo pero tampoco atinaba a asimilarlo del todo. Laird era tan apuesto y juvenil; Carlotta había sido tan vieja.

Trató de olvidar esas ideas perturbadoras. —¿Qué haremos con los tranquilizantes ahora que los tenemos?

Oda se había acercado en la últi-

ma parte de la conversación. Le brillaban los ojos y agitaba la cola frenéticamente. —Tengo una idea —anunció.

—Espero que sea tan buena como la anterior —dijo Laird.

—Yo también lo espero. ¿Por qué no se los administramos a los funcionarios? Tal vez los jwinds nunca lo noten. Entonces no tendremos que preocuparnos por combatirlos. Poco a poco irían muriendo... o quizás podríamos enviarlos al espacio. A otro planeta.

Laird asintió lentamente. —Por cierto tienes buenas ideas. Sí, administrarles a ellos los tranquilizantes... pero ¿cómo?

—Nos complementamos bien —dijo el Oso, señalando a Oda—. Ella tiene una idea y a mí me inspira otra. —Se caló cuidadosamente las gafas. —Aquí tengo un mapa del terreno de las inmediaciones. Excepto por el *cenote*, no hay agua en muchos kilómetros de la redonda. Si arrojáramos los tranquilizantes, todos ellos, en el *cenote*, y si luego uno de los primos pudiera preparar la comida sintética de los funcionarios de los jwinds para que estuviera bien condimentada... creo que el problema quedaría resuelto.

—Uno de los Primos, en efecto, se ha infiltrado entre los jwinds —dijo Laird—. Pero ¿quién los induciría a beber el agua?

Charls se había reunido con el grupo. —He oído hablar —dijo— de un antiguo condimento que usa la gente y que luego producía sed. Se solía encontrar en los océanos, antes que los llenaran de hierba. Pero queda un poco en las orillas del mar. Creo que se llama "sal".

—Ahora que lo mencionas, yo también of hablar de ella —dijo el Oso, cabeceando sabiamente—. De modo que eso es lo que tenemos que hacer. "Sal." La echamos en la comida, luego los atraemos hacia el bosquecillo con la noticia de que la nueva Vomacht está aquí junto con las cabecillas de una rebelión. Es arriesgada, pero creo que es la mejor idea, o combinación de ideas, de que disponemos.

Laird estuvo de acuerdo. —Es, como bien dices, arriesgada, pero puede funcionar, y es improbable que ejecuten a alguno de nosotros si no da resultado. Simplemente nos tranquilizarán. Creo que tenemos muchas probabilidades de ganar. Y si el hombre verdadero no es revitalizado, liberado de esta sujeción a la tranquilidad y la apatía, creo que toda la raza se extinguirá en pocos cientos de años. Han llegado al extremo de que nada les importa.

Todos los mundos saben ahora cómo se ejecutó el plan. Fue tal como el Oso había previsto. Los sedientos funcionarios de los jwindz, después de ingerir alimentos excesivamente salados, bebieron ávidamente al agua del cenote y pronto fueron tranquilizados. No presentaron ninguna resistencia a los rebeldes, que pronto abandonaron el refugio de los árboles luchadores.

Joachim estaba triste. —Uno de mis hermanos se había unido a ellos —dijo.

Laird lo consoló apoyándole un brazo en el hombro. —Bien, sólo está tranquilizado. Quizá podamos ayudarlo cuando se recobre.

—Quizá, pero viola todos mis principios.

—No seas tan intransigente, Joachim. Está bien tener principios, pero existe algo llamado rehabilitación.

Y así fue cómo se fundó la Instrumentalidad del Hombre. Con el tiempo gobernaría muchos mundos. Juli, por ser la Vomacht, llegó a ser una de las primeras damas de la Instrumentalidad. Laird, siendo su esposo, fue uno de los primeros señores.

Juli vivió para ver cómo algunos de sus descendientes llegaban a contarse entre los primeros observadores del espacio. Estaba muy orgullosa de ellos, y muy vieja. Laird, desde luego, estaba tan joven como siempre. Todos los amigos que ella tenía entre las personas derivadas de animales habían muerto tiempo atrás. Los echaba de menos, aunque Laird le era siempre fiel.

Por último, tan vieja que le costaba moverse, Juli llamó a Laird. Le miró la cara apuesta. —Querido mío, me has hecho muy feliz, tal como a Carlotta. Pero ahora estoy vieja y creo que agonizo. Tú aún eres joven y vital. Ojalá fuera posible someterme al rejuvenecimiento, pero como no lo es, creo que deberíamos traer a Karla.

El respondió tan rápidamente que en cierto modo lastimó los sentimientos de Juli. —Sí, creo que deberíamos traer a Karla.

Se apartó de ella un instante. Ella dijo, en tono plañidero: —Sé que la harás muy feliz y la amarás mucho.

El guardó silencio un instante antes de volverse hacia ella.

De pronto ella le vio arrugas en la cara, arrugas que nunca le había visto.

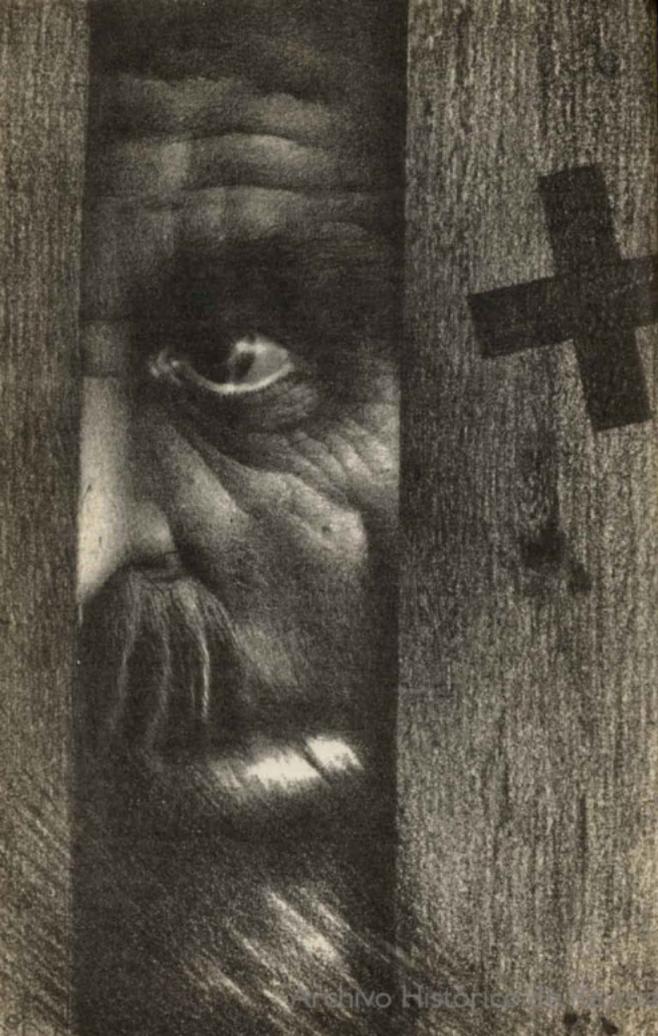
—¿Qué te sucede? —le preguntó.  
—Mi querida y mi último amor —dijo él—. Te perderé por segunda vez. No puedo soportarlo. He pedido al médico remedios para contrarrestar el rejuvenecimiento. En una hora seré tan viejo como tú. Nos iremos juntos. Y en alguna

parte nos reuniremos con Carlotta y los tres nos tomaremos de la mano entre las estrellas. Karla encontrará su propio hombre y su propio destino.

Se sentaron juntos a observar el descenso de la nave espacial de Karla.

Título del original en inglés: *The Queen of the Afternoon.*

© 1978 by UPD Publishing Corporation. Traducción de Carlos Gardini. Publicado por acuerdo con el autor y su agente, Scott Meredith Literary Agency, 845 Third Ave., Nueva York, N.Y. 10022, USA.



CARLOS GARDINI

## LOS MUERTOS

*Todos terminamos encariñándonos  
con algún sitio.*

Ilustración de Kike Sanzol

Algunos dicen que el hospital es un lugar triste, pero para mí guarda tantos recuerdos y tantas cosas queridas que aunque ya no tenga demasiado sentido quedarse me gustaría seguir viviendo aquí. Es lindo pasearse por los pasillos y recordar tiempos idos. Carmen dice que le gusta estar afuera, el aire puro y el sol limpio, que esto le hace acordar de cuando estuvo enferma, pero yo le digo que cuando estuvo enferma nos conocimos y a fin de cuentas la enfermedad fue un hecho afortunado en la vida de los dos. El hospital no es tan triste como dicen, aunque es viejo y descascarado y da a una avenida donde sólo pasan camiones y días de lluvia. Aquí me han sucedido tan-

tas cosas que ya no sé si me pasaron o me irán a pasar, a veces los tiempos se me confunden y es realmente como si viviera los recuerdos. Quizá las cosas no han cambiado tanto como pienso, pero hubo un momento en que las impresiones sí cambiaron y por eso hay cosas que son pasado y otras que son presente, pero la línea divisoria es borrosa.

Todavía están los muertos, los azulejos blancos, el olor a desinfectante, pero hubo un momento en que cesaron las idas y venidas por los pasillos, los enfermeros con camillas, las enfermeras corriendo con jeringas, hubo un momento en que los muertos dejaron de impresionarme y los que antes se im-

presionaban por los muertos pasaron a ser muertos y a impresionar a otros que a su vez pasaron a ser muertos y ahora ellos son todo lo que hay. Los muertos ya no me asustan, pero naturalmente están muertos y los que me conocieron ya no me tratan como antes, cuando me cuidaban como a un hijo del hospital. A veces nos despertábamos de noche por miedo a que algún muerto hubiera entrado en el pabellón de los enfermos. Entraban y se quedaban mirándote con esa cara de rencor y odio, aunque en realidad no te miraban, claro, porque estaban muertos, pero te clavaban esos ojos vidriosos y te dejaban con ganas de estar muerto también, para olvidarte del terror, y el cuerpo se te alojaba y parecía que te ibas en cualquier momento pero nunca te ibas, nunca estabas muerto y el muerto seguía horripilándote.

En los pasillos todavía están las cruces que una monjita del hospital colgó para asustarlos. Me acuerdo de un enfermo jorobado que se reía recordándole el viejo chiste del vampiro judío, y lo cierto es que esas creencias o lo que fueran ya pertenecían a un pasado irrecuperable. Los muertos no eran vampiros ni demonios ni nada de esas cosas de miedo que veíamos en el cine. Eran pura y simplemente muertos y no había signos capaces de ahuyentarlos porque ellos no los entendían y tal vez ni los veían. Eso era quizá lo que más nos espantaba, porque al menos un monstruo habría sido comprensible en su maldad acartonada, pero estas criaturas estúpidas y acechantes te paralizaban el cerebro hasta que te acostumbrabas

a ellas, te cortaban el aliento como si te estuvieran contagiando su mortandad, o mortalidad, o mortocidad, que tal vez es la única palabra para describir lo que te hacían sentir aunque ninguna palabra podría describirlo.

De día era diferente, claro. Recuerdo cuando yo estaba en la edad de pavonearme y sin que papá se enterara me puse a fumar en el jardín del hospital, sobre todo cuando pasaba un viejo que había muerto de cáncer al pulmón y entonces yo me daba aire y ponía pose de galán y de quien dice yo puedo y vos no. Tonterías de adolescente, pero el fulano ni se daba cuenta o hacía que no se daba cuenta. A veces yo pasaba delante de alguno y le decía qué hacés, cadáver, y el tipo seguía lo más campante y yo me creía vivísimo. Un día me confundí y le dije qué hacés, cadáver, a un enfermo y me ligué un muletazo. Creo que de esa hecha se me pasó la edad del pavo.

A medida que los pacientes morían aumentaban automáticamente la población del pabellón de los muertos, y como consecuencia natural hoy son todos pabellones de muertos. En los primeros tiempos el enfermo jorobado intentó enterrarlos, pero después desistió, porque al final te crispaba los nervios oírlos aullar noches enteras y a la larga había que sacarlos. Para colmo no teníamos ataúdes, y salían sucios y embarrados y cuando después se paseaban por el hospital manchaban los pisos con un lodo queapestaba a muerto. Además los aullidos molestaban de veras. Aunque es cierto que el jorobado era demasiado quisqui-

lloso, esas voces roncadas y sordas, como salidas de la garganta de un guillotinado, eran mucho más terribles que la mirada gris de los muertos.

Yo medio me había acostumbrado desde chico, desde que nos mudamos con papá al hospital, y a cierta edad ya no me impresionaban tanto, salvo por un susto de vez en cuando. Sólo me estremecían de veras cuando las noches de luna los veía reunirse en los jardines. Se tomaban de la mano, formaban rondas, y todos alzaban la cara al cielo, y de pronto las caras cuarteadas y sufridas parecían traspasadas por una especie de dolor mineral, como estatuas de sal, e incluso un olor salobre humedecía el aire. Sobre todo me impresionaba ver a mamá entre ellos, porque me evocaba los pocos recuerdos que tenía de ella y me daba ganas de tenerla de vuelta conmigo, de arrancarla de ese otro mundo tan cercano y a la vez tan impenetrable. Claro, me consolaba pensando que algún día yo tendría que morir y entonces podría entrar en ese mundo y estaríamos siempre juntos, pero a veces tenía que en realidad los muertos no estuvieran juntos en serio, que los otros fueran para cada uno de ellos lo que todos ellos eran para nosotros, bultos móviles e infinitamente distantes, recuerdos encapsulados. No había manera de saberlo, pero era irremediablemente triste. Quien más sufría al ver a mamá era papá. Lo enfurecía esa pasividad, y parecía que le desgarraba el alma. A veces, cuando se animaba, se asomaba al balcón las noches de luna llena para verla entre todos los demás, la cara encinta vuelta al cielo, y

creo que entonces sentía unos celos inconcebibles. Una vez sorprendió a mamá en el pasillo y la abrazó y besuqueó, pero mamá como si tal cosa. Confieso que entonces fui yo quien tuvo celos, pero ella siguió caminando sin pestañear mientras él lloraba desconsolado contra una pared. Admito que aunque mamá muerta me impresionaba ya entonces prefería tenerla así a no tenerla de ningún modo, y me alegraba poder ver esas facciones secas y apergaminadas aunque a veces me dieran pesadillas. Yo era demasiado joven y había vivido casi siempre en el hospital, y de la vida anterior al hospital había olvidado casi todo, de modo que la presencia de los recuerdos no me venía mal, aunque naturalmente las cosas no eran tan simples para papá.

Pero todos los recuerdos terminan por ser aburridos, y es una lástima que no haya más enfermos nuevos. Eso hasta la misma Carmen lo dice. Ahora son todos muertos, y la vida es un poco más monótona. Antes, los muertos eran casi una compañía para esa pobre gente que se pasaba días y días en cama, aburrida de leer revistas y escuchar radio y ver televisión y mirarse el cordón del frasco de suero y esperar comidas insulsas. En general los muertos visitaban las salas donde habían muerto y muchas veces las camas donde habían muerto, pero no molestaban a sus sucesores, que a su vez los miraban con cierto respeto. La decencia imponía que uno fuera condescendiente con alguien que había ensuciado ese mismo colchón, tal vez esas mismas sábanas, con su última baba, su último vómito, su

última gota de semen u orina. Aunque nunca faltaba la gente susceptible. Una beata de la cama 15 de Infecciosas, que se pasaba las horas de vigilia leyendo biografías de santos y murmurando plegarias con voz contrita, se santiguaba y abría tamaños ojos de pánico cada vez que un muerto entraba en la sala. Los enfermeros tenían que luchar primero contra la resistencia pasiva del muerto para sacarlo a empujones, aunque fuera de día, porque la mujer gritaba y gritaba, y después contra la histeria de la mujer, que lagrimeaba y pedía perdón a voz en cuello mientras le clavaban la hipodérmica con el sedante. Aparte de eso se estaba siempre quietecita y no molestaba a nadie, pero nunca faltaba un muerto que viniera a perturbar la paz y el orden y a causar revuelo. Ella murió en una operación a las pocas semanas y pensamos que era una suerte, pero al fin resultó una de las muertes más fastidiosas que tuvimos. Se pasaba el día en los corredores, con su vestido negro y mugriento y su cara de zorro consumido, el rosario y las cruces en la mano. Tropezaba con los baldes donde los enfermeros mojaban el estropajo para limpiar los pasillos, entraba en el quirófano en los momentos menos oportunos, y por su culpa fracasó más de una operación decisiva o una camilla no llegó a tiempo.

Pensar que ahora casi la extraño, porque ella, como tantos otros, ahora es diferente. Como digo, eran tiempos más movidos, y esas historias se echan de menos. Todo eso fue muriendo a medida que hubo más y más muertos y menos enfermos. Yo empecé a notar más el

cambio cuando murió papá, cuando ya no pude acompañarlo a las operaciones, ir de cama en cama a visitar a los enfermos, conocerles la enfermedad por dentro y por fuera e imaginar cómo serían cuando estuvieran muertos. Papá mismo está tan cambiado desde que murió. Al fin se ha reunido con mamá, pero cuando salen en ronda las noches de luna llena no pone la cara de alegría que uno hubiera imaginado cuando lo veía tan celoso, cuando la miraba suspirando desde el balcón. También yo he cambiado. Ahora no me dan celos cuando los veo juntos, sino una especie de ternura o piedad. Han ido muriendo los amores, y también los odios, porque entre médicos y pacientes ya no existen tantas diferencias cuando están muertos, y parece mentira que antes hubiera tanto rencor por las miradas severas, por las inyecciones, por la mala comida. A veces alguno manosea a una enfermera en un rincón, pero es un gesto sin convicción, un reflejo que la muerta ni se molesta en rechazar con una risita.

Sin embargo, mi amor por el hospital no ha cambiado. Me gustan esos vidrios rotos que dan al jardín lleno de malezas y gatos, la capillita, las verjas oxidadas, la ambulancia que se amarillea en la intemperie. Le digo a Carmen que será lindo casarse y tener los hijos aquí, estar todos juntos, una gran familia, y después nosotros también podremos morirnos y estar con nuestros hijos y nuestros nietos, aunque no nos demos cuenta, aunque les causemos impresión. Ellos podrán conocer a los abuelos y la gente mayor nos mirará con cariño y curiosidad. Claro,

también es posible que se harten de tantos muertos y empecen a quemarnos para no vernos caminar por los pasillos, pero quién sabe, en la vida nunca está de más una esperanza.

© 1983, Carlos Gardini.

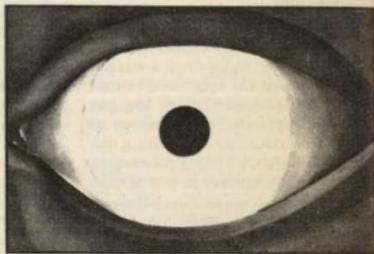
## LIBROS



Pablo Capanna  
EL YO Y SUS  
CIRCUNSTANCIAS

## EL OJO DE LA MENTE

Fantasías y reflexiones  
sobre el yo y el alma



Recopilación y selección de

DOUGLAS R. HOFSTADTER  
DANIEL C. DENNETT

Editorial Sudamericana

El ojo de la mente. Fantasías y reflexiones sobre el yo y el alma (The Mind's I. Fantasies and Reflections on Self and Soul). Recopilación y selección de Douglas R. Hofstadter y Daniel C. Dennett. Traducción de Lucrecia M. de Sáenz; Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1983; 623 págs.

Comprendí que El ojo de la mente era uno de esos libros que "dan que pensar" apenas me puse a hojearlo en la mesa de un bar.

Estaba en la introducción y acababa de tropezarme con una alternativa (¿"Tengo un cerebro" o "Soy un cerebro"?) cuando me distraje, y al levantar la vista creí descubrir una cara conocida en la mesa vecina. Presumo que el hemisferio lógico de mi cerebro, ese que tengo un tanto aletargado, comenzó a revisar su archivo de caras, vaclando entre la de un antiguo compañero de oficina y la de un cómico de TV; luego de nuevas y más detenidas observaciones, terminé admitiendo que se trataba de un desconocido. Pero el otro hemisferio, el intuitivo, ya había tomado distancia, como si el "yo" se desdoblara para observarse, y se había puesto a cavilar

sobre la analogía entre cerebros y computadoras, y los efectos que produce leer ciertos libros.

Por supuesto, no se trataba de un *satori* porteño, ni tampoco del "descubrimiento de una ciencia nueva y admirable", como le ocurrió a Descartes; mucho menos, de un brote de esquizofrenia. Simplemente, un buen ensayo que habla vuelto a activar algunos viejos circuitos. ¿No es suficiente para decir que se trata de un libro estimulante?

Este calificativo resume aproximadamente las muchas y diversas reacciones que produce la lectura de *El ojo de la mente*. Desde luego, no es un libro común y corriente, y una aproximación formal lo descubre como inclasificable. Pero esto mismo basta para comprobar cómo en otras latitudes se han superado los escrúpulos académicos y los prejuicios universitarios que aún crecen rozagantes en nuestro medio; así ha sido posible reunir en una enciclopédica y arborescente colección a Borges y Stanislaw Lem, la física cuántica y el taoísmo, la ciencia ficción, la cibernética y la filosofía.

En realidad, es mi yo intuitivo quien se resiste a calificarlo y a clasificarlo, como quisiera el crítico del otro hemisferio, acostumbrado a poner rótulos y proclive a cierto dogmatismo. Me arriesgaré pues a decir que *El ojo de la mente* es algo así como un gran libro de cocina donde ca-

da receta supone todas las otras, un bricolaje filosófico-literario que por momentos fascina y a veces llega a saturar. Los autores han preferido definirlo como "una bomba de intuición", lo cual tampoco está mal.

No se trata de una antología de textos comentados, sino de una progresión que obliga a seguir un orden de razonamiento no lineal y constantemente se ramifica en aporías, caminos divergentes que llevan al mismo punto, sendas sin salida y otras sutilezas.

Los autores componen un notable contrapunto. Hofstadter, formado en las ciencias exactas, es el columnista científico que ha sucedido a Martin Gardner en el *Scientific American*. Dennett proviene de la filosofía analítica, y se ha ocupado con preferencia de los problemas que plantea la revolución cibernética al pensamiento especulativo, y de aquello que en los medios anglosajones se denomina "filosofía de la mente".

El tema del libro es la conciencia, y su análisis abarca desde ese extraño estado de ánimo conocido como solipsismo hasta las especulaciones sobre el carácter sistémico de la mente y el desafío de la inteligencia artificial. Hay enfoques idealistas y materialistas, espiritualistas y estructuralistas, reduccionistas y "holistas"; los autores han querido poner todas las cartas sobre la mesa, confiando en que el todo sería más que la

suma de las partes; de este modo, la organización interna del libro es algo así como una metáfora de su contenido. Ocorre que no siempre Hofstadter coincide con Dennett, y los textos difieren mucho más entre sí; el resultado es excitante, precisamente por esa multiplicidad.

Los textos literarios han sido escogidos más por su contenido conceptual que por un criterio estético: hay dos de Borges ("Borges y yo" y "Las ruinas circulares") y tres de Stanislaw Lem, entre los cuales se cuenta "Non servium", extraído de su *Vacío perfecto*. Se incluyen dos fragmentos de un libro ya conocido aquí, *El alma de Anna Klane*, editado por la "Iglesia de la Teología Física"; un rótulo que me dejó intrigado. Hay también dos pasajes de novelas de ciencia ficción recientes, *Beyond Rejection*, de Justin Leiber, y *Software*, de Rudy Rucker. Todos están intercalados entre artículos académicos, sacados de publicaciones especializadas, ensayos filosóficos breves, y algunas "conversaciones" orquestadas por Hofstadter, cuya estructura recuerda a los "metálogos" de Gregory Bateson. Con bastante humor, cierto eclecticismo elegante y una gran pasión por los juegos de ingenio, Hofstadter es capaz de iniciar un diálogo con el teorema perdido de Fermat y acompañarlo con música de Bach, para internarse en la metafísica, mostrando el lazo dialéctico

que en el reduccionismo y el holismo, y concluir con una especie de fuga conceptual donde Bach y Fermat terminan identificándose.

Cada texto está acompañado por una reflexión, a veces tanto o más larga que el texto mismo, que en algunas oportunidades firman ambos autores, pero que por lo general procede de la pluma de Dennett.

Algunos capítulos parecen casi juegos de ingenio, paradojas o acertijos lógicos. En este grupo están algunos de los textos de Raymond M. Smullyan; en especial, su "Pesadilla epistemológica", que es una variante barroca del sofisma del mentiroso Epiménides; su diálogo "¿Es Dios taoísta?" es ingenioso, pero la solución que da al problema del libre arbitrio pertenece a Kant. También entre las pesadillas lógicas se cuenta "El enigma del universo y su solución", de Christopher Cherniak, una ficción literaria en torno de algo semejante al teorema de Gödel, cuyo descubrimiento implica automáticamente la anulación de nuestras facultades mentales, una especie de "cortocircuito lógico": un flagelo que sería difícil de combatir si quisiéramos seguir pensando.

Buena parte del libro gira en torno del llamado "test de Turing", propuesto allá por 1950 por uno de los primeros cibernetas, A. M. Turing, como modo de llegar a saber si las computadoras pueden pensar.

La prueba consiste en que la máquina llegue a discernir, por medio de un interrogatorio, cuál de sus dos interlocutores ocultos es un hombre y cuál una mujer; además de la capacidad de analizar lógicamente los contenidos de las respuestas, supone que los participantes pueden mentir y requiere una buena dosis de intuición. Sobre la validez y la posibilidad de este "test" recurren varios textos, pues uno de los temas centrales del libro, junto a la conciencia humana y sus implicancias, es la analogía con los sistemas artificiales capaces de imitarla o quizá de desarrollarla algún día; el tema también vuelve a discutirse en un trabajo más formal, "Mentes, cerebros y programas", de John R. Searle.

Los desafíos a la noción de conciencia y aun a la de identidad personal surgen tanto del campo de la inteligencia artificial como del de la neurofisiología, ciencias que han experimentado avances espectaculares en los últimos años; ellos engendran fantasías sobre simulacros de cerebros, cerebros separados de sus cuerpos y trasplantes cerebrales, hoy mucho más creíbles que cuando las proponían los clásicos de la ciencia ficción.

A) cabo, termina por aparecer el planteo metafísico, aunque esta palabra pueda parecer horrible para oídos formados en la filosofía analítica, continuadora del empirismo y el positivismo; no en vano

Dennett, quien expresa el punto de vista filosófico, se aparta a menudo del perspectivismo dialéctico de Hofstadter para declararse materialista, aunque no reduccionista, y apenas menciona despectivamente en una nota a una de las obras más importantes que aparecieron en los últimos tiempos sobre este tema: *El Yo y su cerebro*, de Popper y Eccles, a la cual califica como "dualista" sin apelación.

Hay que reconocer la honestidad de los autores y su respeto por las aporías y la complejidad de los problemas, gracias al cual no intentan soluciones unitarias o dogmáticas. En el mismo capítulo se yuxtaponen dos textos diametralmente opuestos: "Espíritu", de Alien Wheels, de tono francamente idealista, y "Genes egoístas y 'memes' egoístas", de Richard Dawkins. Este último texto presenta una visión paradójica pero convincente de la evolución como proceso informático; según Dawkins, los seres vivientes son simplemente máquinas de sobrevivir al servicio de los genes, que atraviesan las generaciones llevando sus mensajes; una versión ampliada de lo que antaño se llamaba "la innovación del plasma germinal". Frente a ella, Dawkins destaca como radical innovación la capacidad de "simular" situaciones que posee la conciencia, como fundamento para la instauración de la cultura en el seno de la naturaleza. Por atractivo que re-

sulte el planteo, concebido por analogía con los procesos cibernéticos, no se trata de un descubrimiento, pues en todo caso ya lo habían señalado filósofos como Scheler o Cassirer, décadas atrás. Quizá la diferencia esté en que el planteo de Dawkins es estructuralista y no humanista.

Uno de los textos más interesantes es el de Harold J. Morowitz, "El descubrimiento de la mente", que presenta una apasionante puesta al día de ciertas cuestiones científicas y metacientíficas. Este autor señala la curiosa evolución divergente que se produce hoy en las distintas provincias de la ciencia. Por una parte, la biología, para la cual Kant reclamaba hace dos siglos y medio "un Newton", parece haberse encaminado por la senda de la formalización y el mecanicismo; aspira a lograr una explicación reduccionista, rechazando la intervención de la conciencia a límites cada vez más lejanos. Por el otro lado, las ciencias físicas, que han atravesado esta etapa juvenil con el mecanicismo cartesiano, con Newton y Laplace, parecen haberla superado: a partir de la mecánica cuántica y del principio de indeterminación, se han visto cada vez más obligadas a incorporar la conciencia del observador a sus sistemas, hasta el punto de que el observador condiciona el fenómeno; hay una curiosa paradoja cuántica, llamada "el gato de Schrödinger", que

ilustra este nuevo punto de vista y que es ampliamente discutida en el libro, junto con otras más inquietantes, que a partir de la nueva física proponen una multiplicidad de mundos paralelos, ramificados a partir de cada instante y co-existentes aunque opuestos. Aparentemente no se ven señales de síntesis, y esta divergencia entre las ciencias maduras y las de reciente constitución lleva a la paradoja de que mientras la física descubre la conciencia, la psicología la pierde cada vez más de vista, al reforzar sus vínculos con una biología que acaba de ingresar en su fase mecanicista. Estamos aún muy lejos de una concepción coherente del mundo, y ésta es una señal más, por si hiciera falta, de que la nuestra es una época de crisis, donde nada es estable y pueden surgir cosas tan extrañas como la sociobiología de Wilson, crudamente mecanicista, o la "física taoísta" de Capra y Zúvav.

Con esto no hemos hecho más que una incursión tangencial, una panorámica vista desde gran altura, de un libro que además de inclasificable es denso y heterogéneo, que ofrece tanto destellos de ingenio como pausas tediosas, o una sensación de impotencia para seguir algunos de sus razonamientos; un baño de inmersión en la problemática filosófica actual en los países "avanzados" que cuentan con verdaderos recursos para el trabajo interdisciplinario. Son

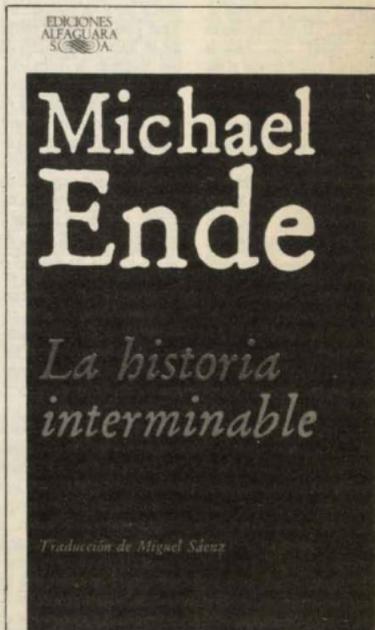
los problemas de un mundo donde la tecnología descubre problemas para la ciencia, y ésta, en el límite, se vuelve hacia la filosofía, pero encuentra una filosofía todavía inhibida, trabada por un reverente temor hacia la ciencia triunfante. La filosofía hace esfuerzos, encomiables pero no siempre exitosos, por "servir" a la ciencia, la autoridad indiscutida por todos, menos quizás los verdaderos científicos; la ciencia, a su vez, "sirve" a la tecnología, en un circuito cerrado. Así como algunos medievales pretendían que la filosofía fuese "sierva de la teología", predominan hoy corrientes del Atlántico Norte que sólo aspiran a "servir a la ciencia". Sus virtuosismos nos seducen a los periféricos como seducen las "luces de la ciudad", y pueden sugerirnos ineptas imitaciones, condenadas siempre a quedar como tales por el desfase tecnológico. Pero olemos en ellas cierto tuflido de bizantinismo; nos recuerdan a Proclo o a la escolástica tardía: aquellos eran razonadores inteligentísimos, pero pertenecían a un mundo cuyas fuentes se habían secado. Este es un mundo que está sentado sobre misiles nucleares y también es el mundo del "doctor insólito". Valga esto siquiera para desahogarnos del tremendo complejo de inferioridad que nos produce la lectura de esta clase de libros, desde este rincón del mundo "maldesarrollado".

## LIBROS



Elvio E. Gandolfo  
EL MUNDO VERDADERO  
DE LA FICCIÓN

Con este grueso volumen que ya ha conocido un éxito considerable tanto en Alemania como en España, el alemán Michael Ende ha logrado redondear una de las obras más ricas y atrayentes de la literatura fantástica contemporánea. Es una obra que no se limita a la mera acumulación de seres extraños, o a la elaboración de un universo paralelo al nuestro. En sus páginas se encuentra por una parte una compleja meditación sobre las relaciones entre la realidad y la imaginación, entre las palabras y los seres y las cosas (que la acercan a autores como Borges); y por la otra, la articulación magistral de un recorrido de iniciación en el mundo a través del niño protagonista. Ende lo logra con una imaginación y un sentido del juego notables, provocando fuertes resonancias arquetípicas y psicológicas, combinando el brillo del



MICHAEL ENDE: *La historia interminable* (Die Unendliche Geschichte); traducción de Miguel Sáenz; Alfaguara, Madrid, 1982; 419 págs.

cuento para niños con la profundidad, alcanzando el nivel de un reducido grupo de libros cuyos ejemplos mayores serían *Alicia en el país de las maravillas* y *El mago de Oz*.

Bastían Baltasar Bux, un niño gordo y torpe, ni siquiera buen alumno, entra en una librería de viejo y roba un libro a su dueño, el librero Karl Konrad Koreander. El libro se llama *La historia interminable*, título que le resulta irresistible y está encerrado entre dos tapas de color bronce sobre las que se encuentra grabado un símbolo: dos serpientes (una blanca y una negra) que se muerden la cola. El libro impecablemente impreso con tinta de dos colores por Alfaguara, también se llama *La historia interminable*, y también está encerrado entre tapas color cobre con dos serpientes que se muerden la cola.

La semilla de la búsqueda a la que parece aludir esa especie de estructura topológica que actúa desde las primeras páginas, fascinando a la vez al personaje y al lector, podría ser la pregunta que el propio Bastían se hace un instante antes de comenzar a leer: "Me gustaría saber qué pasa realmente en un libro cuando está cerrado. Naturalmente, dentro hay sólo letras impresas sobre el papel, pero sin embargo... Algo debe de pasar, porque cuando lo abro aparece de pronto una historia entera. Dentro hay perso-

nas que no conozco todavía, y todas las aventuras, hazañas y peleas posibles... y a veces se producen tormentas en el mar o se llega a países o ciudades exóticas. Todo eso está en el libro de algún modo. Para vivirlo hay que leerlo, eso está claro. Pero está dentro ya antes. Me gustaría saber de qué modo."

La respuesta es la lectura que Bastían y el lector hacen de *La historia interminable*. Uno de los aciertos de Ende ha sido evitar el tono experimental "culto", los laberintos conceptuales. Su lenguaje es de una engañosa y sostenida sencillez, y la complejidad descansa sobre todo en la estructura del volumen. Lo que pertenece a la realidad de Bastían y lo que pertenece al texto de *La historia* está transmitido por un sencillo procedimiento, que a su vez rescata el valor de objeto que los libros tenían en épocas de producción menos masiva: mediante distintos colores de tinta. La tinta verde cuenta lo leído por Bastían, la roja lo "vivido". Hacia la mitad, sin embargo, las dos zonas se van acercando fatalmente: la saga heroica del héroe Atreyu y su dragón de la suerte se une al fin a la triste vida cotidiana de Bastían, que abandonará el mundo humano para nombrar las cosas y los seres de Fantasia y salvar a ese mundo de la Nada que lo va comiendo, gracias a la recreación.

El propio libro parece de-

mostrar en sus tensiones la tesis central (y consciente) de Ende: la necesidad de que la imaginación y la realidad vayan de la mano y no vivan a costa de la muerte de la otra. A pesar de ser tal vez la más abundante en descripciones de seres extraños y aventuras (pilares de una fantasía "escapista", y de prácticamente toda la "fantasia heroica"), la zona en que Bastían se transforma en héroe es tal vez la menos absorbente, justamente porque se ha perdido la articulación entre su persona real y la fantástica.

Esa vinculación regresará (y volverá a darle al libro su mejor dimensión) cuando Bastían luche por recobrarse a sí mismo en contra del olvido, y lo logre a través del afecto, esa dimensión que antes le faltaba o le había sido arrebatada, y que *La historia interminable* le devuelve lenta y dolorosamente en sus últimos capítulos.

Lo que diferencia a la empresa de Ende de su antecedente más visible, el Tolkien de *El Señor de los Anillos*, son sus datos biográficos y el trasfondo filosófico de su mundo. Aunque los universos imaginarios de los dos estén unidos por razas y paisajes extraños, y por la relativa sencillez lingüística, el mundo de Ende es el mundo caótico, entremezclado y surreal, de dura lucha por la supervivencia, del hijo de un pintor considerado "degenerado" por los nazis, y que vivió el sacudón

brutal de la Segunda Guerra Mundial en el nivel inmediato, cotidiano, durante largos meses de su infancia, como una realidad fracturada, dispersa. En Tolkien nos encontramos en cambio ante el mundo reposado y sólido de un erudito inglés, amenazado no sólo por la guerra sino también y ante todo (como ocurre también en la obra de su compañero C. S. Lewis, por el simple avance tecnológico y social, lo que lo lleva al terror y la división maniquea entre el Bien y el Mal, entre lo blanco y lo negro. Los peligros son en cambio más complejos y sutiles en Ende,

donde la lucha entre la mentira y la verdad, entre la Nada y la identidad parece entablarse en el interior mismo de cada uno de sus personajes, aunque no falte la bruja lúbrica y sombría que trata de seducir a Bastián con el sexo y el poder.

A ello se agrega su inventiva inagotable. Aunque la historia supuestamente interminable tenga una extensión mucho menor que *El Señor de los Anillos*, esa extensión le basta para describir con rapidez, sin la precisión —a veces agobiante— de cartógrafo realista de Tolkien, lugares y personajes donde se mezclan el surre-

alismo de El Bosco, Arcimboldo o Magritte con los viejos cuentos de hadas y la mejor literatura fantástica metafísica e intelectual de este siglo.

A su vez, continuamente historias potenciales quedan postergadas con una frase recurrente: "ésta es otra historia y debe ser contada en otra ocasión", recurso que junto con el espléndido capítulo dedicado a la biblioteca fundada por Bastián Baltasar Bux, que contiene no sólo historias sino la realidad misma de Fantasia, abre la perspectiva (entre gozosa y angustiada) de la infinitud de la ficción.

CINE



Angel Faretta  
EL CREPÚSCULO DE  
LOS SEMIDIOS

**S**i en *Alien* (1979), el film anterior de Ridley Scott, la "imaginación del futuro" tendía a encerrar a una serie de personajes que viajaba por el espacio en la nave *Nostromo* y presentaba una forma de vida maligna, en *Blade Runner* "el futuro" se ha instalado en la Tierra, y los "desechos" que en el film anterior aparecían solamente como signos parciales (las "armas" arcaicas con que los tripulantes se enfrentaban a la criatura) son ahora parte constitutiva de todo el universo por donde circula la fábula.

Remotamente basada en una novela de Philip K. Dick (*¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*), *Blade Runner* es, básicamente, la yuxtaposición de dos series de tópicos correspondientes, a su vez, a dos tipos de relatos de "aventuras": por un lado la novela negra norteamericana



Joanna Cassidy

*Blade Runner* (idem, EE.UU., 1982). Dirección: Ridley Scott. Guión: Hampton Francher y David Peoples, basado en la novela *Do Androids Dream of Electric Sheep?*, de Philip K. Dick. Fotografía: Jordan Cronenweth. Música: Vangelis. Intérpretes: Rutger Hauer, Harrison Ford, Sean Young, Joanna Cassidy, Edward James Olmos, M. Emmett Walsh, James Hong, William Sanderson. Distribuye: Columbia Fox Warner. Estreno en Buenos Aires: 3-3-83.

(Hammett, Chandler, Macdonald, etc.) y el tema de ficción científica construido a partir de desechos de todo tipo, desde indumentarios y escenográficos hasta lingüísticos (básicamente la obra de William S. Burroughs, del cual, por otro lado, ha sido tomada la frase que da título al film).

**Blade Runner** es el triunfo o la apoteosis del **bric-à-brac**; gracias al enfrentamiento narrativo de las dos series mencionadas (enfrentamiento a priori estrambótico) adquiere el film su carácter de absoluta extrañeza, de rareza, de **bizarria**.

El film se desarrolla a partir de la siguiente anécdota: en el siglo XXI los humanos han logrado fabricar androides perfectos a los que denominan "replicantes"; la leyenda con la cual se abre el film cuenta que hace unos años los replicantes se rebelaron contra sus creadores y fueron confinados en otras regiones del Sistema Solar, y tienen expresamente prohibido el regreso a la Tierra. Sin embargo, algunos ingresan clandestinamente, con el propósito de enfrentar a los humanos, y éstos, para exterminarlos, han creado un grupo especial de policías denominados **Blade Runners**, que deben exterminarlos sin contemplaciones.

La ciudad, el mundo todo, donde se desarrolla la fábula del film, ha crecido en todos los sentidos posibles: una Los Angeles superpoblada de chinos, donde los tazones de

**chop suey** constituyen la comida más cotidiana, donde la sordidez convive con circuitos eléctricos y audiovisuales sofisticados y donde el poder parece tan remoto que solamente es entrevisto en ocasionales enfrentamientos de grupos marginales; todo esto —decimos— alterna con la abulia más brutal y con la promiscuidad más desenfrenada, que ya ni siquiera es "gozada" como supuesta transgresión sino que, por el contrario, se ha hecho cotidiana y convive con soñolientas multitudes de ropajes deshilachados que remotamente (para el espectador) recuerdan a los **punks** o a algunas sectas pseudoorientalistas.

Los desechos, los restos de signos que alguna vez significaron algo, conviven en el universo de **Blade Runner** en estado de total indiferenciación, de arbitrariedad absoluta, donde todo puede ser permutable —como en una caótica pesadilla— y donde el código ya no existe sino, por el contrario, la absoluta anarquía de sentidos.

Varias son las series de claves simbólicas que circulan a través de la fábula que narra **Blade Runner**, y varias, también, sus implicancias míticas. Trataremos de esbozar al menos algunas de ellas, dentro de un film tan rico en imágenes recurrentes, arquetípicas.

Primeramente, el mito prometeico, emblemático en el líder del grupo de replicantes perseguidos por el **blade runner**. Especie de superhombre

nacido del sueño tecnológico de su hacedor terrestre, invierte estructuralmente el tema clásico. Si Prometeo escalaba los cielos para enfrentar a Zeus, aquí desciende a la Tierra —desde su remoto confinamiento— para llegar a su Creador, a quien termina cegando al no encontrar las respuestas a su "rebelión". Más fuerte que su Creador, el replicante se sabe una proyección, un sueño de quien lo ha diseñado, y por lo tanto una vez que logra su fortaleza y destruye a su Hacedor comprende que, ahora, su "fuerza" será sólo una pesada carga entregada al puro arbitrio de los instintos: "la libertad, ese infortunio..."

Ahora bien, Ridley Scott ha sabido reestructurar el mito prometeico originario con su evolución crítica y esto constituye, a nuestro entender, no sólo la clave central del film, sino también su mayor riqueza. En la escena final, cuando el destruzado detective pende de una gárgola a merced del replicante que ha jugado con él, esperando el golpe de gracia, el otro, el superhombre solitario e inhumano, alcanza el estadio humano mediante una de las imágenes más bellas que nos ha ofrecido el cine de los últimos años. El replicante toma un clavo de una tabla del piso y se atravesía la palma de la mano; esta imagen (cristológica por excelencia) muestra la conversión, mediante este símbolo de la Pasión, en alguien que

conoce la piedad o, más bien, la libre elección; de allí que decide salvar al detective.

Tras esta "humanización", el replicante clama la angustia de haber sido creado y muere o, como también se expresa más simbólicamente, "entrega su espíritu", que asciende a los cielos como una paloma.

Hemos aludido antes al carácter de **bric-à-brac**, de montaje de desechos, y al título **Blade Runner** —tomado de una expresión de William S. Burroughs (**El almuerzo desnudo**, **Expreso Nova**, **The Soft Machine**). Precisamente **Blade Runner**, que expresa a quien se desliza por un borde afilado, dentro del código de Burroughs habla de quien, en estado de exaltación inducida, se lleva todo por delante o, como decimos nosotros, "se da la cabeza contra la pared".

Este estado de alucinación inducida, esta constante obsesión del arte occidental por el "paraíso artificial", adquiere en el film de Ridley Scott categoría de secreto paradigma, para crear —paradoja de paradojas— una obra de arte "mayor", a partir de los elementos más heterogéneamente marginales, casi subproductos de cultura "tardía", y en esto **Blade Runner** evoca un film muy anterior, rodado por el también británico Nicholas Roeg (codirigido con Donald Cammell) y prohibido en la Argentina; nos referimos a **Performance** (1968), del cual escribimos magistralmente Edgardo Cozarinski: "El mismo esote-

rismo del film no es aristocrático; pertenece al ámbito de la droga, el **bric-à-brac** hindú, la música de sintetizador, la bisexualidad y otras formas culturales popularizadas o toleradas por el capitalismo tardío" (**Borges** y **el cine**, Sur, 1974). Desde luego existen diferencias entre **Blade Runner** y **Performance**; básicamente, aunque ambos directores son británicos, Scott rueda su film (al igual que **Alien**) en Hollywood, dentro de unas coordenadas donde su "marginalidad" no es desesperada o, hasta si se quiere, didáctica —como en Roeg-Cammell— sino que, por el contrario, dentro del discurso cultural norteamericano adquiere incluso un carácter de "clasicismo de tradición". Basta recordar que el texto del que parte **Blade Runner** es precisamente de Philip K. Dick, un autor sintomático en cuanto a las tendencias que estamos esbozando aquí y que desarrolló su obra en una dirección cultural afín a las intenciones de Scott partiendo de elementos propios de la cultura pop.

Por otra parte, el film en cuestión continúa una tendencia (mucho más marcada en **Alien**) en cuanto a ciertas implicancias teológicas de su obra. **Blade Runner** insiste en una dirección especulativa con respecto a la imagen de la divinidad, que en **Alien** podemos calificar de gnóstica y que en **Blade Runner** se acen-

túa, aunque de manera más secreta, velada. En ambos films la imagen de la Creación, como obra de un amanuense deficiente, una proyección perversa del Hacedor, es por demás ostensible.

Si **Alien** barajaba toda una serie de elementos iconográficos que mostraba una forma de vida proteiforme de indudables caracteres malignos (por ejemplo, los signos "cancerígenos" de la criatura) y que establecía un nexo por demás notorio entre estos signos y su connotación demoníaca, en **Blade Runner** la "rebelión" del líder de los replicantes muestra, en el enfrentamiento con su creador terreno, la misma serie de implicancias, si bien la imagen cristológica señalada más arriba parece marcar una suerte de leve "corrección" en las tenebrosas pesadillas especulativas de Ridley Scott.

Sin embargo, su visión dualista del universo, donde el Mal adquiere una categoría absoluta —en igualdad de condiciones con el Bien—, sigue marcando esta tendencia gnóstica que, por otra parte, parece haberse constituido en una suerte de **leitmotiv** de cierto arte contemporáneo que ve, que imagina el Universo como producto esencial de dos fuerzas que combaten infinitamente por la posesión de los humanos y cuyo desarrollo —por demás frecuente y constante— debe tratarse por separado.

EN NÚMEROS ANTERIORES

## MINOTAURO 1

- THOMAS M. DISCH: "La costa asiática"
- URSULA K. LE GUIN: "Algunos enfoques del problema de la escasez de tiempo"
- GARDNER R. DOZOIS: "Un sueño a mediodía"
- R. A. LAFFERTY: "Crisólito entero y perfecto"
- ANA MARÍA SHUA: "La sueñera"
- FRITZ LEIBER: "El hombre que se casó con el espacio y el tiempo"
- Un artículo de J. G. BALLARD sobre el surrealismo y la ciencia ficción: "El advenimiento de lo inconsciente"
- Una entrevista con PABLO CAPANNA
- Crítica de cine (ANIBAL M. VINELLI), de libros (PABLO CAPANNA y SERGIO GAUT VEL HARTMAN)
- La sección "Etcétera", con artículos de CARLOS GARDINI ("2010: odisea dos", de Arthur C. Clarkel y de PABLO CAPANNA (L. Ron Hubbard; la vida en otros mundos)

## MINOTAURO 2

- EDWARD BRYANT: "La galería de hibakusha"
- MASSIMO PANDOLFI: "El Encanto (Fragilaria incantus, P.J)"
- BRIAN W. ALDISS: "Últimas órdenes"
- MICHAEL MOORCOCK: "El verdadero señor Newman (Aventuras del astronauta muerto)"
- MARIO LEVRERO: "El Crucificado"
- GENE WOLFE: "Tierra Hermosa"
- ANGÉLICA GORODISCHER: "Los buenos van al paraíso, pero no todos los malos pueden ir al infierno"
- Un artículo de PABLO CAPANNA sobre Gregory Bateson
- Crítica de cine (ANGEL FARETTA) y de libros (PABLO CAPANNA y SERGIO GAUT VEL HARTMAN)
- La sección "Etcétera", con artículos de CARLOS GARDINI (un panorama de la ficción especulativa inglesa; apuntes sobre "La guerra del fuego" y el cine de la prehistórica) y de PABLO CAPANNA (la forma de los seres que nos sucederán)

# DEFINITIVA EVIDENCIA DE VIDA INTELIGENTE EN EL PLANETA:

Revista

# JUEGOS

PARA GENTE DE MENTE

- \* Concurso permanente de cuentos breves.
- \* Acertijos matemáticos.
- \* Enigmas de la lógica.
- \* Ajedrez y fantasía.
- \* Go, Backgammon, Cubo mágico.
- \* Crucigramas.
- \* Paradojas y delirios.

**Juegos para gente de mente  
significa  
juegos para gente de mente.**

**Una vez por mes, piénselo en su kiosko.**

PRÓXIMAMENTE

Cuentos y artículos de

J. G. BALLARD  
ALFRED BESTER  
STANISLAW LEM  
GEORGE R. R. MARTIN  
RICHARD MCKENNA  
JOANNA RUSS  
JAMES TIPTREE, JR.  
JOHN VARLEY

*Minotauro* (segunda época) es una publicación de Ediciones Minotauro S.R.L., Humberto 1° 545, Buenos Aires, Redacción y administración: Humberto 1° 545, teléfonos 362-1222/1332/1616. Distribución en librerías: Editorial Sudamericana S.A. Fotocomposición: Compuforms S.A., Maipú 859 10°, teléfono: 392-4929. Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723. © 1983, Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Impreso en la Argentina.

Esta edición de 5.000 ejemplares, se terminó de imprimir en offset en el mes de setiembre de 1983, en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S.A. Alaina 2049 - Buenos Aires - Argentina

CARLOS GARDINI  
**MI CEREBRO ANIMAL**



MINOTAURO

En este libro la violencia y la guerra se prolongan y ramifican en dimensiones sin fin, las maravillas y los horrores del cosmos se expanden como fuegos artificiales hasta salir del espectro visible, y se reordena o inventa la realidad, incluyendo al lector.

MARIO LEVIERO  
**AGUAS SALOBRES**



MINOTAURO

Las distorsiones y los nudos en el espacio y en el tiempo: un viaje a una Europa anacrónica o paralela; casas despobladas e infinitas; mares que se retiran hacia ámbitos tal vez más habitables; la vida cotidiana en los mundos perdidos.

Los dos primeros libros de una colección que abarcará los mejores textos de ficción especulativa escritos en castellano.

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

MINOTAURO